

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Tradiciones de Toledo.—Un volumen de más de 300 páginas, 2,50 de peseta.

Noias de Folk-lore: I.—El Folk-lore de Madrid, 2,50 de peseta.

II.—*El Folk-lore de Proaza,* continuación al *Folk-lore* de Asturias, 2,50 de peseta.

BIBLIOTECA ANDALUZA

2.^a SERIE

Tomo II. — Volumen 12.

LEYENDAS

Y

TRADICIONES

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

MADRID

ADMINISTRACIÓN: OBELISCO, 8
Dirección: Génova, 7, 3.^o

ES PROPIEDAD.

Imprenta de Lucas Polo, Relatores, 4 y 6, bajo.

EL CINTURON DE BODAS

(LEYENDA BRETONA.)

Pocos pueblos son tan ricos en cantos populares como la Bretaña, país poético en que todos cantan sus impresiones al compás de cualquier sencillo instrumento, y que aún guarda en la urna sagrada de sus recuerdos nacionales las delicadas armonías con que en la noche de su historia, en la infancia de su civilización, los bardos antiguos le hablaban, durante las ceremonias druidicas, de la misteriosa divinidad que desde su trono invisible dirige las acciones de los hombres, y exaltaban su valor en los combates inspirándoles el desprecio á la vida y el odio á los enemigos: país en cuyos campos viven todavía los génius bienhechores ó maléficos de que poblaran el mundo sus primeras teogonias; país, en fin, en que los campesinos mismos inmortalizan y gra-

ban en su memoria con caracteres indelebles los hechos que hieren y conmueven más profundamente su imaginación. En todas las fiestas, siempre que se reúnen varios amigos aldeanos, que mutuamente se comunican las noticias que hasta ellos han llegado desde su última reunión, siempre hay uno que dice antes de separarse: «vamos á improvisar una canción» y con fácil acento dice su primera estrofa; cuando ha concluído, el que le sigue improvisa la segunda, otro la tercera, otro la cuarta, y á los pocos momentos el embrión ha tomado forma, la idea es ya una realidad, y un nuevo canto que pronto pasará de boca en boca, que sonará en todos los *pardones*, lo mismo en los trabajos del campo que en la calma del hogar, en el bullicio del día como en el silencio de la noche, queda como recuerdo de la fiesta y viene á aumentar el número inmenso de sus canciones populares. (1)

El campo de estas composiciones es muy vasto; séres mitológicos ó históricos, fabulosos ó reales; mártires de una idea ó mártires de un sentimiento; perso-

(1) Mr. de la Villemarqué.—*Histoire poétique de la Bretagne*.

nalidades ciertas unas veces, hijas otras de su exaltada fantasía: todo cabe en él, todo se agita, se mueve en su ancho círculo; la musa popular que canta sus hazañas tiene un elogio para todos los héroes, una lágrima para todas las víctimas, una maldición para todos los malvados.

Muchas de esas leyendas sencillas y encantadoras, que encierran el manantial fecundo de esa poesía natural que reborda el corazón del pueblo, se refieren á hechos aislados desconocidos de la generalidad, pero enlazadas con ciertos acontecimientos de que se hallan huellas profundas en la historia nacional. A este número pertenece la siguiente, que aún cantan los aldeanos de Bretaña, acompañada de una música cadenciosa y llena de sentimiento, y que vamos á transcribir conservando, en cuanto sea posible, su belleza y encantos primitivos.

I

—Era una hermosa mañana de primavera. El crepúsculo matutino empezaba á pintar con sus maravillosos tintes de grana y bermellón el horizonte dorado ya por

los primeros rayos del dios omnipotente de la luz. En el extremo opuesto del fondo sin fin del firmamento, las sombras de la noche recogían sus negros crespones, y envuelta en ligeras nubes de tul, cual la sultana del espacio, palidecía la luna, la diosa venerable de los druidas, que tantas veces, á través del espeso ramaje de las selvas sagradas, iluminó sus sangrientos sacrificios, y llevó hasta el divino Teutates el eco de sus oraciones.

Á la sombra de un gran caserío que se destacaba sobre un ameno vallé, Aloïda, la hermosa Aloïda que semejante á la ninfa de las flores vagaba entre ellas aspirando su perfume y engalanando con ellas su rubia y ondulante cabellera; la mujer cuyo recuerdo, como soñada fantasía, acariciaba la memoria de todos los jóvenes nobles de las cercanías, lloraba estrechando entre sus brazos de alabastro el cuello de su esposo, el bizarro caballero con quien se desposara ocho días ántes en la abadía de Daular, y que, impulsado por el sentimiento de la patria, partía á la guerra contra los ingleses.

El caballero vacilaba; el amor, en lucha con el deber, destrozaba sus sentidos. ¡Hacia tan poco que, trémulo de alegría, había pronunciado ante el altar los votos

eternos que le unían para siempre á su idolatrada Aloïda, la elegida de su corazón!... Pero no era posible retroceder y se sobrepuso á su dolor; estrechó con ansiedad contra su pecho aquel cuerpo tan delicado y tan querido, como si lo hiciera por última vez, y pálido, vacilante, se preparó á alejarse de aquel sitio.

Cerca de allí, un escudero contemplaba conmovido este cuadro, teniendo del diestro dos caballos, que golpeaban el césped con el ferrado casco, dando repetidas señales de impaciencia.

— Adios, Aloïda,— decía el caballero queriendo desprenderse de aquellos dos brazos que tan dulcemente le retenían.— Ya es tiempo de que me separe de ti; el buque me espera... ¡Sólo Dios sabe cuánto sufro!

— En nombre del cielo, esposo mío, no te vayas. ¡Es tan traidor el mar, tan traidoras sus olas!... ¿Qué sería de mí si tú murieras? Iria á lo largo del rio, de cabaña en cabaña, demandando á los marineros noticias tuyas; buscando tu cuerpo para cubrirle de caricias y morir sobre él.— Y al decir estas palabras la joven lloraba, y las lágrimas que caían de sus ojos humedecían el pecho de su esposo, que intentaba, aunque en vano, consolarla.

—Calla, Aloïda, calla y vuelve en tí. Pronto tornaré trayéndote como recuerdo de mi expedición á esas lejanas tierras que voy á recorrer, un cinturón de boda; un hermoso cinturón cuajado de perlas y rubíes, que te hable siempre y á todas horas de mi amor, y te pruebe que aunque lejos, mi corazón estaba siempre contigo.

La joven seguía llorando. El se levantó.

—Por última vez, vida mía, adios. El gallo canta; ya es de día.

—Imposible, imposible; nos engaña. La luna brilla aún sobre la colina.

—No es la luna, bien mío, el resplandor escaso que percibes. Es el sol, el sol que viene á reprocharme mi tardanza. La hora de mi marcha ha llegado. ¡Adios!... ¡Adios!

Y haciendo sobre sí un esfuerzo desesperado se alejó el caballero, volviendo cien veces la cabeza para dirigir tiernas miradas á la pobre Aloïda que, semejante á una flor cuyo tallo ha tronchado la tempestad, de rodillas en el umbral de la casa, lloraba amargamente, y le seguía con la vista á través de sus lágrimas, enviándole dulces palabras de ternura que el viento arrebatava en sus alas para perderse en el bosque entre los cantos de los pajarillos.

Cuando dejó de verla, y montado en su alazán y seguido de su escudero caminaba el joven caballero á través de la verde selva, abandonó las riendas sobre el cuello de su corcel y presa de extraños presentimientos dejó que sus lágrimas corrieran en abundancia.

Todo despertaba en la naturaleza. Los pájaros meciéndose en las hojas de los árboles entonaban sus cantos más melodiosos; las fuentes y los arroyos susurraban, uniendo su son argentino como el de una corriente de plata que rodase sobre un lecho de peñas, al alegre tañido de las campanas que con su lengua de metal saludaban al día que empezaba á despuntar. La atmósfera estaba saturada de esos perfumes misteriosos que dejan escapar las plantas y las florecillas silvestres en las horas primeras de la mañana. Los pintados insectos zumbaban ruidosamente moviéndose de un lado para otro y libando las gotas de rocío en el caliz aún semicerrado de las flores; todo parecía renacer á la vida, á la luz, y de cuantos objetos abarcaba la vista parecía desprenderse una nota de la armonía universal, de ese himno gigantesco que eleva la creación en sus momentos de éxtasis hasta el trono de su Hacedor.

Sin embargo, en medio de esta armonía y como una nota discordante, una voz que vagaba en el aire murmuraba:

—Traidor es el mar, traidoras son sus olas, pero las mujeres son más traidoras todavía.

II

Un año había apenas transcurrido desde el día en que Aloïda se despidiera tan tiernamente de su esposo, y á esa hora en que el sol se esconde tras el horizonte y la noche empieza á encapotar el firmamento, un jóven mendigo caminaba penosamente á través de la selva. El placer más intenso se pintaba en sus hermosas facciones, en las que se dejaban ver las fatigas de una larga jornada; pero cada vez que se veía obligado á detenerse para tomar aliento, entreabríanse sus labios para pronunciar un nombre, tan dulcemente, que el eco, al elevarle en el espacio, parecía modular un beso, y después, con nuevas fuerzas, tornaba á emprender su camino.

De pronto se vió detenido por una alegre turba de aldeanos que marchaban en

dirección opuesta á la suya y salían de una pequeña casita blanca que, semejante á una paloma, se distinguía á lo lejos, muy distante todavía. El joven se detuvo un momento y les preguntó:

—Amigos, ¿qué hay de bueno en la casa que en lontananza se vislumbra y de la cual venís con tanta algazara? ¿Qué música es esa que llega confusamente á mis oídos?

—Esa música que oyes proviene de la boda de la joven que habita la casa de donde venimos, la hermosa Aloïda, cuyo primer esposo partió á la guerra contra los ingleses, sin que después de terminada se haya sabido de él, por lo cual se le juzga muerto.—

Y después de dar esta contestación, bien ajenos del pesar que causaban, los aldeanos se alejaron, dejando á su joven interlocutor mudo de dolor y asombro, y como si una mano poderosa le hubiera clavado al sitio en que á la sazón se encontraba.

No se apercibió de que los portadores de la noticia habían ya desaparecido, que se hallaba solo en el bosque y que la noche se acercaba á pasos agigantados. Las palabras que tal efecto le produjeran sonaban claras y distintas en sus oídos

como el trueno de una tempestad pronta á estallar sobre su cabeza. Veía desvanecidos de un golpe todos sus sueños de ventura, destrozadas todas sus ilusiones, sombrío el porvenir, y en medio de los horrores del presente lloraba sobre las glorias de un pasado desvanecido que ahora y por última vez se presentaba á su vista revestido de brillantes colores, en magnífico panorama. Consideraba lo infructuoso de los grandes trabajos que había tenido que sufrir, y en los cuales, como durante su regreso, un nombre le había servido de poderoso talismán para hacerle sobrevellar con calma todas las amarguras de su vida. La idolatrada imagen de su Aloïda que de tantos peligros le sacara, que había acariciado, como mágico sueño de adolescente, los días más hermosos de su existencia, se le aparecía ahora más bella, más encantadora aún que la última vez en que la vió llorando su partida, de hinojos en el umbral de su casa, iluminada por los primeros rayos de la aurora...! Sintió que las fuerzas le abandonaban, y se dejó caer al pie de un árbol que próximo á él extendía sobre su cabeza sus ramas bienhechoras entre cuyas hojas pasaba el viento murmurando rumores misteriosos; y sin exhalar una

solamente queja, un solo lamento, sacó de su seno con trémula mano un objeto precioso que llevaba oculto y contemplándolo un instante con triste sonrisa, lo arrojó lejos de sí. Era un rico cinturón cubierto de rubíes y esmeraldas, que traía á su esposa, de allende los mares, en cumplimiento de la promesa que la hizo al partir y que ni un momento se separó de él durante su penoso cautiverio entre los ingleses; á costa de peligros había huido de la tierra enemiga que le privaba de su felicidad, disfrazado de mendigo vagabundo, envuelto en harapos, pero en su fuga trajo consigo aquel objeto precioso, prenda de amor que juzgaba inestimable para su fiel Aloïda!...

Así transcurrió algún tiempo en medio de un silencio sepulcral interrumpido sólo de cuando en cuando por el graznido seco y estridente de algún ave nocturna que pasaba revolando por el aire. De pronto, y como si hubiese tomado una resolución definitiva, se levantó, recogió la preciada prenda del suelo y vivamente, sobreponiéndose á su dolor, volvió á emprender su marcha anhelante y con la agitación de la fiebre. No tardó mucho en llegar á aquella casa de donde salían alegres gritos y en la cual fue tan dichoso en otro

tiempo, y llamó á su puerta demandando hospitalidad.

III

Hay en Bretaña, desde muy antiguo, una piadosa costumbre. El día siguiente de la boda los recién casados dan un banquete á cuantos pobres llegan á su casa; la mujer sirve á los mendigos, y terminada la comida baila con cualquiera de ellos; el marido hace otro tanto con las mendigas. Luego los pobres se retiran murmurando oraciones para atraer el favor de Dios sobre el nuevo matrimonio. Gracias á esta costumbre, no tardó mucho el jóven caminante en hallarse sentado á la mesa y servido por la misma Aloïda, que ahora le parecía más y más resplandeciente de hermosura, y cuya atención no tardó en llamar por su extraordinaria palidez, pues las penas sufridas y la barba espesa que le cubría el rostro le desfiguraban por completo.

—¿Qué tenéis, pobre jóven?—le preguntó una vez con bondad.

—He hecho una larga jornada y la fatiga me ha rendido.

—Comed y recobraréis vuestras fuerzas. Terminado el banquete, y cuando se rompió el baile, Aloïda volvió á interrogarle con interés:

—¿Por qué no bailais?

—Estoy muy débil, señora, y las piernas se niegan á sostenerme.

A la segunda vuelta le preguntó de nuevo:

—¿No habéis descansado todavía?

—Aún no; estoy muy cansado, y además, tengo un gran pesar en el corazón.

A la tercera vuelta tomó su brazo y le dijo:

—Venid á bailar conmigo.

—Es tan grande honor el que me hacéis, que no me atrevo á rehusar.

Y se levantó siguiendo á su pareja. En lo más animado del baile se inclinó hacia ella y murmuró á su oído:

—¿Qué has hecho, Aloïda, de la sortija que ébrio de amor puse en tu dedo, hace hoy un año justamente?

Ella, al oírle, palideció y se detuvo. Unió sus manos, y levantó los ojos al cielo murmurando estremecida de terror:

—¡Dios mío! Creí ser viuda y me encuentro con dos maridos.

—Te equivocas, hermosa mía, no tienes ninguno—dijo entonces el bravo ca-

ballero, y sacando un puñal que traía oculto entre sus harapos, lo hundió en el corazón de Aloïda que cayó al suelo de rodillas, balbuceando:

— ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... — Y murió.

IV

La leyenda termina así:

En la iglesia de la abadía de Daular hay una estatua de la virgen que lleva puesto un cinturón de perlas y rubíes, traído de más allá de los mares. Si quieres saber quién se lo ha regalado, pregúntaselo al monge arrepentido que reza prosternado á sus pies.

LOS TRES FRAILES ROJOS

(LEYENDA BRETONA.)

I

Ya era muy entrada la noche cuando Magdalena, medio muerta de espanto, cruzaba el bosque atemorizada, mirando á todas partes con sus hermosos ojos negros agrandados por el terror.

Contábanse en el pueblo cosas tan extrañas de aquel paraje no atravesado por ningún ser viviente desde que la campana de la ermita entonaba con su son metálico la oración pura del *Angelus*, ese saludo misterioso que eleva la tarde al ideal divino de María, que el miedo de la infeliz muchacha estaba bien justificado.

En lo más espeso del bosque, como el antro de que salían todos los males, como la mansión del genio maléfico, alzábase el monasterio donde los Templarios se entregaban, según la creencia popular, á

sus sacrilegas profanaciones; donde los neófitos, al ingresar en la orden, juraban odio eterno al cristianismo y escupían la imagen santa del Crucificado, llevando á cabo excesos más censurables todavía.

Por eso cuando las primeras sombras de la noche cubrían el valle, huían los campesinos de los alrededores y se encerraban en sus casas donde á veces eran despertados por gritos extraños de alegría ó ayes de profunda amargura que no sabían á qué atribuir. Sin embargo, el pueblo comprendía que algo, y algo horrible, se ocultaba tras aquellos fuertes muros cercados de follaje y ocultos á las miradas de todos por el cuidado de sus sombríos moradores.

Todas éstas tristes ideas, tomando forma en su imaginación, pesaban dolorosamente sobre la frente de la joven Magdalena, supersticiosa y sencilla como todas las aldeanas bretonas. Los sueños de su infancia se desvanecían en aquel fondo tan obscuro en que no brillaba una sola luz: en aquel espacio tan sombrío, en que no chispeaba una sola estrella. Quería rezar y sus labios se negaban á repetir la oración que su mente concebía; reclamaba el auxilio de las sagradas imágenes de los santos que todos los domingos la

sonreían en la iglesia, y en vez de estas imágenes queridas, pasaban lentamente ante sus ojos, descarnadas figuras de muertos, visiones extrañas, abortos de la sombra y el pavor. Había algo en torno de ella que la presagiaba desdichas sin fin; algo que hacía vacilar su planta y entorpecía sus menores movimientos.

La noche era oscura, muy oscura. Un silencio lúgubre, sepulcral, reinaba en su alrededor. Diríase que la naturaleza estaba entregada á un dolor inmenso. El agua de las fuentes y los arroyos corría sin ruido bajo la verde alfombra que tapizaba los campos. El aura, al agitar las hojas de los árboles, producía ruidos extraños. De cuando en cuando, algún ave nocturna, revoloteando por el aire, dejaba oír su graznido estridente. Magdalena caminaba de prisa; sus ojos se anegaban de lágrimas y sus dientes castañeteaban de terror.

De repente, y como si hubieran brotado del mismo seno de la tierra y ésta los rechazara de sí, caballeros en tres grandes caballos cubiertos de hierro aparecieron ante ella tres Templarios ó frailes rojos, como el pueblo los apellidaba, envueltos en anchos mantos blancos y bordada al pecho la roja cruz que, fero en

otro tiempo de esperanza para Magdalena, venía ahora á aumentar sus angustias y sus dolores. El peligro por ella tan temido presentábase de pronto amenazador ante su vista. Allí estaban rodeándola como un círculo de hierro, manchándola con su aliento, aquellos hombres malditos á quienes todos temían y cuyo nombre sólo se pronunciaba en el pueblo acompañado de una imprecación. Otras pobres jóvenes los encontraron también, y sus familias nunca habían vuelto á saber de ellas.

Todo esto lo pensó la desgraciada en un momento. Bien pronto la sacó de su estupor la voz de uno de los tres frailes rojos, que la decía:

—Ven con nosotros, hermosa joven, al convento. Allí tendrás ríos de oro y plata para calmar tu sed de riquezas si eres ambiciosa.

—¡Oh! No.—murmuraba la infeliz.—No quiero ir con vosotros. Permitid que prosiga mi camino.

—Ven con nosotros, hermosa joven. Las arpas entonarán para cantarte sus mejores himnos y millares de pájaros te dormirán con sus endechas misteriosas.

—¡Oh! No; no quiero ir con vosotros; dejadme que prosiga mi camino. Las jó-

venes que os siguen engañadas no vuelven nunca á ver la luz del sol.

—Ven con nosotros, hermosa joven, allí hallarás á tus amigas, las que nos han seguido, y las verás alegres y felices para que te embriagues en el dulce espectáculo de su felicidad. Verás allí hermosos jardines poblados de frutas, cubiertos de flores, y surcados por arroyos de cuyas aguas, al correr por entre la verdura, brotan cantos de amor y de armonía.

—¡Oh! No; no quiero ir con vosotros. Dejadme que prosiga mi camino.

—Pues bien, nos seguirás de grado ó por fuerza.

La pobre niña cayó de hinojos abrazando las rodillas de sus verdugos.

—¡Oh, señores, por Dios, por vuestra madre! ¿Qué mal os he hecho yo? Piedad, tened piedad de mí..... Por esa cruz que brilla en vuestro pecho...

Una triple carcajada respondió á sus súplicas. Luego, se oyó un quejido prolongado; uno de aquellos gritos que por la noche despertaban á los campesinos en sus lechos y les hacían estremecer, y poco después los tres frailes rojos, llevando consigo á la joven y formando un informe grupo, se perdieron en la oscuridad.

II

Siete meses habían transcurrido desde entonces, y por el mismo bosque en que vivían los Templarios, caminaba un viajero extraviado y casi entumecido por el frío. La noche era horrible. Rugía el trueno; un huracán espantoso desgajaba las ramas de los árboles; llovía á torrentes, y sólo de tiempo en tiempo la luz cárdena y fugitiva de un relámpago venía á iluminar rápidamente aquella escena de desolación. El viajero caminaba silencioso, hundiéndose en el fango y andando muy poco á poco por miedo á caer en alguna sima. El espectáculo de la naturaleza, agitada por los elementos desencadenados, detenía las maldiciones en sus lábios.

Por fin se detuvo: al resplandor de un relámpago había visto ante sí un severo monumento que parecía ofrecerle la protección que entonces necesitaba. Dirigióse hacia él, como Dios le dió á entender, y ya iba á pedir auxilio cuando un ligero rumor de palabras entrecortadas llegó confusamente hasta su oído. Aplicó sus

ojos al agujero de la cerradura y miró... pero al cabo de un momento, un grito ahogado se escapó de su pecho, y tuvo necesidad de apoyarse en la pared para no caer desvanecido. Al vacilante fulgor de una lámpara que alumbraba una pequeña iglesia, había visto á tres frailes rojos ocupados en abrir una fosa al pie del altar mayor, y tendida en el suelo y á su lado, con los pies y las manos atadas, una joven de extraordinaria belleza que lloraba y gemía amargamente.

—¿Por qué me vais á enterrar viva en esa sepultura que me hace estremecer? ¿Qué daño os hice? Dejadme vivir, tengo sed de vida. Soy muy joven todavía para morir. Siete meses hace que os pedía me dejáseis marchar á mi casa; no seáis hoy como entonces sordos á mis quejas. ¿Por piedad dejadme vivir... no me matéis?....

Los frailes rojos continuaban su tarea sin responder... luego la luz se apagó y el viajero extraviado no vió más. Oyó el ruido de un cuerpo al desplomarse... unos pasos que se alejaban... después nada. Pero al cabo de algún tiempo una voz débil y quejumbrosa, como si saliera del centro de la tierra, murmuraba:

—Quisiera el bautismo para mi hijo...

la unción para mí... y moriría contenta.

Y pálido, desencajado y medio loco de terror, el viajero echó á correr en demanda de gente que socorriera á aquella desventurada.

Al día siguiente agolpábase el pueblo en derredor del convento de los Templarios exhalando gritos dolorosos acompañados de sordas y mal contenidas amenazas. En la iglesia todos los individuos de la orden, formados en dos filas, permanecían confundidos ante el conde y el obispo que los lanzaban miradas severas, mientras unos cuantos soldados removían la tierra al pie del altar mayor. En breve se retiraron espantados, y todos los circunstantes, mudos de horror, cayeron de rodillas. Allí, tendida sobre la fosa ensangrentada, yacía la pobre Magdalena, que antes de morir se había desgarrado el pecho con las uñas y las manos, y los brazos con los dientes. Sobre su seno, todavía palpitante, dormía tranquilamente un niño recién nacido.

Tres días y tres noches pasó el obispo en oración ante aquellos restos inanimados, y durante los tres días el pueblo no se separó del convento ni un solo instante. Al terminar el tercero, el niño dormido sobre el seno de su madre se levantó,

dirigióse con paso firme y seguro hacia tres de los frailes rojos agrupados alrededor, y señalándolos sucesivamente, dijo con voz clara:

—Estos son los culpables.

Pocos días después, los tres infames eran quemados vivos en la plaza pública.

III.

Desde entonces, apenas las sombras de la noche llenaban el espacio, veíanse en el mismo bosque que antes ocuparan los Templarios, tres fantasmas envueltos en largos mantos flotantes, que le recorrian en todos sentidos montados en tres esqueletos de caballos. Los viajeros que entonces cruzaban el bosque eran atraídos hacia ellos por una fuerza extraña y desconocida, y desaparecían para siempre sin que se pudiera averiguar su paradero. Cuando más tarde la orden del Temple fué juzgada y condenada por Felipe el Hermoso, y sus principales jefes murieron en la hoguera, los tres frailes rojos desaparecieron. Desde este día nadie los ha vuelto á ver.

LA FUNDACIÓN DE SCUTARI

(TRADICIÓN SERVIA.)

Hay una creencia popular común á todas las sociedades primitivas, y que debió, indudablemente, formar parte de las primeras preocupaciones de los hombres: la de que un edificio, para alcanzar perfecto estado de solidez, debe asentar sus cimientos sobre el cuerpo de una persona enterrada viva con este solo objeto, antes de empezar la obra. Tylor, en su magnífico libro *Primitive Culture*, levanta acta de esta creencia tan generalmente extendida en la infancia de todos los pueblos, y que ha dejado sus huellas en la literatura popular de todos los países.

Alexandri en sus *Baladas y Cantos populares de Rumania*, ha recogido este hecho en una linda leyenda, que se remonta á la fundación del monasterio de Argis por Radul Negro (Rodolfo el Negro). Otros

muchos la apuntan con referencia á diversos países; pero donde está adornada con mejores galas, donde aparece con todo interés la tradición, es en la poesía servia.

Ved como narra la leyenda la fundación de Scutari.

I

Tres hermanos, fuertes y poderosos, el rey Voukachine, el voivoda Ouglecha y Goiko, habian plantado sus tiendas junto al Boiana. Querían construir una ciudad digno de encerrarlos á ellos y á los suyos dentro de sus murallas; una ciudad que fuera asombro de los propios é impusiera terror á los extraños, si alguna vez les pasaba por la imaginación la idea de hacer la guerra á los Merniavtchevitch. Y no escaseaban medios ni trabajos para llevar á cabo su propósito. Allí estaban hacinados, esperando colocación, los inmensos materiales que necesitaban, y que solo á costa de grandes sacrificios habían podido ser llevados hasta allí. Solo los tres hermanos con su poder, con su influencia, hubieran podido conseguir tan-

to. Pero hacer una ciudad no es hacer una casa; la casa sirve al individuo, la ciudad al pueblo, y en que la ciudad se levanta-se pronto, fuerte y bella sobre los campos que la rodeaban, estaba empeñado el honor de los tres hermanos y de todos sus vasallos y servidores.

Pero vanos son los propósitos que puedan formar los hombres, inútiles los cálculos que se empeñen en hacer, si hay alguna divinidad que quiere lo contrario y se opone, por tanto, á sus deseos. ¿Qué es el hombre ante la decisión tenaz y prolongada, ante el poder sobrenatural de las Vilas, esas divinidades misteriosas que representan las fuerzas naturales, ora funestas, ora bienhechoras, que en la profundidad de las montañas y en el silencio de las selvas dejan oír de cuando en cuando el eco de su voz, que ya suena plácida y apacible como el murmullo de un arroyo, ya ruje ronca y amenazadora como el trueno que rueda despeñado por los abismos del espacio sin fin? Una Vila se había propuesto impedir que se fundase la ciudad, y todos los días, cuando el alba empezaba á brillar en el fondo azul del cielo, y los trabajadores se dirigían al trabajo cantando bellas canciones en que saludaban el despertar de la Naturaleza,

veían destruida su tarea del día anterior.

La primera vez que pasó esto se incomodaron mucho y hasta dispusieron una batida general, creyendo obra de algún enemigo audaz lo que solo era debido á la oposición de las Vilas; pero pronto se convencieron de que no era así; pronto tuvieron que reconocer su impotencia y la inutilidad de sus esfuerzos para luchar contra los genios misteriosos que estaban irritados contra ellos.

Desde que esta persuasión se inculcó en su ánimo, resignáronse á su mala suerte, y decidieron proseguir sus trabajos, que todas las noches eran indefectiblemente destruidos, para ver si á fuerza de constancia conseguían calmar la resistencia de las Vilas.

Tres años duraba ya la lucha, y ni los genios ni los hombres querían darse por vencidos en ella. Tres años duraba ya, y aún no se habían puesto los cimientos de la nueva ciudad, que ya desesperaban muchos de ver enhiesta, reflejando sobre el Boiana. El rey Voukachine, el voivoda Ougliecha y Goiko, con trescientos trabajadores, habían jurado no apartarse de aquel sitio hasta conseguir realizar el fin que en él los reuniera, y ninguno de los tres quería faltar á su juramento.

Y el tiempo transcurría, y el trabajo no adelantaba. Pasó el tercer año, y vino el cuarto á oír las quejas que los tres hermanos exhalaban al hablar de sus fallidos proyectos, del objeto de toda su vida, que ya les parecía irrealizable.

II

Hallábanse una tarde reunidos en una selva distante del sitio en que querían levantar la ciudad, cada uno entregado á sus pensamientos, y buscando en vano allá en lo más recóndito de su cerebro el motivo de aquella oposición con que tropezaba su deseo, cuando un rumor extraño se dejó oír allá en la parte más intrincada de la selva, donde el follaje era más espeso, donde los árboles cruzando unas con otras sus ramas sobrecargadas de verdura, interceptaban los rayos del sol, un ruido semejante al de un torrente despeñado en horrorosa catarata, sonaba y engrandecía repercutido por el eco. Las aves habían dejado de cantar; el cielo había cubierto con tapizado manto de negras nubes su hermoso azul, y los pequeños rumores que forman las selvas unien-

do en uno solo las quejas de los arroyos, el silbido de los vientos, el arrullo de las fuentes, y el canto sin nombre de los animalillos silvestres, había terminado también en un suspiro lastimero.

La Vila iba á hablar. Lo que se oía era ya su voz. Los tres hermanos se postraron de rodillas y escucharon atentamente.

—Voukachine, Ougliecha, Goiko—dijo—vuestras quejas han conseguido ablandar mi corazón; vuestra constancia ha vencido mi resistencia. Consiento, pues, en no oponerme á que edifiqueis esa bella ciudad que ha de ser el encanto de las gentes, la maravilla del mañana. Pero es con una condición.

—¿Cual?—preguntó temblando Voukachine, que á pesar de su temblor era el más animoso de los tres.

—Tengo necesidad de una víctima; su cuerpo frío, descansando bajo los cimientos que hasta hoy no habeis podido levantar, dará á estos la fortaleza de que en todo este tiempo están privados, y harán eterna la ciudad que edifiqueis.

—¿Y cuál ha de ser esa víctima?—volvió á preguntar temblando más que antes todavía Voukachine.

—Vuestras mujeres vendrán mañana á traer el almuerzo y á saber de vosotros

el estado de vuestra salud. Pues bien; la primera de ellas á quien veais por el camino que conduce hacia estos sitios, será la víctima que os señalo. Emparedadla viva en los cimientos, y la obra proseguirá hasta su fin bajo mi protección, que la defenderá de las divinidades enemigas. Si no haceis lo que os aconsejo —añadió— vanos serán vuestros esfuerzos é inútiles vuestras reclamaciones.

Dejó de oírse la voz que sonaba como un torrente despeñado en horrorosa catarata; corrióse el velo de nubes que ocultaba el hermoso azul del cielo, tornaron á cantar las aves y volvieron á oírse esos pequeños rumores que forman las selvas uniendo en uno solo las quejas de los arroyos, el silbido de los vientos, el arrullo de las fuentes y el canto sin nombre de los animalillos silvestres.

Voukachine se volvió á sus hermanos que todo lo habían escuchado pálidos y casi muertos de espanto.

—¿Habeis oído? —les preguntó.

—Sí—respondió Ougliecha.

—Sí—respondió Goiko.

Y los dientes de los tres castañetearon de terror.

—Yo creo—continuó el rey—que debe-

mos hacer á la Vila el sacrificio que nos pide.

—Y yo también—añadió Ougliecha.

—Y yo también—añadió Goiko.

Y los tres exhalaban un suspiro de amargura.

—Pues entónces —dijo el rey Voukachine levantándose— juremos que ninguno de nosotros revelará á su mujer el secreto. Que la suerte decida.

—Lo juro—dijo Ougliecha.

—Lo juro—dijo Goiko.

—Y yo también lo juro—terminó Voukachine.

Y volvieron tristes y pensativos al campo en que hacía tres años habitaban, y donde ya les esperaban sus esposas con la comida.

La noche había cerrado por completo: una noche oscura y tenebrosa, sin estrellas y sin aromas, en cuyo seno parecían latir los efluvios de la tempestad.

III.

Triste y cubierto de nubes amaneció el día siguiente. Apenas el alba iluminó el horizonte con una débil cinta luminosa

que parecía un corte hecho en el cielo, los trabajadores se levantaron, y cogiendo cada cual los útiles de su oficio, pusiéronse á reparar el trabajo destruido durante la noche.

Solamente Voukachine, Onglicha y Goiko, los tres hermanos Merniavtchevitch subieron á una pequeña colina próxima y se pusieron á registrar con la vista la inmensa llanura que se extendía ante ellos, iluminada por los primeros rayos del sol.

De pronto Goiko, el más pequeño de los tres, dejó escapar un grito de angustia. Allá, al fin del camino, su jóven esposa venía alegre y contenta, en dirección á las orillas del Boiana. El destino había hablado y su esposa tenia que morir. Al escuchar su grito de angustia Voukachine y Onglicha se miraron, y al mirarse bajaron avergonzados la cabeza, porque se habían comprendido. Los dos habían faltado á su juramento; los dos habían prohibido á sus mujeres que vinieran á verlos aquel día, y las dos cuñadas dieron á la esposa de Goiko, el cual no había violado su palabra, el encargo de llevar el almuerzo á los tres hermanos.

Quando la jóven llegó hasta donde Goiko estaba, notó su tristeza enseguida, y le preguntó cariñosamente:

—¿Qué tienes? ¿Porque estas triste, Goiko mio?

—Se me ha perdido una hermosa manzana de oro que tenia.

—¡Bah! ¡Ya la encontrarás!

Quando el almuerzo terminó, Voukachine y Ouglicha se acercaron y cogiendo de la mano á su cuñada la llevaron hasta el punto en que pensaban poner los cimientos de la ciudad. Goiko quedó al pié de la colina, tapándose los oídos con las manos para no oír los gritos de la jóven.

Hizo Voukachine una señal, y al punto se aproximaron los trescientos trabajadores que empezaron á colocar materiales, troncos de arboles y grandes piedras de colosal tamaño alrededor de la esposa de Goiko, que se reía creyéndose objeto de una broma. Quando el muro que empezaba á levantarse la llegó á las rodillas quiso salir, pero sus cuñados lo impidieron. Quando la llegó á las caderas se echó á llorar, y trató de conmooverlos con sus súplicas. Pero nadie la hacia caso y el muro seguía subiendo. Entonces ella, al verse condenada á muerte y sin esperanza de salvación, llamó al arquitecto Rad que dirigia la obra, y que, con los ojos llenos de lagrimas, acudió á este llamamiento.

—Rad—le dijo—dentro de poco mi niño á quien dejé dormido en la casa, se despertará y tendrá hambre. Puesto que vais á enterrarme viva en el muro, haz que dejen en él dos agujeros por donde puedan salir mis pechos, para que mi pequeño Iova no carezca de alimento.

Así se hizo, y entonces la pobre madre volvió á dirigirse á Rad.

—Rad, hermano mio en Dios, puesto que vais á enterrarme viva en el muro, haz que dejen en él otros dos agujeros á la altura de mis ojos, por los cuales pueda yo ver á mi querido Iova cuando le traigan á darle de mamar y cuando le vuelvan á la casa.

Así lo hizo Rad, que se alejó llorando de aquel sitio en cuanto el muro cubrió á la jóven por completo.

Pocos dias despues, Scutari se elevaba airosa y gallarda, reflejándose en el Boiana. La Vila habia cumplido su promesa.

IV

Por espacio de ocho dias, el pequeño Iova vino en brazos de una de sus tias,

aplicó sus lábios de cereza á los agujeros que Rad dejó en el muro, y encontró en ellos el sustento que para vivir se necesitaba.

Una voz que salia del muro le prodigaba los nombres más tiernos que una madre puede decir á sus hijos, y le cantaba bellos cantares hasta que el inocente se dormia.

Pasados estos ocho dias, la voz, que habia ido debilitándose cada vez más, dejó de oirse.

Entonces brotaron de los dos agujeros dos limpios chorros de agua que horadaron despues el muro hasta convertirse en una hermosa fuente que todavia existe en Scutari.

A esa fuente van las madres que tienen poca leche para criar á sus hijos, y bebiendo el agua que dá, corrigen ese defecto de su naturaleza, y dedican un recuerdo de gratitud á la esposa de Goiko, el más jóven de los Merniavtchevitch, y uno de los tres fundadores de Scutari.

LA NOCHE DE ÁNIMAS

Llegaba la noche con su cortejo de sombras, como si la naturaleza, falta de las caricias del sol, se vistiese las negras tocas de viuda sobre el sepulcro de su amante. Ya flotaban ligeros crespones en la cumbre de las montañas que á lo lejos se levantaban en el horizonte, áridas y sin vegetación ninguna, recordando la fábula de los Titanes. Espesas brumas ceñían su falda, y dóciles al impulso del huracán, alargábanse indefinidamente ó se ensanchaban tomando distintas formas. El mar encrespaba sus olas que se rompían con furia al chocar contra las rocas de la orilla, y remedaba en sus ruidos la respiración agitada de un gigante sobre cuyo pecho descansase el peso del mundo.

El día había sido muy crudo. Un frío intenso que traspasaba los huesos, un cielo encapotado de nubes plomizas; la

tempestad formándose en el espacio; el mar que parecía retar al cielo; el cielo amenazando á la tierra. Adivinábase el rayo encendiéndose en las nubes, el viento palpitando bajo las olas, el trueno agolpándose tras las montañas...

La noche iba á ser peor. Venía, y venía sin una estrella que alumbrase la inmensidad preparada á recibirla como recibe un ataúd el cadáver que va á dormir en él su último sueño. La lucha iba á estallar en el espacio. Las nubes, que se buscaban con cólera, iban á encontrarse... Y como si presintiera este choque, todo era silencio en la costa. Las aves marinas pasaban rápidamente sobre aquel mar, conmovido por convulsiones de epiléptico, y en cuyo vasto seno no se veía lanchara alguna. Ni una voz en las rocas, ni un canto en las montañas, ni un suspiro en los aires. Solo de cuando en cuando oíase en lontananza, allá en la aldea, el son cascado de la campana que desde lo alto de la ermita tañía tristemente. Era el día de ánimas y aquel eco funeral, sonando en el silencio espantoso de la naturaleza, parecía la queja de la humanidad implorando á Dios en sus horas de abatimiento y agonía.

II.

No lejos de la costa, pero ceñido casi completamente por el mar, alzabase un montón de peñas de granito puestas las unas sobre las otras por algún cataclismo geológico. Sobre ellas, y semejante á un ave de rapiña que allí hubiera parado su vuelo, veíase una choza pequeña, de negras paredes, salpicadas constantemente por la espuma que hasta allí lanzaban las olas que se estrellaban á sus pies, impotentes para devorarla.

Un matrimonio la habitaba. Ella era viuda y aún se acordaban todos los pescadores de la costa de su primer marido, muerto en el mar durante una galerna. En cuanto á él nadie sabía quién era, por más que á todos inspirase temor lo siniestro de sus facciones, lo sombrío de su mirada. Tres meses hacía que el casamiento se había verificado, y solo nueve que el pobre pescador había muerto, lo cual no hacía mucho honor al sentimiento de su viuda. En este tiempo pocos pescadores habían arribado á la solitaria choza que antes visitaban de continuo. Algo que no se explicaban los repelía de aquel

lugar, y acostumbrados á mirarle como morada de amigos, mirábanle ahora con una especie de terror supersticioso de que ellos mismos no alcanzaban á darse cuenta. El vacío se había hecho en derredor del nuevo matrimonio, y bien podían decir Marta y Pedro que estaban solos en el mundo. Caso de ocurrirles una desgracia, pocos, muy pocos, hubieran sido osados á venir á socorrerlos.

La noche que invadía el horizonte, invadía también la pequeña choza. Siguiendo con inquietos ojos los últimos resplandores del Poniente, Marta los volvía de cuando en cuando con terror á un lado y otro, y solo se tranquilizaba al convenirse de que ningún extraño había junto á ella. A su lado, y también absorto en sus reflexiones, miraba Pedro las olas que azotaban los peñascos y lamiéndolos crecían cual si quisieran barrer la choza que sobre ellos asentaba.

Oíase, algo debilitado por la distancia, el tañido de las campanas.

—¿En qué piensas?—preguntó Pedro de pronto tocando en el brazo á su mujer.—Esta se volvió como movida por una corriente eléctrica, y después de mirar fijamente á su marido,

—En lo mismo que tú—le contestó.

Y después de este breve diálogo, hubo entre ambos esposos un silencio fúnebre como la calma que reinaba en la atmósfera.

Pedro fué el primero en romperle, cual si hablase consigo mismo.

—Así estaba el mar aquella tarde, ¿te acuerdas? Tu marido estaba en el mar y yo ocupaba, como siempre, su sitio junto á tí. Como el de hoy, triste y sombrío, fué aquel día. Y la noche cerró preñada de presentimientos, anunciando la tempestad, lo mismo que cierra ahora.

Marta se estremeció; quiso hablar para impedir que Pedro continuase su relato, pero las palabras quedaron ahogadas en su garganta; se encontró sin voz, y solo tuvo fuerzas para estrecharse contra su marido.

—La tormenta estalló por fin—prosiguió éste.—El huracan, desatado, sacudía la mal cerrada puerta de la choza, haciendo oscilar la luz que ardía sujeta por una argolla al suelo; el mar rugía azotando con furor estos peñascos que parecía conmover en sus cimientos. Tú pensabas, como yo, en tu marido, que á aquellas horas lucharía á brazo partido con las olas, sorprendido por la tormenta antes de que hubiera podido recoger sus

redes, y aquí solos los dos, solos con nuestro amor, que entonces era culpable, indiferentes al horror de los elementos que unos con otros luchaban, pensábamos en una misma cosa, como ahora, ¿no es verdad?

—Si—balbuceó Marta con terror.

—Pedro, me dijiste tú, si Juan muriese esta noche...—y yo, loco de amor,—Así serías solo mía; y para siempre—te contesté. Nos abrazamos, y al aplicar mi rostro al tuyo observé que tus labios se movían. ¡Estabas orandó!... Pedías al infierno, porque Dios no podía escucharte, que no volviera tu marido.

Marta sollozaba en silencio.

—Y yo también recé; yo también uní mi súplica á la tuya; pedí no se á quién, porque estaba loco, que te quedases viuda aquella noche; y como si el infierno nos respondiese, un trueno horrible estalló al resonar unidas nuestras voces.

En aquel momento, y como si la escena descrita por Pedro fuera á repetirse, chocaron dos nubes y la tempestad se desencadenó, y oyose su voz lejana en el eco de un hondo trueno, y se vió su mirada, en el cruce de dos rayos, flamear en el horizonte. Marta se abrazó á Pedro, y haciendo un violento esfuerzo, logró decirle:

—Por Dios, ¡cállate!

Pero Pedro no la oyó, y cuando el rumor del trueno se hubo extinguido, prosiguió hablando en voz baja:

—Así, así rugió aquella noche el trueno como si fuera la promesa de Satanás, que hubiera oído nuestro ruego. Y lo oyó, Marta, lo oyó, porque de allí á poco, cuando tú, inclinada sobre mi hombro tu cabeza, me describías tu cariño, un puño cerrado llamó á la puerta con fuerza, y la voz de Juan sonó en medio de la tormenta.

—Yo no quería abrirle—repuso Marta, temblando cada vez más.

—No,—asintió Pedro.—Ni yo quería que abrieses; pero al cabo de diez minutos de espera, su voz se hizo amenazadora, y sus fuertes espaldas comenzaron á empujar la puerta, cuyos goznes mal sujetos comenzaron á crujir.

—Aun me parece oírle.—Abre, Marta—decía.—Me he escapado de la galerna, y vuelvo sano y salvo, como me fuí. Abre, no tengas miedo, mujer mia...

—Y tú que le oías, sin saber qué partido tomar, permaneciste callada, callada y sin respirar, como si te hubieras muerto.

—Hasta que tú saltaste de la cama...

—Sí; la puerta ya cedía, sus tablas

desunidas se agrietaban; y á través de ellas brillaba como un rayo la pupila de tu marido.

—Y la abriste de par en par.

—La abrí, y el insensato se sorprendió al verme, creyendo sin duda que era un ladrón, que antes de franquearle la entrada te hubiera asesinado; pero al verte trémula y vacilante ocultándote tras el lecho que acababas de mancillar, lo comprendió todo, y dando un grito se lanzó sobre ti...

—Pero tú te adelantaste...

—Y me interpuse entre los dos. El, entonces, volvió su rabia contra mí, alargando sus manos para ahogarme. Más yo estaba prevenido y sujetando con mis brazos los suyos...

—¡Calla! ¡Calla!

—Estábamos á la entrada de la choza. A espaldas tuyas, bajo nuestros pies, rugía el mar irritado; sobre nuestras cabezas encendía el infierno todos sus rayos para alumbrar el trágico desenlace... Mi mano rodeó su garganta, y Juan, exhalando un ¡ay! sin nombre, rodó precipitado al abismo cuyas aguas se entreabrieron para recibirle!...

—¡Calla, por Dios! Si alguien te oyera...

—Nadie conoce nuestro crimen. Cre-

ieron en la costa que la galerna te había dejado viuda, y nadie extrañó á poco ver aparecer en la playa el cadáver destrozado de tu marido y los restos de la barca, que, mal amarrada por él, se estrelló contra los peñascos. Luego nos casamos tu y yo... Bien muerto está el muerto.—

Siguió una breve pausa.

—¡Tengo miedo!—decía Marta, y sus dientes castañeteaban de terror.

La noche había cerrado por completo. De repente Pedro se levantó, y con paso poco firme se dirigió á la puerta. Marta le miró con extrañeza al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Dónde vas?

—Al mar.

—Con esta noche... ¡Estás loco!...

—No, no estoy loco. Es que, como tu, yo también tengo miedo. Al referir la historia se me ha representado nuevamente, y veo á Juan como si estuviera delante de mí. Me mira, me amenaza, parece que quiere hablarme, y yo no le quiero oír; no quiero escuchar otra vez aquel ¡ay! que lanzó al caer en el mar. Dicen que esta noche salen los muertos de su tumba y vienen á rondar los lugares en que vivieron... No quiero verle...

—¡Ni yo tampoco!—dijo Marta con angustia.

—No me separaré mucho—continuó Pedro.—Lo que me asusta es este techo que parece desplomarse sobre mi; estas paredes que se me figura van á unirse, dejándome preso entre sus tablas. Quiero respirar el aire libre.

—Y vas á dejarme sola... ¡Aquí!... No, no lo pienses—y Marta se agarró á la blusa de su marido.

—Ven, entonces.

Cogiéronse de la mano los dos esposos, y salieron. La tempestad rugía amenazadora. Todo era negro en la inmensidad, como si el mar y el cielo formasen, con sus olas el uno y con sus tinieblas el otro, un denso manto que ninguna luz era bastante á rasgar. En algunos momentos el ruido se aplacaba, y entonces se oía claro y distinto el clamor de la vieja campana doblando por el alma de los muertos. Marta y Pedro bajaron la resbaladiza escalera de piedra, desamarraron la mejor barca que tenían, y mientras ella se sentaba al timón, empuñaba él los remos y vogaba rápidamente, alejándose del escueto peñón de donde los expulsaba su conciencia.

III

La tempestad parecía haberse calmado un tanto. Aunque á duras penas, Pedro dirigía la barca. Marta respiraba más fácilmente. El frío de la noche venía á calmar la fiebre que en la choza la abrasaba. Uno y otro empezaban á cobrar ánimos, cuando sin saber por donde, surgió una sombra en la barca, y una voz que nada tenía de humana, murmuró algunas palabras.

—¡Mi marido!—gritó Marta, y soltó el timón.

—¡El!—gritó Pedro dejando escapar los remos.

—Sí; yo soy,—dijo la sombra.—Dios me permite abandonar la tierra en que reposo para volveros á ver. He ido á la choza y no os he encontrado. Por eso he venido aquí... No os asustéis, soy yo mismo. Vamos, Pedro, cobra esos remos que has soltado; y tú, Marta, dirige otra vez el timón. Quereis pasear por el mar... Bueno... En vez de dos, la barca llevará tres. No temais que naufrague por eso. Es muy fuerte, y además ¡peso yo tan poco!...

Ni Pedro ni Marta se movían. La sombra levantó la cabeza.

—¡Yo os lo mando!—gritó imperiosamente. Y como movidos por un resorte, Marta se sentó otra vez al timón, Pedro volvió á tomar los remos y la barca tornó á moverse.

—¿Dónde vamos?—se atrevió á preguntar Pedro.

—¡Allí!—contestó la sombra, y su mano señaló á un punto que la luz de un relámpago iluminó en aquel momento. Era una hoya, muy conocida en el país; una hoya que había sido sepultura de muchas barcas.

—¡Pero allí está la muerte!... dijo Pedro.

—¡Allí!—volvió á decir la sombra y su actitud se hizo más amenazadora.

Pedro bajó la cabeza; Marta hizo lo mismo, y como bajo el yugo de una fuerza á que su voluntad no podía oponerse, uno y otro dirigieron la barca hácia el punto de perdición. Y la barca llegó á él, y cogida en el remolino del agua que salía de la hoya, dió algunas vueltas sobre sí y desapareció en él. Oyéronse dos ayes lastimeros y un ruido como de tablas que se rompen... luego, nada. La sombra, flotando sobre el mar, permaneció en aquel

sitio, bajando la cabeza para presenciar la muerte de los dos miserables.

IV

Cantó el gallo en la aldea, y empezó á clarear el horizonte. Como baudada de gaviotas arrastradas en el giro del viento pasaron en un grupo numeroso las almas que á la entrada de la noche salieron de sus tumbas para visitar los lugares que amaron, y dar sueños tranquilos á las personas queridas que dejaron en el mundo, ó pesadillas terribles á aquellas otras que les hicieron mal. El alma de Juan se unió á sus compañeras, y se alejó de aquellos sitios á tiempo que una débil cinta de plata empezaba á tenderse en la extensión.

Nunca salieron á la superficie los cuerpos de Marta y Pedro.

JORGE EL GAITERO

(TRADICIÓN IRLANDESA.)

I.

Hace ya mucho tiempo que no produce Irlanda músicos tan hábiles como Jorge, el pobre ciego que, llevado de la mano por su madre que le servía de lazarillo, iba de pueblo en pueblo conmoviendo á los montañeses con los sonidos armoniosos que arrancaba al tosco instrumento que era su único modo de vivir.

Joven, alto, hermoso, daba lástima verle siempre con los ojos fijos con esa fijeza, que la ceguera da á la mirada, la gaita á la espalda, andando lentamente y siempre acompañado de su madre, que de cuando en cuando le miraba tiernamente, como miran las madres á sus hijos, enjugando furtivamente la lágrima rebelde que rodaba por sus mejillas. Todo el mundo les conocía en la montaña, y de todos eran bien recibidos; ninguna puerta se

cerraba ante ellos, y siempre había un sitio en la mesa y un puesto en el hogar para los dos.

Cuando, sorprendidos por la noche o por la tormenta, invocaban la hospitalidad en la primera choza que hallaban al paso, empezaban llamando sobre los caritativos la protección de Dios—que oye siempre las súplicas de los pobres;—y luego, sentados ante el fuego, en medio de todos los habitantes de la casa, viejos, jóvenes y niños, mientras la leña chisporroteaba al consumirse, y el viento rugía azotando las puertas con furor, Jorge sabía encontrar en la sencilla gaita irlandesa las notas más dulces, las melodías más conmovedoras, que al resonar en medio de la noche parecían cánticos de serafines. Y escuchándole, no había ojos que no se humedeciesen, ni corazón que no apresurase sus latidos.

II

Porque Jorge no era un gaitero como lo son la generalidad. Jorge se transmutaba, por decirlo así, al arrancar al rústico instrumento aquellas notas que bullían y

palpitaban á su alrededor, como chispas divinas, envolviéndole en una atmósfera particular y abstrayéndole del mundo material. Era ciego; la luz, que tanto oía encarecer, se negaba á llegar á sus muertas pupilas, y todo era noche obscura, noche densa para él; pero al herir sus oídos los ecos de sus melodías, revelábasele un mundo nuevo, y la magia de los sonidos le hacia comprender la magia de los colores, y las armonías de sus cantos, las armonías de la luz.

III

Así, pues, no tiene nada de particular, siendo el primer músico de la montaña, que no hubiese fiesta en toda ella, ni aun en los pueblecillos de la costa, á que no fuesen Jorge y su madre los primeros invitados. Todos se levantaban para recibirlos al verlos llegar, y en las bodas el joven era llevado á su asiento por la misma novia, radiante de felicidad, que por el camino le rogaba recordase sus mejores canciones para alegrar su casamiento. Y en los bautizos Jorge era quien depositaba el primer beso en la frente del

recien nacido, á quien deseaba en una trova sentida suerte mejor que la suya, y sobre todo, unos bellos ojos para poder ver el cielo y el mar, los valles y los abismos, las llanuras y las montañas.

Un día, el mismo en que principia la leyenda, Jorge salió de su choza acompañado de su madre en dirección á la costa, buscando un sitio encantador, un pedazo de playa que se extendía al pie de una roca y en el cual venían las olas á morir. En frente, la inmensidad del mar reflejando en su vasto seno la inmensidad del espacio; á un lado y otro grandes rocas que parecían resguardar á los que acudían á aquel sitio de los golpes del mar y los bramidos del viento; á la espalda la falda de la montaña ostentando su hermoso manto de verdura, y á lo lejos, elevándose al cielo como un ténue vapor, las primeras brumas de la tarde.

Allí estaban reunidos los habitantes de las cercanías. Celebrábase la boda de uno de ellos con la hija de un pescador, joven y hermosa doncella que no disimulaba su alegría, y la presencia de Jorge en la fiesta se explicaba perfectamente. Invitado de antemano, había compuesto para ella una linda sonata, que dedicaba á la novia, y en la cual agotó el pobre músico

de la montaña el tesoro de su inspiración; en aquella sonata había reunido el infeliz todos sus deseos, todas sus quimeras, todas sus fantasías; los ecos de la música que sonaba incesantemente en sus oídos; las reminiscencias de una vida agena á la materia, vida que él vivía y en cuyos goces se embriagaba; las voces, en fin, que una vez y otra vez venían á turbar sus pensamientos y arrebatárle á sus meditaciones.

IV.

Caja la tarde. Las nubes sembradas en el inmenso campo del espacio simulaban un incendio, heridas por los últimos rayos del sol poniente, cuyo inflamado globo tocaba ya los límites del horizonte. Una calma tranquila, serena, no turbada por rumor alguno, se extendía por todas partes. Las olas, lamiendo dulcemente la orilla, se dilataban entre sus arenas. Ni un soplo de aire rizaba la líquida superficie.

Los aldeanos, reunidos en la playa para festejar la boda de los dos jóvenes y desearles mil felicidades para el presente y

hermosos sueños para el porvenir, sentíanse rendidos de tanto bailar, y su voz estaba enronquecida por el canto. Sólo Jorge, siempre triste, siempre sonriéndose con aquella sonrisa melancólica que de cuando en cuando erraba por sus labios descoloridos, sólo el pobre ciego á cuyo lado se sentaba su madre, seguía tocando sus bellas canciones, aplaudidas de todos y por todos oídas con religioso respeto.

De pronto, Jorge se levantó.

—Voy á tocar—dijo—mi última sonata, que dedico á la novia. La hice ayer en medio del silencio de la noche, y puse en ella todos los sueños de mi alma.

Gritos prolongados de alegría acogieron estas palabras. Todos se sentaron, preparándose á escuchar. La novia, objeto de todas las miradas, bajó confusa los ojos y se colocó con su novio cerca de Jorge. El pobre músico les dió las gracias y empezó á tocar.

A los primeros ecos de la sonata, los aldeanos se miraron sorprendidos. Nunca habían oído nada que se pareciese á aquella delicada armonía que ahora llegaba hasta ellos, y en la cual tenían una nota cada sentimiento, un gemido cada dolor; al concluirse la primera estrofa

todos lloraban. Después, y conforme fué adelantando la música, un encanto, del que nadie podía darse cuenta, empapaba los sentidos de los oyentes, que en vano querían romperle y estallar en hurras entusiastas. Sin poder moverse del sitio en que se habían colocado, la admiración los dominaba de tal modo, que ni sus lenguas podían hablar, ni sus manos aplaudir. ¡Extraño espectáculo el de aquella multitud, que parecía clavada en sus asientos, y que, pendiente del músico de la montaña, mirábale con fijeza, sin poder separar sus ojos de los ojos sin luz del pobre ciego! Su misma madre estaba sorprendida. Ella tampoco guardaba en su memoria recuerdo alguno de nada semejante; nunca su hijo estuvo tan inspirado; nunca, como entonces, había encontrado el medio de conmover todas las fibras del corazón.

En cuanto á Jorge, también sentía la influencia de su música; él también parecía transportado á regiones más altas y más puras. Sin darse cuenta de lo que por él pasaba, enderezó de repente su paso, y echó á andar maquinalmente hácia la orilla. Por una extraña alucinación, creía tener vista; sentía como si el velo de sus pupilas se hubiese rasgado,

y veía el paisaje tal como mil veces se lo había descrito su madre. El sol hermoso, bajo dosel de nubes festoneadas de púrpura, hundiéndose lentamente en el mar, que parecía entreabrir su seno de olas para recibirle.

De pronto dió un paso atrás y se detuvo, pero sin interrumpir la ejecución de su sonata. Por todas partes creyó ver salir de entre la espuma de las aguas peces de todos tamaños y de todos colores que salían para escuchar atentos la música que sonaba, sonaba sin cesar, poblando el aire de cadenciosas armonías. El sol mismo parecía haber detenido su curso para no perder la última nota.

Y en medio del mar, como envuelta en una nube transparente, de pie sobre la tersa superficie, un sér ideal, una mujer joven y hermosa, tal como esas ondinas que tienen en el fondo de las aguas sus alcázares misteriosos y cuya existencia afirmaban todos los cantos populares de la montaña, extendía hácia él sus brazos de nacar. Una corona de coral ceñía sus sienes: collares de perlas rodeaban su garganta. La luz del sol naciente brillaba en sus ojos, y una sonrisa hechicera vagaba por sus labios. Este sér ideal saltó á tierra, y acercándose á Jorge murmuró

dulcemente en sus oídos gratas frases de amor y de ternura.

—Ven—le decía—yo soy la reina poderosa de las aguas, que tengo un palacio maravilloso que la luna ilumina con su luz al rielar sobre las ondas. He oído tu voz, y he venido por ti; he venido á llevarte conmigo á ese reino cuyos tesoros son infinitos como el deseo, inmensos como la esperanza. En la tierra eres ciego y no ves nada de cuanto te rodea; ven conmigo y yo daré á tus ojos la luz que necesitan para admirar la creación.

Jorge escuchaba estático esta voz que abría nuevos horizontes á su alma, sin separar la vista de la fantástica aparición que le atraía hácia sí con un poder inexplicable. No veía ya nada; el cielo y el mar, la playa y la montaña estaban envueltos en la sombra para que así se destacase mejor la figura de la ondina, que aguardaba su respuesta como envuelta en un nimbo luminoso. Y los sonos cada vez más dulces, cada vez más armoniosos de la sonata, seguían palpitando en el espacio.

—Sígueme—murmuraba la ondina.—Yo te daré un amor sin límites en mis grutas de cristal, silenciosas como el olvido. El mar será tu esclavo, y sus tem-

pestades, que atemorizan á los hombres y conmueven las montañas, se estremarán temblando á tus piés. ¡Ven! ¡Ven! Deja la tierra en que padeces, la tierra en que sufres, y yo te daré un paraíso con mi amor.

Jorge empezó á andar. La voz de la ondina acariciaba sus oídos, como el soplo del viento que pasa entre las flores sin moverlas. El infeliz seguía aquella voz melodiosa que era su única guía y le arrastraba á su pesar...

V.

En la playa, los aldeanos, para los cuales era invisible la figura de la ondina, veían con terror que Jorge se alejaba sin volver atrás la vista y sin presentir el peligro que corría de caer en el mar; pero los ecos de la sonata, que no dejaban de vibrar, los privaba de toda acción. Sólo la madre de Jorge, por un esfuerzo vigoroso, pudo gritar con voz angustiada:

—¡Jorge, hijo mío, ven!!...

Pero Jorge no la oía. Delante de él marchaba la ondina sonriéndose y señalándole con la mano su camino. Así llegaron

á la orilla. Ella se precipitó en las aguas, y el pobre músico se precipitó también tras ella.

Allí espiraba la canción. Al caer Jorge al agua, sonó la última nota que era un gemido de agonía. Rompióse entonces el encanto, y todos corrieron hacia la orilla. Jorge había desaparecido ya, y las sombras nocturnas cubrían la inmensidad del mar y los últimos confines del cielo.

VI.

En vano los más atrevidos pescadores fueron por sus lanchas y registraron la costa hasta bien entrada la noche, mientras sus mujeres y sus hijos prodigaban los más solícitos cuidados á la madre del músico, medio muerta de angustia y de dolor; en vano todos los días siguientes recorrieron ansiosos la playa esperando que el mar devolvería su presa, para darla cristiana sepultura. El cuerpo de Jorge no salió nunca á la superficie y nadie volvió á verle.

Desde entonces, y siempre que la noche es callada y serena, cuando ningún rumor turba el viento y las olas baten la

arena sin ruido; cuando las estrellas lucen tranquilas como flores en la inmensidad, los pescadores que vuelven con retraso á sus hogares, oyen una blanda música que parece salir de en medio de las olas: es Jorge, que gozando delicias sin fin en el alcázar de la ondina, la adormece con los dulces ecos de sus sonatas amorosas.

EL ALMA EN PENA

(LEYENDA DE LAS MONTAÑAS.)

Era la tarde del día 2 de Noviembre. En este día que el mundo cristiano dedica á los que ya no son, á los seres que se perdieron en la sombra llevándose al partir algo nuestro que no vuelve á nosotros, extraños pensamientos acuden en tropel á la mente; presa de emociones desconocidas, el hombre se reconcentra en si mismo y acaso por única vez en todo el año pide á su razón el misterio de su existencia. Su razón permanece muda, y entonces interroga á sus creencias que le responden señalándole las tumbas, única realidad de la vida.

Entregado á estas reflexiones y en semejante estado de ánimo recorría yo la magnífica falda del Montaña buscando en aquella vegetación rica y lujuriosa que por todas partes me rodeaba, y en aquel cielo que se extendía sobre mi cabeza, una

calma que no acababa de encontrar. Lejos del lugar donde duermen algunos de los míos, iba á evocar sus imágenes queridas en aquel monte del que habían heredado un cementerio las pasiones mezquinas de la mezquina humanidad; necrópolis inmensa en que no se esculpe un epitafio, en que ninguna señal designa el sitio en donde el sér amado yace; amplia sepultura en que nadie deja caer una corona, y cuyo suelo no se empapa nunca con el rocío de una lágrima. Cada arbusto, cada tronco de árbol, cada montón de hojas oculta tras sí una fosa y guarda el secreto de muchas existencias. Allí han resonado los postreros ayes de muchos que en cumplimiento de su deber tropezaban con la muerte al ir buscando la victoria: las plantas debían nacer en aquel suelo maldito teñidas en sangre.

Y, sin embargo, todo allí parecía una protesta viva de la naturaleza contra los odios de los hombres. Los rayos del sol caían rápidamente en el horizonte, y poco á poco el crepúsculo pintaba el cielo con vagos tintes de grana y bermellón escribiendo con nubes de colores en la ancha página del firmamente una brillante estrofa de despedida al dios omnipotente de la luz. Las aves trinaban en la espe-

sura, y las ramas de los árboles, bajo el peso de una dulce languidez, se movían perezosamente columpiadas por el halago de las brisas. El mar besaba las faldas del Montañón con sus olas coronadas de espuma y reflejaba en su seno infinito el otro infinito puesto sobre él por una fuerza poderosa y desconocida. A lo léjos Portugalete y las Arenas se envolvían en la bruma, y las campanas de San Juan de Somorrostro y de todas las aldehuelas inmediatas tañían melancólicamente impulsando el alma á la meditación y pidiendo á los vivos una lágrima para los ¡manes de los muertos.

En medio de aquella atmósfera suave y tranquila respiré más libremente que en el pueblo. Abstraído en pensamientos sin forma y sin nombre seguí subiendo por la montaña, mientras el sol bajaba hácia su ocaso, hasta que llegué cerca de la cima, y no sé hasta donde hubiera ido, si la voz de Mariano, dueño del caserío en que yo habitaba y que habíase empeñado en acompañarme en mi excursión, no hubiera venido á detenerme á tiempo que la última claridad del día abandonaba el horizonte y las primeras sombras de la noche comenzaban á rodearnos.

—Apresúrese usted, señor—me dijo.—

Hoy es el día de los muertos y es muy comprometido que nos sorprenda aquí la noche.

—¿Comprometido?— le interrogué con asombro.—No te entiendo.

—Pues aunque no me entienda usted, huyamos de este sitio, si es que no quiere usted hacer conocimiento con el *alma en pena*.

—¡El alma en pena!... ¿Pero tú crees esas patrañas, Mariano?

Mariano se puso muy pálido.

—No se burle usted, señor, de esas cosas que nadie entiende. El día no es de burlas, y á fe, á fe que si usted la viera, no tendría tantas ganas de reír.

—Pero ¿quién en esa alma en pena que tanto pavor te infunde á tí, el aguerrido miguelote de hace seis años?

—Es verdad; usted no sabe nada de esto... No importa, va usted á oirme y á comprenderme; pero prométame que después apretará el paso, porque si no, me va á poner en el caso de dejarle solo, y por Dios que no quisiera cometer tamaña cobardía.

La noche cerraba ya, y algunas estrellas se encendían chispeando. El mar agitaba sus olas, que al romperse en las rocas de las orillas parecían exhalar hon-

dos gemidos. El viento suspiraba por entre las ramas de los árboles. Las campanas doblaban á clamor. Bajé la cabeza, y entonces Mariano, volviendo la suya á un lado y otro, cual si su misma voz le diese miedo, me contó lo que va á seguir.

II.

«Empezaba á encenderse la última guerra civil, que ha cubierto de sangre hermana las laderas de nuestros montes y el césped de nuestros campos. Las provincias rebeldes hacían ya sus últimos preparativos para lanzarse á la lucha fratricida, y mientras los cabecillas contaban sus fuerzas y disponían planes de campaña, jóvenes y viejos limpiaban los empuñados fusiles, aguardando de un instante á otro la señal del levantamiento. El fanatismo y la codicia reanimaban con su soplo el fuego, mal oculto bajo la ceniza, y la llama se iniciaba ya desplegando poco á poco su lengua amenazadora.

Sucedió lo que siempre sucede en estas provincias al menor asomo de insurrección: el país en masa sufrió una conmoción.

ción espantosa. Los trabajos se paralizaron, las bodas proyectadas se suspendieron. Tornaron los viejos guerrilleros de la guerra anterior á soñar en triunfos imposibles, en restauraciones ilógicas; y la discordia volvió á formar tormentas sobre estos montes llenos de verdura, sobre estas costas llenas de armonías.

Salieron á la superficie todos los odios, todos los rencores que allá en el fondo germinaban, y la insurrección, de largo tiempo preparada, estalló en un instante como la tempestad que durante la noche va formándose en el espacio, y descarga apenas el primer rayo de la aurora alumbrando el horizonte. Como hojas secas arrastradas por el huracán surgieron por doquiera combatientes arrastrados por el odio, corriendo á desvastar los campos, á amedrentar las ciudades, á tenderse en el flanco de las montañas, á coronar su cumbre ó á vivir en sus desfiladeros. El signo santo de la redención, dulce emblema de paz y de concordia, se alzó sobre los campamentos rebeldes, y los ángeles ocultaron el rostro entre las manos y se envolvieron en sus alas, en tanto que Dios apartaba sus ojos protectores de la tierra.

Había entonces á media legua escasa de este sitio un pequeño caserío situado

en la falda de la montaña como despierto centinela que vigilaba la llanura. Veíanse de lejos sus paredes blanqueadas, en que dos pequeñas ventanas colocadas á igual distancia del suelo y á ambos lados de la puerta parecían á larga distancia, dos ojos entreabiertos en una faz descolorida. Una pequeña columna de humo, signo de vida, salía por cima del tejado dirigiéndose al cielo cual si llevase suspiros y plegarias á las nubes. A su pie corría un arroyo que bajaba serpeando de la montaña y que parecía contarle al paso en el rumor bullicioso de sus tranquilas aguas las leyendas del lindo valle de que formaba parte el caserío.

Una anciana y su hijo eran sus únicos habitantes. Viuda desde hacia muchos años, la anciana había ceñido sus deseos al hijo que al morir le dejó su marido como recuerdo de sus amores; el joven, por su parte, huérfano desde niño, había concentrado en su madre el amor que al autor de sus días hubiera profesado, uniéndole al que naturalmente le inspiraba la dulce guardadora de su niñez, la pobre mujer que había dado jugo de vida á sus labios, ideas á su cerebro y oraciones á su espíritu.

Pero llegó la guerra y todo cambió. La

madre era fanática. Abrigaba de Dios la idea mezquina que sacerdotes parciales formaban en sus pláticas, y creíale ofendido por supuestas injurias de los liberales y ansioso de verter sangre que le sirviera de desagravio.

Su hijo, por el contrario, tenía miras más grandes. Criado en el seno de esta vegetación poderosa, en que las flores que se unen, las ramas que se enlazan, los árboles que se aproximan, los pájaros que se buscan, las olas que se mezclan, los sonidos que se confunden, parecen proclamar el amor como ley de la humanidad, él amaba, y lo amaba todo, y creía á los hombres nacidos para reunirse, no para despedazarse en el altar de dos ideas rivales. Cuando su buena fortuna le ponía en condiciones de prestar algún servicio, nunca preguntaba á aquél á quien fraternalmente favorecía si pensaba de esta ó de la otra manera; le socorría, le llamaba hermano y le dejaba partir sin preocuparse de que fueran sus sentimientos iguales ó distintos á los suyos.

El conflicto, pues, debía estallar; y, con efecto, estalló.

Una noche, después de la cena, el hijo se levantó para abrazar á su madre, como tenía por costumbre ántes de retirar-

se al lecho; pero la anciana, cogiéndole la mano.

—Siéntate aquí, hijo mío—le dijo—tengo que hablarte.

Antonio, así se llamaba el joven, obedeció sin murmurar.

Y entonces, la pobre vieja, fanatizada por las acaloradas predicaciones de los partidarios de la causa rebelde, trató de ganar á su hijo para el partido de la resistencia. Dios estaba irritado, el señor cura lo sabía, y tenía buen cuidado de repetirlo en todas partes; las ofensas que se hacían á la religión iban á tener un término. Era preciso vengar á Dios...

—¡Vengar á Dios, madre mía!...—exclamó Antonio al oír esto. —¡Vengar á Dios!...

—Sí, hijo mío, sí; vengarle—continuó la anciana, sin comprender el lenguaje de su hijo.—El cielo está abierto de par en par para los que mueran en tan justo empeño. Mañana pasará cerca de aquí el ejército del demonio; todos nuestros amigos, todos nuestros vecinos se están preparando para esperarles y ponérseles enfrente. Yo no quiero que mi hijo permanezca en casa mientras ellos se baten por la religión. Yo no quiero que te condenes; yo no quiero que te tomen por un cobarde.

Y al decir esto lloraba amargamente, inundando de lágrimas la cabeza de su hijo que apretaba convulsa contra su pecho.

Vanas fueron las súplicas de Antonio; inútiles los esfuerzos que hizo para resistirse. La madre llegó á amenazarle con su maldición, y ante esta amenaza terrible el joven bajó la cabeza y asintió á todo...—

III.

Mariano hizo una breve pausa, se aproximó más á mí, y con voz más agitada prosiguió así su relación:

IV.

—Un año próximamente había pasado. María Juana estaba satisfecha. En todo el país hablábase con encomio de la conducta de su hijo, que había llegado á ser en este tiempo uno de los principales cabe-cillas, temible por la ferocidad que desplegaba en los combates. Contábanse de él cosas que horrorizaban.

En este año sólo una vez se habían visto la madre y el hijo. La entrevista fué triste para ambos. María Juana abrazó á Antonio felicitándole por sus triunfos.

—Calle usted, madre,—la dijo él contestando con tibieza á sus caricias.—Porque no me maldijera usted seguí la causa de D. Carlos. Era entonces desconocido; hoy mucha gente sabe de memoria mi nombre; tengo honores que entonces no tenía... y sin embargo, madre, entonces era más feliz.

Un año había pasado. Era de noche y en el caserío de María Juana notábase desusada animación. Varias mujeres, amigas de la anciana iban de un lado á otro, cumpliendo diversas órdenes del médico. La dueña del caserío se moría. Ya estaba agonizando y aún aguardaba en vano la llegada de su hijo, avisado oportunamente; pero en aquel mismo día se daba una acción á un par de leguas de allí, y Antonio estaba entre los combatientes. Empezaba á clarear el día cuando María Juana exhaló un gran grito, é inclinando la cabeza espiró, con el nombre de su hijo en los labios.

Desprendida de los lazos que la sujetaban á la materia, voló el alma pecadora y

conducida por el ángel de su guarda llegó hasta el trono de su Dios. Por el camino temblaba como tiemblan las hojas en el árbol conmovido por los vientos del otoño. Lejos ya de la tierra, se preguntaba si había hecho bien lanzando á su hijo en la senda de la rebelión contra sus hermanos. El ángel que la guiaba iba muy triste. Dos lágrimas brillaban en sus pálidas mejillas, y su semblante revelaba un gran dolor.

Así llegaron á la presencia del Autor de todas las cosas. También él parecía irritado y ofendido. El alma se arrodilló á sus pies sin poder pronunciar una palabra, como si llamase á sí una mirada del Muy Alto; pero Dios apartó de ella sus ojos.

El coro de bienaventurados que le rodeaba parecía mostrarse ofendido también. Las vírgenes, los mártires, los santos, los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles; todos separaron la vista del alma de María Juana.

Hubo de pronto una conmoción en el cielo. Dios iba á hablar. Los bienaventurados se postraron de rodillas, el sol veló sus rayos de fuego, las estrellas palidieron.

—¿Por qué has venido aquí?—dijo el

Señor al alma arrodillada á sus pies.—Tú tenías un hijo que era un ángel, é impulsada por sentimientos injustos, puesto que el odio les movía, le pusiste en guerra con sus hermanos, y el corazón de mis serafines se ha espantado muchas veces desde entonces ante el torrente de sangre que sus manos han vertido. Has hecho de él un demonio. Era delicia del cielo y hoy es regocijo del infierno. Tú le has cambiado. Por tí se condena. Vete, no eres digna de sentarte en las gradas de mi trono.—

Calló Dios, y el coro de bienaventurados tendió hacia Él las manos suplicantes. El alma de María Juana estalló en fuertes sollozós. A su lado el ángel custodio, también de rodillas, lloraba con ella. Tanto dolor movió á Dios á piedad. Volvió á mirar al alma culpable, y de nuevo sonó su voz.

—No es tuya toda la culpa—dijo.—Levántate. Si ahora no puedes entrar en el cielo, la penitencia puede abrirte sus puertas algún día. Vuelve á la tierra, á los lugares en que has vivido. Tu hijo morirá también. El día de difuntos, ese día en que los que han sido en el mundo salen de sus tumbas para ver los lugares que habitaron, búscale en la tierra en que ha

muerto. Uníos y llorad; llorad mucho, y cuando las lágrimas y las oraciones os purifiquen, podreis venir á mi presencia.—

Hizo Dios una señal y el alma de María Juana, ya más tranquila, atravesó por entre las filas de los bienaventurados que con tristeza se apartaban para dar paso al alma penitente. Cuando ésta se vió fuera del cielo giraron las puertas de diamante, y la noche la rodeó por completo. Su ángel custodio la abandonó, y ella entonces cayó de rodillas, bendiciendo el nombre del Señor.

V.

—Desde entonces, tal día como hoy— prosiguió diciendo Mariano— apenas las sombras nocturnas envuelven la tierra, tiene lugar una escena espantosa en el Montañó. Como evocadas por un conjuro poderoso surgen por donde quiera las almas de los que en este monte han muerto luchando frente á frente por dos ideas distintas. Resucitan con sus cuerpos ensangrentados, sus uniformes llenos de lodo, sus rostros lívidos, sus facciones descompuestas, sus ojos amortiguados y sin bri-

llo. Y se tienden en las faldas de la montaña, trepan á las ramas de los árboles, se hierguen en la boca de los abismos, se arrastran como serpientes por el suelo, se asoman tras los arbustos; y todos á coro prorrumpen en un canto extraño que es una oración inmensa, la oración que nadie les dijo al morir, y al cual mezclan sus ecos el ruido del viento y el estrépito de las olas. En una inmensa tromba de suspiros, de alaridos, de ayes, vienen á unirse á ella las quejas de los niños á quienes dejó huérfanos la guerra, de las mujeres que perdieron á sus esposos, de los padres que vieron morir á sus hijos, y en todos los caserios inmediatos creen llegada su última hora, cuando la tormenta acompaña con su pavoroso rumor esta oración de los muertos.

Y cuando el vocerío y la confusión son más grandes, una mujer vieja y escuálida con los blancos cabellos flotando al aire y moviendo la cabeza con inquietud á un lado y otro, aparece allá, en la cumbre, y baja á saltos la montaña como una piedra que cae al abismo rebotando contra otras que á su paso se la oponen. Conforme baja, registra todos los puntos del monte, mira á todos los cadáveres que la acogen con nuevos gritos de terror, y co-

re, corre siempre, hasta que llega á un punto en que un joven con la cabeza hecha pedazos y el pecho partido, la aguarda al pie de un árbol, al que nadie se atreve á aproximarse. Prorrumpe la vieja en un grito estridente, y yendo hacia él se le abraza, y le estrecha contra su cuerpo enflaquecido, entre sus brazos de hielo, y besa sus heridas, y cierra con amor sus ojos que dejó entreabiertos la muerte. Allí se pasan toda la noche juntos, unidos en un abrazo, de rodillas los dos y murmurando en voz baja oraciones que suben hasta el cielo y se pierden en la oscura inmensidad. Son Maria Juana y Antonio, que andan errantes por el mundo hasta tanto que Dios dé por terminada su penitencia.—

VI.

Aquí llegaba Mariano cuando un trueno horrible resonó en el espacio. Las nubes anunciaron tempestad. Mi guía se estremeció.

—¡El alma de Maria Juana!—dijo temblando como un azogado.—No os detengais, señor, no os detengais.

Y echó á correr.

Levanté los ojos y allá, en lo alto de la montaña, distinguí como una sombra gigantesca...

Yo también tuve miedo, y me precipité tras él... Detrás de mí empezaba á desencadenarse la tempestad.

Y rugía terrible, amenazadora, como si, en efecto, fuese la oración de las almas en pena.

LA LEYENDA DE LA MONJA

(TRADICIÓN TOLEDANA.)

Es una vieja tradición nacida en los insomnios del claustro, una flor amarillenta y sin perfume que crece en las junturas de los húmedos muros de un convento: historia de una virgen del Señor arrebatada al cielo por el mismo Satanás, que la Edad Media soñó en sus noches de fanatismo y que, conservada como si fuese una amenaza eternamente suspendida sobre su cabeza, se cuenta á las novicias para enseñarlas á que huyan las torpes asechanzas del demonio. Yo la habia oido en Valencia, la habia leído varias veces en diversos relatos tradicionales de comarcas separadas entre si por algo más que un puñado de tierra; pero nunca me fué contada, como en Toledo, en el mismo lugar en que ocurrió, según me dijo el *cicerone*, ruinas de un vasto monasterio abandonado y medio derruido por el tiem-

po, tapizadas de musgo y coronadas por una cruz que extiende en el espacio sus brazos vestidos de hiedra. De aquí, sin duda, la impresión que su relato me produjo. Permittedme que, humilde recopilador de las leyendas toledanas, apunte en mi cartera esta nota sombría y ágría de color, pequeña mancha estampada en unas ruinas, como si fuera un beso de las pasadas edades que con él dejaran impresa la huella de sus lábios en el desmoronado muro de un convento.

I

Era una tarde del mes de Marzo; una de esas tardes en que el cielo está azul, en que la atmósfera diáfana y pura no forma una sola nube; una de esas tardes, en fin, en que el alma parece beber la esperanza en los eflúvios del ambiente é interrogar tranquila al porvenir.

Y, sin embargo, en medio de aquella alegría, de aquella calma, tañia tristemente la campana del Monasterio de Monjas Bernardas situado á corta distancia de Toledo, en el fondo de un precioso valle desde el cual se distingue la ciudad agru-

pada en la orilla derecha del río, como fantástica vista de un gigantesco panorama. Doblaba á muerto, rasgando el corazón de los que ansiosos la escuchaban. Una persona iba á morir, y la naturaleza, como si no fuese su madre, parecía enganarse y vestirse de fiesta para cantar junto á su tumba el himno del amor y de la vida...

En efecto, una persona iba á morir, pero no en el sentido que suele darse á esta palabra. No era que su alma, dejando el cuerpo que la sirviera de envoltura, fuese á emprender, guiada por ángeles en los espacios sin fin, ese camino que lleva hasta el trono mismo de Dios; no era que unos ojos fuesen á cerrarse para siempre, ni unos labios á exhalar su último suspiro, ni una voz á decir su último adiós; el ser por quien tañía la campana con el triste acento nuncio de muerte, iba á morir para el mundo, pero no para la vida; muerta desde aquél momento para todas sus afecciones, seguiría, sin embargo, viviendo para la oración y la abstinencia. El sonido metálico que á intervalos se oía monotonamente y cascado como voz de vieja aleccionando á un adolescente, decía á cuantos le escuchaban que una mujer, abandonando el mundo para siempre, se

preparaba á tomar el velo de novicia en la estrecha regla de San Bernardo.

Cuajado estaba el camino de gente de todas clases y condiciones que acudía á la ceremonia, formando desde el puente de San Martín á todo lo largo de la izquierda del Tajo, largo cuerpo con ondulaciones de serpiente, que se movía con ligereza deslizándose por la falda de los cerros ó subiendo con cuidado sus laderas. Rumores confusos de voces y conversaciones animadas salían de aquella inmensa multitud en que los pintorescos trajes del siglo xvii se confundían formando así un conjunto abigarrado; el viento mecía la airosa pluma del chambergo que caía sobre la espalda, y alzaba la negra ropilla de terciopelo dejando descubierta la empuñadura del acero toledano, en la que el sol quebraba sus rayos, y que, besada por él, despedía reflejos diamantinos. Las damas, con sus vestidos de brocado, seguidas de pajes ó llevadas en literas, ostentando preciadas joyas que realzaban su hermosura, hablaban entre sí del acto á que iban á asistir, y mientras unas lamentaban la pérdida de una amiga, aplaudían otras la desaparición de una rival. En los caballeros, por el contrario, la opinión era en un todo

unánime: la religión arrebatava uno de sus más hermosos florones á la corona de la belleza toledana. Extendiéndose respetuosamente á ambos lados del camino, retirándose siempre que algún caballero retrasado queria unirse con los suyos, marchaba el pueblo, vestido también de fiesta, hacia el pequeño monasterio que era imposible pudiese contener tanta gente. Y como avisando á todos para que no se detuviesen, la campana redoblaba sus tañidos.

Gran número de caballeros que se habian adelantado á sus amigos, hablaban animadamente en el átrio del convento, aguardando con impaciencia que empezase el acto sobre el cual giraba la conversacion.

—No me explico la toma de velo,—decia D. Antonio de Toledo, gallardo manco de veintitantos años, atusándose el bigote con la mano derecha mientras la izquierda descansaba en la empuñadura de su acero.

—En verdad que es inexplicable,—añadia D. Luis de Talavera, de pocos años más que el precedente.

—Incomprensible,—concluyó un tercero.

—Joven como la misma juventud, rica

como Crespo, bella como un ángel, con solo hacer un movimiento de cabeza hubiera tenido á sus piés á toda la nobleza toledana pronta á matarse en guerras y torneos por conseguir una sola mirada de sus hermosos ojos negros. Y en cambio se despide del mundo, abandona sus pompas, trueca sus galas por el tosco sayal de la penitente y se entrega en cuerpo y alma á la oración,—volvió á decir D. Antonio.

—Y no puede achacarse su determinacion,—interrumpió un nuevo interlocutor, D. Juan de Ocaso, joven también y noble y elegante,—á deseos de huir de la tiranía de un padre ó de un hermano, porque, huérfana desde hace muchos años, doña Blanca es libre como el viento y única y absoluta dueña de sus acciones.

—Y tampoco podemos buscar la causa de su enojo del mundo en desengaños amorosos, porque, á mi entender, no ha dado oidos á nadie,—dijo D. Antonio, bajando la cabeza para ocultar su turbacion.

—Ni mucho menos en privaciones ni escaseces,—replicó otro.

—Nada, nada, repito que el hecho es extraño.

—Pero muy extraño.

—Inexplicable.

—Incomprensible.

—Cúlpense de él los jóvenes toledanos que, tan faltos de fuerza se hallan, que no han podido ni con su nombre, ni con su cuna, ni con sus riquezas, ni con sus nobles hechos, ni con su amor acendrado interesar el corazón de doña Blanca,—dijo de pronto la voz de un anciano que acababa de llegar y acercarse al grupo donde había oído la conversación que los mancebos mantenían.

Grandes voces le acogieron.

—¿Cómo, D. Lope, estábais escuchando?

—Sí, amiguitos; quería contestar á vuestras suposiciones, usurpando su derecho á vuestras conciencias.

—¿Y decís?

—Digo, y repito, y me afirmo en ello, que culpa es de vosotros si el claustro nos arrebató á doña Blanca.

—¿Pero por qué habláis así?

—Porque habéis tenido la joya delante de vosotros algunos años, y todo este tiempo no habéis hecho más que volar en torno suyo sin acercaros á ella.

—Es que ella desdeñaba nuestros homenajes,—dijo D. Juan.

—Y no oía nuestras palabras,—añadió D. Luis.

Y las tomaba á broma y se reía de nosotros,—apoyó un tercero.

—Vamos, que si vosotros hubiérais insistido...—objetó el anciano.—Pero es claro, creeríais tenido en menos vuestro valor sitiando una plaza que no se os rindiera al primer asalto. Pues bien, aquí tenéis la consecuencia. Esa mujer tan adorable y tan adorada huye del mundo creyéndole insustancial é insulso y va á ocultar su hastio tras los sombríos muros de este alejado monasterio. ¡Oh! En mis tiempos no hubiera sucedido así, yo os lo aseguro.

—Quizá vos mismo...—dijo uno de los jóvenes con sorna.

—¿Por qué no? Habéis de saber, amigo, que los Ayalas no sitiaron jamás plaza que no se les rindiese, ni emprendieron nunca empresa que no llevasen á cabo. Y no habéis de juzgar por mi vejez lo que otro tiempo fué mi juventud.

—Yo os aseguro, conde,—exclamó don Antonio interrumpiendo al anciano,—que, por mi parte, he hecho todo lo que un hombre puede hacer por rendir el albedrío de doña Blanca. Nada he dispensado. Alardes de valor, fasto, riqueza, todo se lo he ofrecido sin obtener el más pequeño favor de ella. Creo que me tenía hechizado. Pero al fin, se rompió el hechizo y pude sacudirme libremente. Aun sangra

la herida, pero ya está en vías de cicatrizar. Cuando encontraba á doña Blanca en la corte, se renovaban mis dolores, y me creia capaz de todo, como si me atacase la locura. Por eso vengo hoy á esta ceremonia. Quizá al mirarla prometida esposa del Señor, de tal modo se me imponga el respeto, que hasta mi pensamiento se sujete. Quiero ver la tumba en que va á encerrarse para que mi razón se cónvenza de que doña Blanca ha muerto...—

Empezaba á llenarse la iglesia. El átrio se poblaba de caballeros, y elegantes carrozas y literas se aproximaban. Temiendo quedarse sin sitio desde donde presenciar á gusto el acto religioso callaron los parlanchines, y reuniéndose con los que á cada instante llegaban, penetraron todos por el abierto postigo que daba entrada á un patio rectangular convertido en pequeño jardín tapizado de flores, y se desparramaron por los ángulos de la capilla los unos, por la puerta del claustro los otros, y por todo el jardincillo los demás. La campana habia cesado de tocar. Solo se oía el gorgojo de los pájaros que piaban ocultos en el follaje y el aleteo de las golondrinas que anidaban en la torre.

II

Mientras que esto pasaba en el exterior y en las cercanías del convento elegido para su profesión por doña Blanca de Silva, una de las doncellas más hermosas, ricas y honestas de Toledo, está, vestida esplendidamente y con su mística corona de desposada, sujetando á sus sienes el velo que caía sobre sus hombros para rozar humildemente el suelo, se hallaba sentada en rico sillón colocado en el altar mayor de la pequeña iglesia, abismada en profundos pensamientos y mirando ante ella colocados en ancha bandeja de plata primorosamente cincelada, los hábitos de novicia por los cuales iba á cambiar bien pronto las pompas mundanas que la adornaban á la sazón. Millares de luces ardían en el altar frente al viejo retablo del siglo xv, cuyas incorrectas figuras parecían animarse al pálido reflejo de los cirios y contemplar con curiosidad á la que abandonaba los encantos de la vida cortesana para ocultarse en el convento, donde bien pronto se marchitaría su hermosura, flor vistosa de agradable perfume tras-

plantada á un suelo ingrato; y gran número de lámparas pendían de la bóveda y oscilaban marcando con su imperceptible movimiento la marcha del tiempo en el reloj de arena de la vida.

Pálida y como sumergida en un sueño, doña Blanca paseaba sus miradas por las desnudas losas de la iglesia, por sus muros, hoy ricamente tapizados, por sus altares resplandecientes de luz, por su bóveda, en que parecían haberse refugiado las sombras que poco antes envolvieran el recinto, ahuyentadas por el reflejo de las hachas y los cirios, los candelabros y las arañas; veía cómo el templo se llenaba poco á poco, invadido por el pueblo ávido de presenciar su profesión, y en aquellos momentos supremos para ella, en que con sólo una palabra iba á decidir de su destino y á marcar para siempre su existencia; al llegar á aquella puerta tras la cual monótono y sombrío se la presentaba el porvenir como una larga sucesión de días y noches sin deseos, sin aspiraciones, cerrada á la esperanza; la pobre niña sentía miedo, y retrocedía á refugiarse en el pasado. Y al hacerlo así veía desfilar ante su vista sucesos y figuras, risueñas unas, graves y ceñudas otras, que la miraban con lástima ó con ódio,

y que pasaban en su imaginación como manojos de hojas secas arrebatadas por el viento.

Recordaba su vida desde que, dueña ya de sus pensamientos, se vió huérfana, sin un padre que dirigiese sus acciones, sin una madre que la prestase los consejos de su amor y los frutos de su experiencia. Rica y noble, presentada en la corte por parientes poderosos, que al verla tan hermosa y tan halagada, hacían mérito propio el parentesco, pronto fué ídolo de los hombres y rival de las mujeres. La adulación, derramándose como dulce veneno en sus oídos, formó en su interior una segunda naturaleza, que modificó notablemente la suya; la lisonja, hinchándose como pompa de espuma, la envolvió en una atmósfera mentida, que cayó como un nublado sobre su corazón, atrofiando su sensibilidad y desviando sus instintos. Ella, que al principio era buena y comprendía la grandeza de las pasiones nobles, las creyó todas bajas y mezquinas; creyó que el amor que por do quiera la brindaban, era solamente un pasatiempo más ó menos divertido para los que ya tenían una posición en la corte, ó un medio de conquistarla; un escalón para subir, en los que aun no la tenían. Creyó

que su hermosura estaba muy por cima de la sociedad en que ella vivía, y no encontró á su alrededor mérito que premiar ni favores á que rendirse.

Así pasó algunos años de esa época de la vida en que todo parece sonreír, dando sueños de dicha al alma de la joven que se presenta en el mundo pidiendo su puesto en los jardines de la vida. A sus pies, los que la amaban sostenían reñida lucha con sus desdenes; había ya algunos muertos en desafío por disputarse el menor de sus favores ó por no sufrir sus desprecios; otros muchos desgraciados que la sacrificaron sus primeras impresiones, habían sentido morir en su corazón lo más santo y noble que Dios ha puesto en él: la ilusión y la esperanza.

Doña Blanca tampoco era feliz. Como si Dios hubiera querido castigarla, ella también llevaba dentro del pecho el cadáver de su corazón, no víctima de desdenes ni herido de desengaños, ni abrumado de deseos, sino muerto de hastio, cansado de correr tras una dicha que como leve sombra se la escapaba cuando creía tenerla ya á su alcance. La lisonja la cansaba ya, la adulación la aburría, los homenajes pasaban por ella sin arrancar una chispa á sus ojos ni una sonrisa á sus la-

bios. Era joven y se sentía ya vieja; creyéndose superior á todos en el mundo, se había aislado y se encontraba por lo tanto sola, sin amigas á quienes confiar el estado de su alma, porque no tenía más que rivales; sin un hombre de quien hacer su hermano, porque á todos los flagelara con el látigo de su desprecio. Muchas veces sufría extrañas alucinaciones. Replegábase á su interior y allí, en el fondo, arrastrándose y creciendo, creciendo muy de prisa, veía algo como aspiraciones destinadas á morir antes de nacer; como deseos abortados en la sombra, destinados á morir antes de desarrollarse. Y en torno suyo, bajo sus pies, sobre su cabeza, dentro de ella, el vacío, el vacío horrible, el vacío sin las palpitaciones de la vida, sin los murmullos de la lucha, el vacío con el silencio, y la inmovilidad y el atrofismo de la muerte.

Y buscando en vano un remedio para su extraña enfermedad, aquella niña que se moría de hastío, recibió la noticia de que una tía suya, abadesa de las Huelgas había muerto en olor de santidad, dejándola heredera de su fortuna. Pensando en esta muerte concibió el proyecto de profesar. ¿Quién sabe si en el claustro encontraría su corazón la paz porque suspiraba?

Hubo en la ciudad un movimiento extraordinario el día que la joven hizo pública su intención. Ricos y pobres, grandes y pequeños inventaron todo lo imaginable por hacer un último esfuerzo y ganar para el mundo á doña Blanca: llovieron las declaraciones; se multiplicaron las pruebas de amor: todo fué inútil. Doña Blanca persistió en su determinación, y aquel mismo día, en aquel momento iba á dar el primer paso que, separándola del mundo de los hombres, la llevaba al anonadamiento de su voluntad. Sentada á su lado la condesa de Orgáz que la servía de madrina mirábala con semblante bondadoso; el pueblo, que entraba en grandes oleadas, la miraba también con mezcla de curiosidad y de consideración; delante del altar los nobles, sentados los unos en lujosos divanes, apoyados los otros en los tapices que colgaban de los muros ó sosteniéndose airoosamente, con la mano en la cazoleta de su espada, aguardaban el principio de la ceremonia.

III

Esta iba á empezar ya. Tocó de nuevo la campana, y á sus primeros sones salieron los curas de la sacristía vestidos con magníficas vestiduras, regalo de la futura novicia, y precedidos de los monaguillos vinieron en ordenado grupo hacia el altar.

Grave y solemne dió principio el acto. El sacerdote entregó una vela á doña Blanca, que se postró de hinojos, y volviéndose luego y murmurando oraciones que los demás clérigos acompañaban, bendijo los hábitos de la orden bendiciendo también á la joven; y haciéndola después señal de que le siguiera, volvió á cruzar la iglesia para dirigirse á la puerta del convento. Abrióse en dos filas la apiñada multitud, y por entre ella pasaron, los sacerdotes primero, cantando diferentes oraciones, luego doña Blanca que estaba hermosísima con su vestido blanco, su velo del mismo color, su corona de azahar y la espléndida madeja de sus hermosos cabellos negros cayendo en rizados bucles sobre su espalda, como mano-

jo de culebras de ébano. Detrás seguía la condesa de Orgaz profundamente conmovida al considerar que llegaba el momento de separarse de aquella niña querida á quien había visto nacer y á quien mil veces adurmiera en sus brazos. Y tras ellos se precipitó la gente que aún quedaba en la iglesia, pues muchos habían salido antes para tomar puesto en el patio y delante de la puerta del convento. El órgano, que desde el principio dejara oír preciosas armonías, cesó de sonar. Ni un murmullo, ni un eco, ni una voz interrumpían el profundo silencio que reinaba en todas partes.

Salió la comitiva de la iglesia y atravesó lentamente el patio. La tarde caía, y el sol se ocultaba ya tras los verdes cigarrales, orlado de una corona de nubes y sobre un lecho de púrpura. Reinaba una gran calma en el espacio; ni un pájaro cruzaba el ambiente, ni un insecto zumbaba. Todo permanecía callado. Doña Blanca, impassible, serena, sin que la más ligera nube empañase el encendido brillo de su mirada, sin que la sombra de un pesar marcara en su frente su paso por el cerebro, caminaba poco á poco también, con el cirio en la mano y los ojos fijos en el suelo, cual si entreviese ya otro hori-

zonte y se bañase en otra luz; nadie apartaba de ella la vista, y ante sus gracias, ante su juventud, había lágrimas en muchos semblantes; las mujeres que hace poco la envidiaban deponían ahora sus pasiones y la miraban con lástima mezclada de ternura; los hombres, antes resentidos por sus desdenes, dejábanlos á un lado, y hubieran querido á costa de su sangre, volverla de nuevo al mundo y á la vida.

En primera fila, D. Antonio de Toledo, pálido y como si presa de un vahído tuviera necesidad de todas sus fuerzas para mantenerse en pie, apoyábase en el brazo de D. Luis de Talavera, su íntimo amigo, y seguía con ojos de tristeza á doña Blanca, viendo en aquella forma vagarosa y esbelta algo así como el fantasma de su felicidad que le huía y que le huía para siempre. Cuando la joven pasó delante de él, púsose encarnado primero, luego se quedó muy pálido: una frase subió á su garganta y aún se asomó al exterior, pero hizo él un esfuerzo de voluntad y la frase se quedó vagando por sus labios descoloridos; doña Blanca alzó los ojos y le envió en una de esas miradas indiferentes que hielan la sangre y parecen detener el movimiento de la vida. Pero en el

mismo momento, y cuando separaba los ojos para volverlos á fijar en el suelo, cubierto de musgo, que servía de alfombra á sus pequeños piececillos, se encontró con la mirada de un elegante caballero, que cerca de la puerta por donde debía entrar la comitiva, esperaba su paso sin impaciencia. ¿Quién era aquel hombre? Doña Blanca no le conocía, no le había visto nunca en la corte; noble, á juzgar por su figura distinguida, de alta cuna, á juzgar por lo gallardo de su presencia y la esplendidez de sus vestidos, estaba pálido, muy pálido, más aún que D. Antonio.

Como poseído por determinada idea no movía sus ojos, clavados con insistencia en doña Blanca desde que ésta salió del templo, y había tal expresión en su mirada que era extraño, pero al propio tiempo atraía. No era esta mirada la de un enamorado, la de un admirador, la de un hombre sofocado por un deseo; pero no era tampoco la de un indiferente. Parecía llamar á sí la atención de los demás y rechazarla una vez habiéndola conseguido; empezaba inspirando un gran interés, y concluía por inspirar una gran repulsión. Veíase á primera vista que no era un hombre como los demás, sino que de-

bía constituir por sí solo un carácter. Energico, nada impresionable, acostumbrado á dominar, parecía no atraerse, sino imponer su yugo á las voluntades.

Siendo esto así, ¿por qué latió más de prisa que de costumbre el corazón de doña Blanca cuando la mirada del joven vino á clavarse en su rostro con expresión indiferente en un principio y harto interesada después? ¿Qué voz fascinadora y halagüeña como silbido de serpiente murmuró en sus oídos palabras que enrojecieron sus mejillas? ¿Qué sensación jamás experimentada recorrió todo su cuerpo? ¿Qué deseos eran aquellos que despertaban imperiosamente, ordenando como señores, no sumisos como vasallos de su voluntad? Fué aquello un instante; menos, mucho menos que un segundo; tuvo la duración del rayo, pero también tuvo sus efectos. La multitud no notó nada. Sólo el desconocido pareció advertir la impresión que había causado, y desde aquel momento no separó la vista de la jóven, que prosiguió con calma su camino, volviendo á hallar su expresión dura y su aire glacial.

Cuando llegaron al claustro empezó una oración el sacerdote y la puerta se abrió de par en par, ofreciendo un espec-

táculo interesante. Las monjas, formadas en semicírculo, tenían en el centro la cruz de oro de la comunidad, y junto á ella la abadesa y dos novicias que llevaban ciriales. Los curiosos se alzaron sobre las puntas de sus pies para mirar mejor y tratar de sorprender entre aquellas blancas tocas y bajo aquellos toscos hábitos historias interesantes. Hizo la abadesa algunas preguntas á doña Blanca, que contestó á ellas con voz tranquila y sonora, y cerrándose de nuevo la puerta del claustro, el sacerdote, y tras él la muchedumbre, volvió á la iglesia donde iba á terminar la ceremonia, mientras en el interior del convento las monjas, marchando procesionalmente á la iglesia y cantando un himno religioso, llevaron á la nueva novicia al coro, haciéndola arrodillarse cerca de la reja. Luego, tras una breve plática del sacerdote, doña Blanca, á la vista de todos, se postró de rodillas ante la anciana abadesa, y despojándose de la corona y el velo que la ceñía, quedaron sus cabellos tendidos en ondas sobre sus hombros; después unas grandes tijeras se hundieron en la espléndida madeja, se oyó un leve ruido, y la cabellera cayó al suelo cubriéndole en un gran trecho como una alfombra de negrura ma-

te. Al sentirse despojada de aquel adorno que constituía su más legítimo orgullo, doña Blanca no pudo contenerse, y aunque por breve espacio, una oleada de carmin tiñó su rostro; por un movimiento irreflexivo volvió la vista al templo y se estremeció: pegado á la reja del coro, al lado de los sacerdotes, acababa de ver al joven desconocido que tan rara impresión causó en ella, el cual parecía reprenderla con el lenguaje mudo de los ojos por haber consentido aquel acto que cedía en menoscabo de su belleza. El órgano entonces una música llena de ternura. Levantóse doña Blanca, y después de besar la mano á la que ya era su superiora, fué sucesivamente abrazando á las que ya eran sus hermanas. Corrióse el tapiz que ocultaba el coro á los circunstantes, se retiraron los sacerdotes, apagáronse las velas que ardían en los altares, y la multitud se retiró, impresionada por el acto á que acababa de asistir. La ceremonia había concluído.

Inútilmente don Antonio, que con sus ojos de amante desdeñado había advertido la presencia del desconocido en la toma de velo, le buscó con empeño y preguntó por él á sus amigos. Nadie le conocía, y el celoso se retiró á su

casa á devorar la pena que le torturaba.

La tarde habia caído. Las sombras de la noche, descendiendo de las cumbres, envolvían el valle. Las estrellas empezaban á lucir. Retirada á su celda doña Blanca, ocultando el lindo rostro, sentía deslizarse por sus mejillas dos lágrimas abrasadoras: aquella tarde el tañido de la campana del convento sonaba en sus oídos como no habia sonado nunca.

IV

Largo espacio de tiempo es un año para el que lo ve transcurrir esperando al final una alegría; breve en extremo para el que aguarda un gran dolor. Cuando al año siguiente sonaba de nuevo la campana del monasterio convocando al pueblo para otra fiesta más solemne, la profesión de doña Blanca, don Antonio de Toledo, vistiéndose para asistir á la ceremonia, más pálido y más conmovido que lo estuvo el año anterior, se preguntaba si, en efecto, habían ya pasado los doce meses de tregua que da la religión al alma que acude á ella para convencerse de que una verdadera vocación y no un arrebatado del momento la llevan á sus pies.

Y es que el pobre enamorado aguardaba siempre que un suceso cualquiera torciese la inclinación de doña Blanca. Esta esperanza era su único consuelo, y á ella se asía como el náufrago debe asirse á la única tabla que el empuje de las olas que le combaten pone al alcance de su mano. En este año de tregua habíase enconado su herida en vez de cicatrizarse como esperaba el infeliz. Privado durante todo él de la vista de la que amaba, su imaginación la habia prestado más atractivos: Y en sus horas de desesperación, en sus noches de insomnio, la veía más hermosa, por lo mismo que estaba más lejos, y la amaba más, por lo mismo que comprendía lo imposible de su quimera. Indiferente á cuanto le rodeaba, puede decirse que en el año de noviciado de la joven él no habia vivido la vida de los demás. Sólo salía de su casa por las tardes, para pasear por las orillas del Tajo y mirar desde lejos el convento que á la sazón encerraba sus alegrías. Y muchas tardes, en esa hora divina del crepúsculo en que el sol se oculta tras las montañas y la naturaleza toda parece ponerse de acuerdo para despedirle, á los últimos rayos del poniente que daban reflejos de oro y púrpura á las nubes agrupadas en el ho-

rizonte, la mirada del enamorado mancebo, traspasando las entrecruzadas celosías que resguardaban las rejas del convento, había creído distinguir el brillo de unos ojos que le seguían.

Aquellos ojos eran los de doña Blanca. Se lo decía la emoción interior que conmovía todo su ser; la palidez que invadía sus mejillas, el desvanecimiento que, un instante, trastornó su cerebro y pasó un velo por su frente.

Una tarde, sobre todo, se retiró á su casa, seguro de haber visto á doña Blanca.

Era un día de invierno; la atmósfera estaba saturada de vapores; todo parecía presagiar tormenta. El aire era pesado. El cielo, cubierto por densas nubes plomizas, parecía lanzar sobre los campos copiosa lluvia de tristeza; la naturaleza callaba como presa de un gran dolor. Los pájaros volaban asustados, tratando en vano de esconderse tras las escuetas ramas de los árboles. Don Antonio, rendido por un largo paseo, se sentó, distraído, en una pequeña eminencia enfrente y no distante del convento, y allí pasó más de una hora sin apartar los ojos del severo edificio. Detrás de la reja de una de las celdas distinguía una forma blanca, inóvil, en quien su afán de enamorado

adivinaba la figura de la mujer querida, que sólo había nacido para amargar su existencia.

Empezaba á cerrar la noche. La oscuridad tendía su manto, y á medida que la luz se alejaba parecía aproximarse la tormenta pronta á estallar. Las campanas de las iglesias de Toledo tocaron al *Angelus*, y á sus ecos la forma blanca se arrodilló apoyando su frente, ceñida por la blanca toca, contra los hierros de la reja. Don Antonio se arrodilló también; sus labios se movieron en honor de la virgen galilea, y en voz baja repitió la salutación del ángel... Pero de pronto irguióse amenazador. Algo como un latigazo, había cruzado su rostro, y sus ojos despedían chispas de furor. La forma blanca se había levantado como impulsada por un resorte, y agarrándose á la reja miraba con ansiedad á un punto lejano. Don Antonio siguió aquella mirada y exhaló un grito de cólera. Un relámpago había rasgado la bóveda del cielo, y á su cárdena luz un caballero, ricamente vestido, ginete en un caballo negro como la fruta del moral destacaba su alta talla sobre el fondo sombrío del horizonte. Era el mismo que, durante la toma del velo de doña Blanca, había mirado de tan ex-

traña manera á la noble doncella; el mismo á quien, terminado el acto, buscó el joven descendiente de los Toledos para pedirle una explicación de su mirada. Don Antonio bajó precipitadamente del cerro, corrió á su caballo, sujeto á un árbol próximo, montó en él de un salto y se alejó á galope en busca del desconocido caballero.

Vano fué su empeño, vanas sus pesquisas. Dos horas después volvía á su casa calado hasta los huesos y consumido por la fiebre. No había podido alcanzar á aquél hombre, que se desvaneció como un fantasma. Se acostó, y pasó aquella noche delirando. El nombre de doña Blanca y el recuerdo de su rival se mezclaron en su delirio, como en su corazón se cruzaban dos deseos: el deseo de amar y el deseo de vengarse.

Era, en efecto, doña Blanca, la forma esbelta y graciosa que D. Antonio adivinaba desde lejos. Dios ha dado la doble vista á los amantes verdaderos, para que vean, aunque no estén ante ellos, al objeto de sus amores, y con esta facultad que destruye la distancia se burlan ellos de la ausencia.

También la joven veía á su desdeña-

do adorador y le compadecía vivamente. Aquél amor tan grande, tan intenso, resistiendo á todos los obstáculos, fuerte ante sus desdenes, siempre sumiso, siempre respetuoso, consumiéndose en la hoguera que por sí mismo encendía y alimentaba constantemente, había acabado por inspirarla algo más que el desdén y la indiferencia. La compasión se alzaba en el fondo de su alma, y muchas de aquellas tardes, en que le veía triste y pensativo, tratando de rasgar el aire con su mirada escrutadora, dulces lágrimas invadieron las mejillas de rosa de la doncella que lloraba ante aquella desgracia de que se reconocía única causa.

Esta compasión que D. Antonio la inspiraba ahora, con ser tan extraña, era un síntoma precioso de la lucha que sostenía su corazón, antes mudo, impassible. El hielo de la indiferencia se había roto. Ya no era doña Blanca aquella estatua de mármol que por nada se conmovía, por cuyas venas parecía no correr la sangre; no. Ya sentía; diversos sentimientos empezaban á germinar en su alma, semejantes á las primeras flores que brotan de un campo cuando el sol de la primavera funde los hielos invernales. Un gran cambio se operaba en ella.

¿Qué lo producía? ¡Ah! Su rostro se hubiese teñido de carmin á esta pregunta y un torrente de lágrimas hubiera empapado sus mejillas. Quizá antes de contestar al indiscreto hubiera preferido morir. Pero no por eso era menos cierto el fenómeno. Doña Blanca comprendía ya el amor, se daba cuenta de los dolores tan punzantes que causaban sus heridas... ¡Estaba á un paso de él! ¡Amaba ya!...

¡Y cómo se esforzaba en no creerlo! En sus largos días de soledad, cuando desde la reja de su celda vivía en íntimo contacto con la naturaleza, en eterno contacto consigo misma, quería resistirse á la evidencia, que acababa por rendirla. El canto de los pájaros, la unión de las flores, tenían ahora encantos que antes pasaron inadvertidos para ella. El viento, que llevaba á su celda los perfumes de los campos, la decía muchas cosas, incomprendibles á veces, pero que siempre acababan empañando la limpidez de sus ojos. Su imaginación, excitada por lecturas místicas, sufría éxtasis divinos, en medio de los cuales su espíritu parecía bañarse en un océano de ternura.

Y en estas horas de celestial deliquio, en estos largos instantes de grata melancolía, una figura brillaba siempre ante

ella, mirándola friamente y con desdén, del mismo modo que ella miraba á sus víctimas en otro tiempo: era el caballero de alta talla y apuesto continente, cuya presencia en su toma de velo la conmovió de tal manera. Hija de los deseos de su corazón, de las locas aspiraciones de su fantasía, aquella figura pasaba y volvía á pasar ante sus ojos asombrados, abrumándola siempre con el peso de su desdén. Cuando la visión se desvanecía, aún quedaba su imagen flotando como una forma vaga en la pupila de la joven.

Solo una vez le había visto desde entonces: la tarde en que los celos volvieron á clavar su aguijón envenenado en el pecho de D. Antonio. Pintose de repente en el horizonte, y pasó después entre el fulgor del relámpago que en el mismo momento rasgó el cielo; y tan rápido fué, que se quedó doña Blanca preguntándose si era real ó fantástica la aparición. En vano le aguardó otras días. El incógnito caballero no volvió á aparecer.

La pequeña capilla del convento estaba resplandeciente. Como en igual día del año anterior, toda la nobleza toledana estaba allí, en los bancos que preparó el cui-

dado de la comunidad; el pueblo se agrupaba en el fondo; por la puerta medio cerrada se veía á los que habían llegado tarde para entrar. Todos querían ver por última vez á doña Blanca.

El momento era solemne; nada turbaba el silencio; hubiérase podido oír el aleteo de una mariposa. En el coro, arrodillada al pie de una pequeña ventana, la última descendiente de los Silvas acababa de firmar con mano segura su renuncia al mundo y á sus pompas; un sacerdote subió al púlpito, y con voz conmovida dirigió una breve plática á la profesa. ¿Quién no sabe lo que es una profesión? Cuando la joven firmó, todos los concurrentes lloraban. Ella, muy pálida, respiraba con fuerza, como si faltase aire á sus pulmones. En estos casos no hay corazón que no acelere sus latidos, ni cerebro que no vacile. Una profesión es mil veces peor que la muerte. Muere un cuerpo, y el pensamiento adivina un más allá; pero muere un alma y el pensamiento retrocede, se asusta, tiene frío...

Terminó su discurso el sacerdote, acabó la misa en que la comunidad daba gracias á Dios por su misericordia, la multitud empezó á salir del recinto, y se cerró el ventanillo del coro abierto ante doña

Blanca. Pero cuando ésta se levantaba para retirarse, dirigiendo una última mirada á aquel mundo que la dejaba para siempre, dió un grito y rodó al suelo desmayada. Hundido en el rincón más oscuro de la capilla acababa de ver al desconocido que clavaba en ella sus pupilas de fuego.

Don Antonio oyó este grito y se volvió hacia el coro... El ventanillo se había cerrado ya. La iglesia estaba desierta... Se dejó caer de rodillas sobre el pavimento, apoyó la cabeza en un sillón y empezó á orar en voz baja. Rezaba por la paz de la única mujer á quien había amado, y por la paz de su corazón perdida para siempre.

V.

La tradición no dice el tiempo que transcurrió desde este último suceso hasta el momento que vuelve á reanudar su relato. Se limita á consignar que Don Antonio de Toledo seguía amando á doña Blanca, encerrada en el convento con la misma fe que la amara cuando aun en el mundo podía hacerla suya y ser su esposo.

Y después de consignar esta afirmación, tan grave para la salud del joven, sienta otra mucho más grave todavía: doña Blanca de Silva, por otro nombre Sor María de los Angeles, y el caballero desconocido, cuyo apellido no sabía nadie, cuyo blasón no había visto ninguno, se amaban, y se amaban con un amor del infierno, amor sacrílego que no retrocedía ante la majestad del santuario, ni ante lo solemne de unos votos hechos al pie de los altares.

¿Qué revolución había conmovido tan hondamente los sentimientos de doña Blanca? ¿Cómo el espíritu del mal había vencido en la tenaz lucha que debió estallar en su alma? ¿Qué armas había empleado la tentación para obtener tan gran victoria? Misterios son estos que guardaron eternamente las paredes de una celda, mudos testigos del combate; desesperaciones de una conciencia que no salieron al exterior; vacilaciones, dudas, pensamientos sacrílegos, arrebatos impuros, resistencias inútiles, que ocultaron entre sus correctos pliegues unas tocas y un hábito de la orden de San Bernardo. ¿Quién puede decir cómo caían los anacoretas, los ermitaños, los ascetas, que diariamente reñían desesperada lucha

con el demonio, cuando éste acababa por vencerlos?

¿De qué manera habían llegado los amantes á ponerse en comunicación, rompiendo así lo estrecho de la clausura y lo fuerte de las rejas que sólo dejaban paso á los rayos del sol, y aún eso penosamente y por los huecos que dejaban al cruzarse sus barrotes de hierro? Fácil de contestar es la pregunta, habiendo como había en el convento mandaderos y sacristanes, gente fácil de comprar, y siendo el galan bastante rico para verter el oro á manos llenas.

Cuando vuelve la tradición á tomar el hilo de su relato nos pinta á doña Blanca en su celda, agitada y temblorosa, leyendo ansiosamente un billete misterioso que acababa de dejar en sus manos, haciéndola un signo de inteligencia, una de las mandaderas del convento.

«Todo está dispuesto; esta noche, al dar
 »las diez, te aguardaré en el parque. La
 »puerta del jardín nos dará acceso al
 »campo y mi gente nos aguardará con
 »caballos junto al río. Antes que luzca el
 »día estaremos lejos de aquí. Esta noche
 »á las diez; no lo olvides, y pronto serás
 »mía para siempre.»

Intensa palidez se extendió por sus mejillas dándole aspecto cadavérico; tornó á leer la misiva que parecía abrasarla con su contacto, y después la rompió convulsivamente en pequeños pedazos que arrojó por la reja, mirando á todas partes con cuidado cual si temiera haber sido observada. Luego se sentó, y con voz balbuciente comenzó á hablar sola, recurso de los que están agitados por una crisis violenta:

—¡Esta noche á las diez!...—decía.—No tengo más que bajar al jardín para ser suya, para calmar este afán que me consume... ¿Qué es esto que me pasa? Parece que corre por mis venas una corriente de fuego; que brasas ardiendo caen sobre mi cráneo, y horadan mis sienas y punzan mis ojos. Me ahogo, y siento frío al mismo tiempo; calor, mucho calor dentro de mí, y frío, mucho frío en cuanto me rodea. Fria está la celda confidente hace tiempo de mis amarguras; frío el coro en que mi lengua pronuncia frases sin sentido que á todos les parecen oraciones y á mí me suenan á blasfemias; frío el templo con sus lámparas solitarias, sus imágenes en la sombra, sus naves desiertas, sus ámbitos oscuros y su bóveda á media luz. Y fuera de aquí, todo también está

frío y está triste. Ese campo donde yacen marchitas y sin calor todas las galas del estío, esos montones de hojas secas que barre el viento huracanado del otoño, esos árboles con sus ramas escuetas y sus nidos abandonados, ese cielo plomizo que parece pesar sobre la tierra, ese horizonte preñado de nubes negras, en cuyo seno brillan de cuando en cuando los relámpagos y se adivina el trueno como si fueran las pupilas y las palpitaciones de la tempestad...—

Calló un instante; ocultó la cabeza entre las manos y luego tornó á su monólogo:

—¿Debo de huir? Aún es tiempo. Si yo dejo de acudir á la cita de esta noche, ese hombre partirá despreciándome, porque muchas veces me ha dicho que me despreciaría si yo no lo pospusiera todo á él. Lo quiere todo; mi amor, mi honra, mi nombre sin mancha, mi salvación eterna... Y yo se lo doy todo, porque todo lo arriesgo en esta lucha... Pero, ¿á qué resistirme, á qué llorar? Su amor antes que el mundo, antes que Dios... ¡Oh!... ¡Qué he dicho!...

Y asustada de las palabras que acababa de pronunciar cayó de hinojos ante el crucifijo que adornaba las blancas paredes de su celda.

—¡Dios mío, tened piedad de mí! Os soy perjura pero hay algo en mi interior que me impulsa hacia el abismo en que voy á caer. Padezco mucho, Dios mío; todo lo que en mi orgullo y mi soberbia hice padecer á los que en otro tiempo me ofrecían su amor y su fortuna. Ahora leo en mi pasado. No fué la vocación, sino el hastío, quien me trajo á tus altares; reconozco mi culpa, y sin embargo, voy á aumentarla todavía. No veo, no quiero ver el camino de la penitencia... Pues entonces, ¿á qué te invoco, si no puedes tener piedad de mí?—

Lágrimas abundantes bañaron su rostro; los últimos rayos de la tarde se apagaron en el cielo; la oscuridad empezó á invadir la celda. Las campanas del convento repetían el toque de ánimas, y doña Blanca, incapaz de resistir por más tiempo su dolor, le acompañaba con sus sollozos.

VI

—¿Estás seguro de lo que dices, Pascual?

—Y tan seguro, D. Antonio. Tal es el

mensaje que he recibido de Blasa.—Dí al amo que esta noche á las diez es la hora fijada para la fuga. Doña Blanca bajará al jardín y allí la esperará ya su...—

—¡Calla!

—Como queráis, señor.

—Toma este bolsillo para tí; prometo otro igual á tu mujer, y que yo no sepa que ni ahora ni nunca decís una palabra del suceso, pase lo que quiera, porque os costaría caro.

—Dios os guarde, señor.

—El te acompañe, si gusta de verse su Divina Magestad con villanos de tu ralea.

Cuando salió Pascual del cuarto y se cerró tras él la puerta sembrada de grandes clavos, que era uno de los más preciados adornos de la casa de los Toledos, empezó D. Antonio á recorrer la estancia á grandes pasos.

—Ese hombre ha hechizado á doña Blanca. Ella tan noble, tan altiva, que á todos desdeñaba, que se burlaba de todos, arrastrarse de esa manera por el fango... ¡Ella! La mujer á quien yo creía pura como la misma madre de Jesús, buena como el ángel más querido de Dios... Es infame, es sacrílega, es perjura, y la amo todavía, y aún me siento capaz de perdonarla, de volverla mi estimación, mi

cariño... Si, aquí hay algo de hechicería, algo de infierno... Pero yo juro á Satanás que el hechicero no vá á salir airoso de su empeño. O la carne que cubre sus huesos ha sido fabricada en las calderas infernales, ó mi espada abrirá en ella un agujero bastante hondo para que dé paso á que salga su alma ó á que entre á buscarla el demonio que la ha de recoger.—

Y ciñéndose el mejor acero toledano que ciñera jamás caballero alguno, se aseguró que al otro lado llevaba la daga, tomó el chambergo y salió de la estancia cerrando la puerta de un golpe que hizo estremecer toda la casa.

VII

La noche era pavorosa. Apenas la luz del día desapareció del horizonte, se espesaron las nubes, arreció el viento, y se desencadenó la tempestad. Los relámpagos se cruzaban en la atmósfera, como llamaradas brillantes. Los truenos se sucedían con horrible estrépito. El Tajo engrosaba sus aguas y batía con fuerte empuje los estribos del Puente de San Martín lanzando luego sus olas encres-

padas contra los peñascos que forman por este sitio las dos orillas de su cauce.

Apostado trás uno de los pilares que cerraban el pórtico del convento en que habitaba Sor María de los Angeles, un hombre, con el sombrero echado hacia adelante y el embozo de la capa subido lo suficiente para no dejar al descubierto más que los ojos, acechaba el camino que al Monasterio conducía, iluminado alternativamente por el fulgor de los relámpagos.

Mucho tiempo llevaba así. De pronto, el reló de la torre dió diez campanadas.

—¡Es la hora!—murmuró, y echó atrás el embozo, como si temiese ser cogido de improviso.

En el mismo momento una sombra apareció en el camino, cual si evocada por un conjuro surgiera de la tierra, y fué á pasar rápidamente por delante del átrio de la iglesia para llegar hasta el jardín.

—¡Alto, villano!—dijo el que aguardaba, saliéndole al encuentro con la espada en la mano derecha y la daga en la izquierda.

—¡D. Antonio!—gritó el que acababa de llegar. —Retírate, y no te opongas á lo que no es sino un castigo del cielo.

—¿Tienes miedo, miserable? Defiéndete, ó te mato.

—¡Déjame! Doña Blanca me espera...

Silbó un acero en el aire, y el recién llegado dejó escapar un grito. La espada de su rival acababa de cruzarle la mejilla.

--Tú lo quieres... ¡Sea! —rujió el desconocido, echando mano á su espada.

La oscuridad era muy densa; pero no es difícil para una buena hoja encontrar, aunque sea á tientas, el camino del corazón. A los dos minutos D. Antonio de Toledo caía al suelo, exhalando un gran suspiro, y su contrario seguía en dirección al jardín del Monasterio.

La lucha había durado un instante nada más. El desconocido llegó al jardín, saltó rápidamente la tapia, y sin vacilación ninguna, como si viera en medio de las tinieblas, dió algunos pasos adelante, á tiempo que la puerta del convento se abría misteriosamente, y una forma blanca, airosa y esbelta, se dibujaba en el umbral.

—¿Sois vos, doña Blanca?—dijo en voz baja el desconocido.

—¡Tengo mucho miedo! —murmuró temblando la joven.

—No temáis; venid por este sitio...—y

un azulado rayo de luz iluminó el camino que el caballero señalaba con su mano.

Doña Blanca se dirigió á él, en tanto que su amante la salía al encuentro. La infeliz temblaba como las ramas secas de los árboles, que golpeadas por el viento parecían exhalar quejidos de dolor. Ya estaba cerca de su amante, ya estrechaba con afán una mano de éste entre sus manos calenturientas, cuando un trueno espantoso se dejó oír, una culebra de fuego rompió el negro manto de la noche, y desgajando los troncos que halló á su paso, abrió un ancho pozo en medio del jardín.

Oyóse un ¡ay! de dolor, y dos cuerpos cayeron á tierra y se despeñaron al fondo del abismo que se acababa de abrir. Poco después las campanas del convento tocaban á rebato. El rayo había destrozado parte del ábside, y la comunidad, excepto doña Blanca de Silva á quien no se halló en su celda, imploraba de hinojos en el coro la misericordia de Dios contra el demonio de la tempestad.

VIII

Al otro día se encontró muerto en el atrio á D. Antonio de Toledo, con el pecho atravesado de una estocada.

La desaparición de doña Blanca fué un misterio para todos, pues no volvió á saberse nada de ella. Solo cuando estaban próximos á morir Pascual y Blasa confesaron á un sacerdote el misterio que poseían, y desde entonces nadie duda en Toledo que hay algo de sobrenatural en esta historia.

Y cuando os la refiere el *cicerone* en el mismo jardín del convento, abandonado hace muchísimos años y hoy casi por completo destruido, donde tuvo lugar la aterradora escena, si la noche se echa encima, le veréis apresurar su relato y mirar con frecuencia á un lado y otro: teme sin duda que el caballero desconocido de la leyenda venga á pedirle cuenta de algún detalle que haya olvidado su memoria.

LA CONQUISTA DE AURELIA

(TRADICIÓN TOLEDANA.)

I.

Reía el sol en la lejana cumbre de los montes, y la naturaleza despertaba olvidando los sueños de la oscuridad, libre de las tinieblas de la noche. No hay nada más hermoso que una mañana de Mayo. La tierra parece sentir correr por sus misteriosas arterias una nueva sangre, una nueva vida; los árboles se visten frondoso ropaje en que se abrigan para olvidarse de los hielos invernales; brotan las flores sobre el césped dando tintas de varios colores al prado en que se ostentan; rotas las trabas que ponía la escarcha á su curso, corre el arroyo saltando bulliciosamente de peña en peña para llevar al río su cristalino caudal; han vuelto ya, llamadas por los halagos de la primavera,

las golondrinas que huyeran á la aproximación del otoño, y nuevas generaciones de pajarillos, nacidos al calor de la estación florida, como la llaman los poetas, abren con miedo sus débiles alas ensayándose á volar junto al nido que todavía no se atreven á dejar.

La mañana de un día de Mayo de 1139, todo era ruido, algazara y animación en la espléndida vega de Toledo, ocupada por millares de hombres de armas, bravos soldados vestidos y equipados para la guerra, que desplegaban sus estandartes y ponían en orden sus equipos, y preparaban sus caballos los unos, los otros sus ballestas, como esperando solamente una orden para partir.

No había en aquellos hombres, que se preparaban quizá á la muerte, un sólo rostro que no expresase la alegría, la satisfacción del deber cumplido. Todos ellos exhalaban gritos entusiastas, voces de guerra que se unían al ruido de las armas, al piafar de los caballos, al son de las armaduras que chocaban sus piezas como si gigantes de hierro batiesen sus palmas para aplaudir la empresa que se proyectaba, y al eco agudo de los clarines que á lo lejos anunciaban la venida de nuevas tropas, ó dentro de la ciudad avisaban á

sus habitantes que era llegado el instante de abandonarla. Los soldados, en grupos, hablaban unos con otros, manifestándose complacidos y contentos por marhar contra los moros, que nadie gustaba entonces del ocio y la molicie de la paz, y cada cual aumentaba á su gusto la parte que aguardaba de botín. En otro lado, los capitanes discutían proyectos de campaña y arriesgaban su opinión sobre la que iba á abrirse aquél mismo día, esperando de ella nuevos triunfos para la cruz. El trabajo de la reconquista se iba haciendo lenta, pero progresivamente, y la conquista de Toledo había abierto una nueva era en los destinos del poder cristiano. Cuatro siglos habían transcurrido desde la rota del Guadalete, cuatro siglos de lucha constante, de agitación continua, de odio y rencores, y durante ellos ni un momento había vacilado la fe de los vencidos ni su aborrecimiento á los vencedores.

La campaña que se preparaba tenía por objeto batir algunas poblaciones inmediatas á Toledo, que servían de base á los moros para las excursiones que hacían en el antiguo reino de Al-Mamun, á quién tenían siempre en alarma por sus hostilidades. El rey de Castilla, Alfonso VII,

ya coronado emperador, había decidido poner fin á tal estado de cosas, y abandonando el reposo á que ningún noble de aquella época se podía acostumbrar, organizaba una especie de batida general para librar por algún tiempo á la antigua capital de la monarquía gótica, de las asechanzas de sus feroces enemigos.

Sólo al monarca se esperaba para partir. Hacia ya bastante tiempo que el campo había despertado. Los soldados dirigían sus últimas recomendaciones á sus familias que quedaban en el pueblo, y abrazaban á sus padres y acariciaban á los pequeñuelos deslumbrados por el reflejo de los rayos del sol en el acero de las armaduras. La población entera había salido á presenciar la marcha del ejército, y entre tantos rostros no había uno sólo que no irradiase de alegría. La guerra revestía un carácter más religioso que político, y en las guerras de religión el fanatismo hace héroes, aún en el seno del vulgo. Vencer significaba entonces patria, fé; ser vencido morir por Dios, en defensa de su doctrina. Si lo primero aseguraba la gloria y redimía los pecados, lo segundo aseguraba el cielo y sus místicos goces á los que cayeran en la lid. Por eso los mismos seres sobrenatu-

rales, Santiago montado en un hermoso corcel blanco como las espumas, San Miguel con su espada flamígera y sus cohortes angélicas, ayudaban en el espacio á los cristianos contra los moros. Por eso si en el curso de la batalla estallaba una tempestad, sólo causaba estragos entre los infieles; y los proyectiles de éstos rebotaban y se volvían contra ellos, y densas nieblas los envolvían si la victoria iba á decidirse en su favor, mientras el sol se detenía para alumbrar más tiempo la matanza, si, por el contrario, eran los vencedores los cristianos.

Levantóse de pronto gran alarido en el campamento, y todos los ojos se volvieron hacia la hoy tapiada Puerta de Visagras, en la cual acababa de aparecer la esbelta figura del joven emperador, ciñendo su armadura de batalla, ginete en un brioso cordel que piafaba de impaciencia. A su lado la reina doña Berenguela, tan querida de sus vasallos, iba montada en una yegua torda, deseosa de presenciar la marcha del ejército y despedirse de su esposo en los confines de la población. Detrás de los reyes, y en ordenada multitud, los más nobles caballeros, los más apuestos pajes, seguían á sus señores en silencio, no atreviéndose

á turbar con una sola palabra la conversación que éstos mantenían desde su salida del palacio. Detrás de esta comitiva el pueblo, en apolonada confusión, se estrujaba materialmente para no quedarse atrás.

Vivas entusiastas y gritos de guerra resonaron en el campo, y hubo en él un movimiento general. Deshicieron los grupos que formaban los capitanes; entraron en las filas los soldados, quedando en ellas inmóviles esperando la voz de mando; retiráronse los ancianos y las mujeres, y un silencio no turbado por el más ligero ruido sustituyó inmediatamente al estrépito que allí reinaba. Entonces se adelantaron los monarcas seguidos solamente de su comitiva, porque el pueblo quedó detenido en los límites del campo, viendo de lejos lo que más de cerca hubiera querido ver, y dieron una vuelta al campamento revistando el ejército y quedando claramente satisfechos de su buen porte y apostura. Todas las miradas del ejército iban del semblante varonil del rey al rostro melancólico de la reina, y parecía que las lanzas saltaban en su cuja, que las espadas se estremecían en sus vainas, ansiosas de moverse y de matar para conseguir una sonrisa de D. Alfon-

so, una mirada de doña Berenguela. Terminada la revista, volvióse el rey á su esposa; tomó una de sus manos con exquisita galantería, y se la llevó respetuosamente á los labios. En seguida sacó la espada y todos le imitaron; hizo una señal, y al grito de ¡Santiago y cierra España! pusieronse las tropas en movimiento desfilando por delante de Doña Berenguela que presenciaba la marcha ligeramente conmovida.

II.

Tres meses habían pasado de esto. Aurelia, la fortaleza más en actitud de sostener un largo sitio, resistía bravamente los ataques de los cristianos, que habían establecido su real al pie de la eminencia que la sustentaba. Corría el tiempo y D. Alfonso se impacientaba por su inacción; pero comprendiendo todo el valor de la conquista, había decidido no moverse de allí sin que sus castellanos dieran guarnición á Aurelia. Allí, su alcaide, había pedido un armisticio, y el Emperador se lo concedió, creyendo que cuantos más días pasasen, más en breve

faltarían los viveres á la plaza y más decaería el ánimo de sus obstinados defensores. Estos, entretanto, esperaban los refuerzos que el rey de Valencia les había prometido; refuerzo de valientes almoravides enviados por Tachfin, Emperador de Marruecos, que ansiaba acabar con el poder de los cristianos en España.

Y llegaron estos, y desde Valencia, caminando directamente hacia Toledo, acamparon en los campos de Algodor, extendiéndose luego hasta el mismo real de D. Alfonso brindándole con una batalla campal en la que podía ser cogido á poco esfuerzo. Pero el Emperador comprendió el ardid de los árabes, y aunque tenía fuerzas bastantes para correr la suerte de una batalla, no quiso, sin embargo, retirarse de Aurelia, para significar así á los sitiados que estaba decidido á apoderarse del castillo á toda costa. Engañados en sus deseos los árabes, y sabiendo que Toledo había quedado desguarnecido, dejaron un corto destacamento delante de Don Alfonso para que este no advirtiera su movimiento, y con él sus intenciones, y se dirigieron á sitiar á Toledo, la hermosa Tolaitola de sus padres.

Retirada en su cámara doña Berengue-

la leyendo por centésima vez un pliego de su esposo, que días antes condujera á su poder un mensajero, pliego en que aquél la encarecía las dificultades del sitio y su confianza en que el éxito vendría á coronar su obstinación, cuando se abrió violentamente la puerta, y una dueña, pálida y convulsa, con el rostro alterado por el terror, entró en la estancia.

—¿Qué es eso, Aldonza, que te conturba de tal modo?—preguntó doña Berenguela con bondad.

—Señora, un enviado del castillo de San Servando quiere hablaros.

—¿Y es él la causa de tu turbación?

—Su mensaje, señora.

—Su mensaje... no te comprendo...

—Los moros, señora, los moros, que hace días distinguieron allá á lo lejos los vigias, se mueven desde esta mañana en dirección á la ciudad, y se acercan rápidamente hacia nosotros.

—Cálmate, buena Aldonza, cálmate, que no es tan grande el peligro. Cuando nuestros padres, nuestros esposos, exponen su vida en honra y gloria de la cruz, ¿debemos nosotras de mostrarnos tan pusilánimes? Dios está en el cielo y vela por nosotros. Si él no quiere, ¿qué pueden

contra su pueblo ese puñado de árabes, por muchos que sean y por grande que sea su poder? Cálmate, vuelvo á decirte. Disimula tu turbación. Que nadie pueda decir con verdad que hay en el alcázar un pecho que late más deprisa que otras veces, sólo porque los enemigos de nuestra santa ley nos amenazan desde lejos. Ahora, haz entrar al mensajero.

Turbada se retiró la dueña, sin osar levantar los ojos hácia el sitio en que se hallaba su señora, y volvió á poco acompañada de un soldado, joven de veinte años, que al entrar en la sala puso una rodilla en tierra.

—Acércate, Garci Perez—dijo doña Berenguela reconociéndole.—Acércate, y dinos qué mensaje traes de nuestros buenos servidores los guardas del castillo de San Servando.

—Señora, los moros que acampaban estos días junto á los pozos de Algodor, se han puesto en movimiento y se acercan rápidamente. Ya llegan sus avanzadas á tiro de ballesta del castillo.

—¿Y qué hacen mis soldados?

—Ocultos tras sus almenas acechan al enemigo, y aguardan á que se adelante confiado, para darle la muerte como castigo á su osadía.

—Y están dispuestos...

—A morir, señora—dijo entusiasmado el joven,—antes que ni uno solo de los almoravides llegue al foso. Pero los contrarios cálculanse en muchos miles de hombres, y el castillo no puede resistir un largo asedio. Su guarnición morirá sobre la muralla, alfombrándola antes con cuerpos de infieles para hacerse un lecho menos duro que la tierra; pero como con su muerte sólo puede detener breve tiempo al enemigo, el alcaide os lo envía á decir para que estéis preparada á todo. Y ahora, señora, permitidme que vuelva al lado de mis compañeros; no es la cámara régia el puesto de un soldado cuando el combate va á empezar. Ardo en deseos de batirme.

—Vete, pues; no quiero privar de tan buena espada á mis leales defensores. No te encargo que os defendáis hasta morir, porque sé que lo habéis de hacer. Es preciso avisar al Emperador y sostenerse hasta que venga á socorrernos.

Y alargó su mano al joven que se puso de rodillas para besarla respetuosamente. Y luego, con los ojos brillantes de satisfacción, salió de la estancia, llegó por un camino subterráneo, que se ha perdido en el trascurso de los años, hasta la orilla

opuesta del río, pasó éste en una barca que le esperaba cerca de ella, y penetrando de nuevo por la boca de una mina, que también está cegada hoy, volvió al castillo á sazón que las hondas y las ballestas empezaban á lanzar sus proyectiles.

Quedó pensativa doña Berenguela. ¿Qué debía hacer? El caso era muy grave y merecía meditarle mucho. Descuidado D. Alfonso en cuanto á temer un ataque á Toledo mientras él sitiaba á Aurelia, habíase llevado la gente disponible, no dejando en Toledo más que la guardia de la reina y la pequeña guarnición de San Servando. Con tan cortas fuerzas era quimérico pensar defender, no ya una ciudad, sino el mismo castillo, de un ataque formal. Poco importaba á la noble señora la muerte que pudieran darla los enemigos de su ley; se sentía con ánimos para el martirio; pero dolíala mucho la suerte de aquella numerosa población encomendada á su cuidado, que parecía tranquila por tenerla junto á sí, como si la reina fuese para todos fiel garantía de seguridad; pesábala mucho también el disgusto que tendría D. Alfonso al enterarse de su muerte y hacer culpable de ella á su imprevisión ó á su descuido; pero lo

que más la agoviaba, lo que ponía más arrugas en su frente, lo que agitaba más su pecho, era la inmensa responsabilidad que contraía ante la historia si durante la ausencia del emperador volvía Toledo á caer en poder de los mahometanos. Avivábase en ella, ante este pensamiento, el odio de raza, el odio de religión, y reaparecían en su mente las luchas de la reconquista desde que Pelayo dió por primera vez en Asturias el grito de independencia.

La ciudad, enterada ya de lo que ocurría, andaba consternada. La gente salía de sus casas y se dirigía de un lado á otro como turba de sonámbulos que caminan en sueños sin conciencia de lo que hacen. Y es que hasta los más legos en el arte de combatir, comprendían que la resistencia era imposible. Fuertes eran los muros de Toledo, edificados por Wamba, reforzados por los moros y hechos más fuertes todavía por el rey D. Alfonso VI, pero para poderlos defender era preciso gente, y en la ciudad sólo habían quedado los inútiles, las mujeres y los niños, los inermes y los ancianos. En semejante situación, Toledo no era más que una fortaleza muy grande guardada por seres inofensivos. Pronto caería en poder de los moros; pron-

to la media luna ondearía nuevamente sobre el Alcázar de sus reyes; las bocinas árabes sustituirían á las campanas en los templos católicos, y desde los altos minaretes de la mezquita mayor, consagrada catedral por doña Constanza, el *muezzin* llamaría de nuevo á los creyentes sarracenos á la oración de la mañana. Era un verdadero pánico. Las mujeres estrechaban á sus hijos y corrían á las iglesias á ponerse en manos de Dios; los ancianos buscaban en vano un resto de fuerza y de vigor para sustituir en las murallas á sus hijos ausentes, y los mozos de más de doce años descolgaban la empolvada espada de sus abuelos, haciendo violentos esfuerzos por poderla esgrimir con ambas manos. Y para hacer más triste el cuadro, las campanas de las iglesias dejaban oír un plañidero clamor convocando á los fieles á su seno. Cuando todo está perdido en la tierra, el alma creyente se acoge á Dios. Los sacerdotes entonaban preces, y rogaban al Ser Supremo apartase de los campos de la verdadera fé la nube de tempestad que amenazaba destruirlos. Y llorando en versículos sublimes la cautividad de Babilonia, presentían su propia cautividad.

Lo mismo sucedía en el Alcázar, aun-

que allí la alarma se disimulase más por respeto á la reina y para dar ejemplo de confianza al pueblo atribulado. Por disposición de doña Berenguela habíase abierto la capilla y puesto de manifiesto el cuerpo santo de Jesús para que fuese reverenciado. La servidumbre del Alcázar rezaba también sus oraciones ó imploraba el socorro celestial en la pequeña iglesia, regiamente decorada, resplandeciente de luz en otras festividades y llena ahora de sombras, imágen de las que en aquél momento se extendían por todas las conciencias. La reina había descendido á la capilla; allí, perdida en las tinieblas, moduló una súplica ferviente salida de lo más hondo de su corazón acongojado; pero á poco se retiró, volviendo á encerrarse en su cámara para poder pensar mejor en la soledad el medio que convenía seguir en aquellas circunstancias que el destino la deparaba como para probar su fortaleza.

Entretanto, los sarracenos que habían quedado en la ciudad después de la reconquista, sometíendose á las leyes que los cristianos les impusieron, pero conservando el libre ejercicio de su culto, envolvíanse la cabeza en los revueltos pliegues del jaique para ocultar el gozo de

sus semblantes, y callaban y bajaban los ojos para que un grito exhalado sin querer, una mirada involuntaria, no vendiesen su alegría. Veían ante sí, á muy corta distancia, á sus hermanos en creencias; los veían decididos á batir la ciudad indefensa, privada de socorro; soñaban con el triunfo, con ser de nuevo libres y señores del reino toledano, y acudían á sus mezquitas á rogar á Allah que olvidase los extravíos de su pueblo y volviera á poner en sus manos el poder de la Península que poco á poco se les escapaba. Por su parte, los judíos que en 711 dieron entrada en la ciudad al ejército de Tarick para vengarse de las persecuciones de los godos, pensaban, retirados en su barrio, las probabilidades de triunfo que tenían unos y otros contendientes, sitiadores y sitiados, para decidir á qué partido se debían inclinar, y prorrumper en lamentaciones quejumbrosas ó en gritos alegres por la aproximación de las hordas almoravides.

Ya en esto habíanse roto las hostilidades y empezado la lucha entre los moros que atacaban y los cristianos que se defendían; animados los unos por la esperanza de un gran triunfo fácilmente conseguido, y los otros, por considerar que

una ciudad y una reina lo esperaban todo de su valor. Reñida era la acción por ambas partes. Los castellanos se defendían con brío, pero los contrarios eran muchos, débil para su empuje el castillo, y las máquinas de guerra que aquellos llevaban prometían abrir brecha en sus deportillados torreones.

Llegó, por fin, el momento previsto por todos desde el principio, pero que todos acogieron con terror. Sacudido por las máquinas empleadas contra él, desmoronóse un lienzo de muralla, el que mira al convento en que después fueron constituidos los Templarios, y se lanzaron á la brecha los infieles, tocando ya la victoria; empero los cristianos, repuestos de la turbación primera que este desastre les causara, habían acudido y formaban con sus pechos un muro más firme que el que acababa de desmoronarse. Pero esto no podía durar mucho. La fatiga empezaba á rendir á los cristianos, agobiados por el número; y previendo que había que dejar de pelear para resignarse á morir, el alcaide mandó de nuevo á Garci-Perez á que enterase á la reina de lo sucedido.

Abismada en sus reflexiones, pidiendo un recurso que no acudía á su cerebro,

hallábase doña Berenguela sentada en un sillón de su lujosa estancia, cuando Garci-Perez fué introducido á su presencia.

—¿Qué desastre vienes á anunciarme?—le preguntó con voz triste.

—Señora—respondió también triste el mancebo,—bien sabe Dios que si á costa de mi vida pudiera ahorrarnos la noticia, no vacilaría, y antes de dároslo caería muerto á vuestros pies. Pero cumplo la orden que me dan y debo preveniros lo que pasa.

—Habla.

—La defensa es obstinada, pero á pesar de ello, el castillo será tomado. Para poderse sostener aún algún tiempo, sería preciso que recibiera refuerzos, y los refuerzos no existen. Aun así no podríamos hacer mucho.

—¿Hay muchas bajas?

—Sí, señora. Ha caído además un trozo de muralla y los nuestros se baten ya en la brecha.

Tornóse más sombrío el hermoso semblante de la reina, y cerró los ojos, espantada, sin duda, del espectáculo que ante ellos pintaba su fantasía; pero de repente se serenó, brilló en su mirada el relámpago de una idea, y murmuró como hablando consigo misma:

—¡Quién sabe!...

Y levantándose después apresuradamente:

—Sígueme, Garci-Perez—dijo, y pasó seguida del joven á una habitación con-tigua.

III

Todo era bulla y algazara en el campamento musulman. Aunque muchos cadáveres moros, sembrados en el foso y la contraescarpa del castillo, atestiguan-ban lo encarnizado de la pelea y las dificultades del asalto, esto no obstante, los jefes sitiadores infundían aliento á sus soldados. Era imposible que la resistencia se prolongase; la defensa era ya más débil que en un principio, y podía calcularse el tiempo que tardarían los sitiados en rendirse ó caer exánimes al pie de aquellos muros que tan obstinadamente defendían. El haber dejado solos á los guardianes del castillo daba á entender bien claro que no había otras fuerzas de qué echar mano en la ciudad; así, pues, rendir San Servando era apoderarse de Toledo, y apoderarse de Toledo era atajar

los progresos de la reconquista y dar un gran golpe á los cristianos, golpe del que tardarían bastante en reponerse.

Tales eran los pensamientos de los jefes moros reunidos en consejo, cuando, terminado éste, vió el rey de Valencia venir hácia él, montando un caballo que á duras fuerzas contenía, un soldado seguido de otros dos, con bandera de parlamento. Al punto mandó el monarca moro suspender las hostilidades, creyendo que ya iban á rendirse los sitiados y con ellos la ciudad, y cuando llegó hasta él Garcí-Perez le preguntó con voz severa:

—¿Me traes las llaves de las puertas de Toledo y las llaves de tu castillo? Ten presente, antes de hablar, que no admito condiciones, por más que, en recompensa á vuestro valor, no os trate con el enojo que vuestra obstinación merecería.

—Las llaves de la ciudad como las llaves del castillo—le contestó con altivez Garcí-Perez,—no están, rey, en mis manos, sino en los muros de Toledo, y allí habrá de ir á buscarlas el que las quiera recojer. No vengo á pedirte gracia, ni á suplicarse condiciones. Vengo á traerte un mensaje de la reina.

—¿De la esposa de Alfonso VII?—dijo el moro con extrañeza.

—Sí.

—¿Luego está en la ciudad?

—Sí.

—Habla. Te escucho.

—La reina de Castilla, mi señora, me envía á ti, para decirte: «Rey de Valencia, no es de galantes caballeros ni de soldados valerosos venir á batir una ciudad cuando se sabe que los hombres han partido de ella, dejándola encomendada á sus mujeres. No hay dentro de los muros de Toledo hombres de armas que sostengan tu empuje y den valor á tu victoria; victoria que alcanzarás fácilmente, porque no hallarás para disputártela más que ancianos, mujeres y niños, y un número harto escaso de soldados, rendidos por largas horas de pelea. Si sólo quieres la ciudad, prosigue el cerco y pronto podrás entrar en ella; pero si no combates sólo por un espacio de tierra sino por la gloria que puedes obtener de su conquista, abandona los muros de Toledo. Sitian-do á Aurelia está el Emperador, y tiene consigo gran número de soldados, cuyo valor conoces porque los has visto pelear; ¡ve á buscarle! Vencido allí, adquirirás nombre de bravo; vencedor aquí, no puedes aspirar más que al dictado de conquistador de una plaza que no tenía de-

ensores.»—Ahora, rey, espero la respuesta que he de llevar á mi señora.

Quedó suspenso largo rato el monarca, y aparecieron en su expresivo rostro las huellas de una profunda preocupación; pero vencedor al fin en la lucha tenaz que consigo mismo sostenía, levantó su cabeza, y dijo con solemnidad á Garci-Perez.

—Oye, soldado, y graba bien en tu memoria, para repetirselas á Doña Berenguela, las palabras que por tu boca la dirige el rey de Valencia.—«Reina y señora emperatriz de las Castillas, sabíamos al venir á Toledo que faltaba de ella el Emperador; y sin embargo de saberlo, vinimos porque ardidés son estos de la guerra, no vedados á caballeros ni á valientes; pero ignoraba que estuvieras tu aquí. A haberlo sabido, hubiese roto mi espada contra una peña ántes que desenvainarla contra ti. Pero lo sé ahora, y me basta. Por nada faltaré á mi nombre y mi ley de caballero. Voy á buscar á Don Alfonso y dejo en paz á Toledo; vendré á atacarla cuando él esté dentro de sus muros. Pero en prueba á que me has dado tu perdón, ruégote, reina de Castilla, que te dignes presenciar desde tu almenado alcázar la partida de mi ejército, que voy á hacer

desfilas ante ti.»—Ahora, soldado, parte. Las hostilidades no volverán á reanudarse. Voy á levantar el sitio.

Retiróse Garci Perez haciendo una profunda reverencia y regresó á la cámara de la reina, á la que dió conocimiento del resultado del Mensaje, quedándose en el alcázar de orden suya.

Habían cesado las hostilidades. No se oían ya los ayes de muerte de los que caían combatiendo, ni los gritos de triunfo de los que se juzgaban dueños de la victoria. En el campo de los moros, que se habían retirado á sus tiendas, reinaba viva agitación. Se ordenaban las filas, se formaban los escuadrones, y el ejército, en masa, parecía disponerse á partir de Toledo.

Nadie sabía lo que aquello significaba. Quiénes lo achacaban á la imprevista llegada de Don Alfonso, quienes á discusiones surgidas entre los árabes. Pronto se supo todo, sin embargo, y entónces, la población en masa subió á las azoteas ó asomó su rostro por las estrechas ventanas de las retorcidas calles. Todo el mundo quería ver aquel ejército que al sólo mensaje de la reina se retiraba como

por encanto, como vencido por una palabra mágica, semejante á esas grandes nubes que eclipsan un momento la luz del sol y que después, rotas por sus rayos, se deshacen y se desvanecen arrastradas por el menor soplo de viento.

La reina, en tanto, habíase vestido las galas imperiales, puesto sus mejores ropas, ceñido á sus sienes la corona, símbolo de su poder y su grandeza, y rodeada de sus damas, engalanadas como ella, salió al torreón central de la fachada E. del alcázar, para presidir el acto de cortesía á que el rey moro la invitara.

Y en efecto, así que la figura de la reina —sentada en un alto sillón— se destacó sobre el almenado, un grito respetuoso de admiración brotó de lábios de los árabes, grito repetido por millares de bocas, y que el aura recogió en sus alas de rosa y lo trajo como blando rumor á los oídos de la reina. Ya estaba formado el ejército enemigo. El monarca hizo una señal, y al belicoso son de chirimías y atabales desfilaron peones y ginetes, moviendo aquellos sus pesadas armas, caracoleando éstos sus briosos caballos, lanzados unas veces á la carrera y marchando al paso y reposadamente otras. Todos los caballeros saludaban al pasar á la reina

de Castilla, cuyo hermoso semblante brillaba con nuevo fulgor al ver lejos el peligro que tan cerca la amenazara; rendíanse á sus pies banderas y estandartes valencianos y almoravides, y las músicas seguían tocando sin cesar, acompañando la marcha de los soldados árabes, tan numerosos como las arenas del desierto.

Doña Berenguela, erguida con majestad en un sillón, saludaba con el pañuelo á los galantes caballeros que tan bien sabían interpretar las leyes del honor, y de tal suerte reconocían el poder de la debilidad y los fueros de la hermosura.

Dos horas después, el último soldado musulman había desaparecido. La negra nube que tragera la tempestad en su profundo seno se desvanecía ya, y en las iglesias católicas las campanas echadas á vuelo volteaban alegremente, y los sacerdotes, adornados con sus mejores vestiduras, alababan á Dios por su misericordia hácia su pueblo, entonando el *Te Deum laudamus*.

IV

A poco de esto, perdidas las esperanzas de Ali de recibir refuerzos de los su-

vos, rindió el fuerte de Aurelia á Don Alfonso, poniendo como única condición á su entrega; que él y sus soldados pudieran retirarse á Calatrava, á lo que accedió el Emperador para corresponder á la galantería usada por los almoravides con su esposa. Y dueño ya del fuerte que constituía el único objeto de su expedición, regresó á Toledo, donde fué recibido con grandes fiestas, y donde descansó por algún tiempo, disponiendo una incursión por Andalucía, que realizó al año siguiente.

Desde entonces, siempre que Doña Berenguela se asomaba al almenado torreón, para admirar el vistoso paisaje que desde él se domina, se acordaba de la galantería del rey moro, y conmovida por este recuerdo, una lágrima de gratitud brotaba de sus ojos y se perdía en sus mejillas,

LA LEYENDA DE LA CRUZ EN TOLEDO

I

Semejantes á flores silvestres de grato perfume que embalsaman el aire con su aliento, crecen en todos los pueblos, al pie del signo santo de la cruz, hermosas leyendas que son como la huella de las generaciones que ante esa cruz se arrodillaron. Recogidas todas estas tradiciones en un libro, ese libro sería la obra que más de manifiesto pusiera la fe de las edades pasadas y su confianza en la divinidad; sería como un precioso archivo al que los creyentes y los incrédulos podrían acudir del mismo modo: los unos para buscar fortaleza, los otros para buscar poesía.

En este libro, como en todo aquel que se haga en honor de lo pasado, Toledo había de ocupar una de las más hermosas páginas. En aquellos callejones retorcidos donde aún parece vibrar el eco de otros tiempos y otros hombres; en aquella

vega riente, bordada de verdura, que fertiliza el Tajo con sus aguas; en aquellos montes lejanos por los que tantas veces se extendieron los blancos alquiceles de los árabes, junto á los monumentos grandiosos que, sembrados en las siete colinas sobre que asienta la ciudad, son maravillosos jalones que marcan la marcha no interrumpida del arte; bajo las hornacinas que guardan cariñosamente el viejo retablo de la milagrosa imagen cuyo origen se perdió por antiguo en la memoria de las gentes; en todas partes, en fin, en los edificios almenados, en los desportillados torreones, en la rota muralla, hay tradiciones y recuerdos que sumen el alma del soñador en éxtasis divino. Como no podía menos de ser, la cruz tiene en Toledo su leyenda, una leyenda hermosa y sentida, avalorada por el pueblo, que la guarda como un culto en su corazón y la enseña á sus hijos y á sus nietos en las largas noches de invierno, cuando el viento que silba y el agua que cae parecen acompañar su narración con una armonía sublime. Esa leyenda os sale al paso á vuestra entrada en la ciudad; os sigue en vuestra excursión á la calle sombría, á la plaza solitaria, al campo desierto; se os presenta,

fuera ya de sus muros, implorando de nuevo una oración... Venid conmigo, humilde compilador de los recuerdos populares de esa gran ciudad, y yo os contaré en pobre estilo la leyenda maravillosa.

II

Subiendo de la estación y penetrando en Toledo por el *arco de la Victoria*, por donde entró Alfonso VI en 1085 con el ejército cristiano, el Cristo de la Luz nos atrae hácia su recinto. Aquella ermita fué la primera que pisaron los conquistadores. Todavía, después de ocho siglos, osténtase colgado de sus muros el escudo que entonces llevaba el rey cristiano y que quedó allí como ofrenda de gratitud. Delante de la puerta de la ermita hay una piedra blanca que forma contraste con las demás del empedrado: sobre ella se arrodilló el caballo del Cid ese mismo día, en señal de reverencia á la milagrosa imagen. En esta breve ermita, respetada por el tiempo, podemos leer el primer canto del poema. Ved el Crucifijo que lleva el nombre de la Luz. Es peque-

ño, casi negro; la figura de Jesús pendiente del madero se destaca sombría sobre el altar. Su cabeza está caída sobre el pecho, los brazos no sostienen ya el cuerpo, abandonado á su peso; el cabello encrespado oculta parte del rostro del Mártir de Judea. Pero no tiene ambos piés clavados á la cruz; uno de ellos está libre del clavo sangriento, en actitud de apartarse de su compañero. Interrogad á la leyenda por esto que juzgáis anómala, y ella os responderá: Un día los judíos, que quisieron hacer vacilar la fe de los cristianos, untaron veneno en el pie del Cristo para que al otro día la gente, que acostumbraba á besarle, cayera al suelo envenenada. Una pobre mujer fué la primera en acudir á la iglesia: era una pecadora que, por fin, había sentido levantarse en su corazón la sombra del remordimiento. Rezó contrita sus oraciones, y, sintiéndose perdonada, acercó sus labios á los piés del Redentor. La imagen apartó el pie para que la infeliz no muriera víctima de su fe. Redobló ella sus lágrimas, creyendo que Dios no la había perdonado todavía, y otra vez quiso besar la imagen, y otra vez la fué imposible. Besó, por último, el pie que seguía enclavado, y éste no se movió. Los judíos,

presentes al milagro, confesaron su culpa y se convirtieron. Desde entonces el Crucifijo tiene un pie en libertad, mientras el otro sigue clavado á la cruz.

Muchos años después, otro judío derribó la imagen de su altar, hiriéndola con un dardo, y ocultándola bajo su capa la llevó á su casa y la arrojó á un montón de estiércol. Al otro día el pueblo en procesión iba á buscarla y volverla á su ermita, guiado por el rastro de sangre que el Cristo de la Luz fué dejando escapar por la herida que le había hecho el judío, y éste murió abrasado, con gran contento de los fieles.

Salgamos ya del *Cristo de la Luz*, pasemos la calle del Correo y, atravesando la del Comercio y la de Juan Labrador, vamos á la del Cristo de la Calavera. ¡El Cristo de la Calavera! ¿Nada os dice este título? ¿No recordais la preciosa leyenda toledana hecha por Becker, el artista inimitable? ¿Olvidasteis ya la tradición que él engalanó con la magia prodigiosa de su estilo, ese estilo sencillo y elocuente en que las imágenes, los pensamientos, las palabras, son como perlas y diamantes engarzados en hilos de oro? Eran dos amigos, casi dos hermanos, que como tales se querían. Una coqueta se inter-

puso entre los dos, y al hacerlos rivales los convirtió en enemigos. Corriente de odio fué desde entonces la corriente de amor que antes los fundía en un mismo sentimiento. Ciegos de cólera y de rabia, celosos uno de otro, los dos caballeros salieron desafiados del alcázar, llegaron al pie de la imagen— hoy desaparecida— del Cristo de la Calavera, y á la luz del farolillo que la alumbraba desnudaron sus espadas y empezaron á dirigirse tajos y reveses; pero apenas chocaron sus aceros la luz del farolillo se eclipsó. Mudos de asombro, suspendieron el combate, y la luz volvió á brillar. Tornaron á la lucha y tornó á apagarse la luz. Entonces la razón habló en ellos; despertó la antigua amistad, y el odio se borró en su corazón. Dios no quería aquella lucha fratricida. Se abrazaron, renovaron sus antiguos juramentos, y, saludando agradecidos la milagrosa imagen, que parecía gozar de alegría, se retiraron á su casa. Al pasar por delante del palacio en que vivía su adorada, vieron que un hombre se descolgaba de su habitación por una ventana... Y al considerar que habian estado á punto de matarse por aquella coqueta, se estremecieron, se estrecharon más y más, y con más fervor que antes dieron

gracias al Santo Cristo de la Calavera.

Bajad con cuidado la empinada *Cuesta de la Mona*, pues si no, correis el peligro de ir rodando á dar con la cabeza en los muros de la suntuosa catedral; dejad atrás al teatro, seguid la calle de la Tripería, y atravesemos la plazuela de San Justo. Aquí, en un ángulo que forma la fachada de la iglesia, quitando vista á San Juan de la Penitencia, dentro de un nicho abierto en la pared, hay una imagen de Jesús Crucificado, alumbrado perpetuamente por la tibia luz de un farolillo que da pálidos reflejos á su rostro: es el Cristo de la Misericordia. Nada ofrece de particular á los ojos del viajero, pero guarda en su hornacina otro canto del sentido poema popular.

Era una noche oscura y sombría, una noche muy triste para los toledanos. Batiense en las calles los parciales de los Ayalas con los amigos de los Silvas, poco temerosos unos y otros del castigo que pudiera infligirles el rey Enrique IV, aquel imbécil deshonorado en Avila. Las sombras nocturnas habian impuesto una tregua que las pasiones furiosas se negaban á aceptar, pero que al cabo se vieron obligadas á admitir. En aquella noche, y á las diez próximamente, una

hermosa niña con el corazón acongojado y el alma llena de temores, sostenidos todo el día por el ruido lejano de la lucha, aguardaba á su galán, apuesto partidario de los Ayalas. Contaba los minutos, temía que no viniera, que le hubieran muerto... De pronto oyó pasos en la calle, escuchó la seña acostumbrada, y bajó al jardín; pero al llegar allí dió un grito de terror: el que venía no era su amante, sino un rival odioso que quería aprovechar las revueltas del día para poner en acción un plan cobarde.

La niña dió voces, pero una mano comprimó sus gritos. Unos brazos la alzaron en el aire cual débil pluma, la apretaron con fuerza, y el raptor, seguido de los suyos, se alejó con su presa codiciada, que en vano hacía esfuerzos para desprenderse de él. Frente estaban al Cristo de la Misericordia, cuando una sombra tropezó con ellos.—¡Socorro!—gritó la joven; y el que venía tiró de la espada y atacó á los miserables. La luz que ardía en el retablo hizo que los dos se reconociesen, la víctima y su defensor, que era el esperado amante, y redobló las fuerzas de éste. Pero los contrarios eran muchos, sus golpes continuados, y, aunque logró apoderarse de la joven y apoyarse en la

pared, su ataque era cada vez más débil. El raptor azuzaba á sus secuaces, la sangre corría ya por la ropilla del pobre joven, que se sentía morir. En aquel momento, su amada tuvo una inspiración.

—¡Cristo de la Misericordia—dijo,—protéjenos!

Y de pronto separáronse los sillares en que el joven se apoyaba; una fuerza sobrenatural impelió hácia adentro á él y á su amada, y luego las piedras tornaron á unirse, recibiendo las cuchilladas de los asesinos, que continuaban sus golpes. El raptor dió un grito espantoso al ver que su víctima se le había escapado; pensó forzar la puerta de la iglesia, pero en aquel momento las campanas rompieron á tocar á rebato, y los vecinos acudieron á aquel sitio. Cuando entraron en la iglesia hallaron á la joven curando las heridas de su amante, arrodillada á su lado, á los pies del altar mayor. Las campanas habían tocado por sí solas. Todavía, bajo la imagen del Cristo, podeis ver la huella de las cuchilladas en los sillares que forman la fachada de la iglesia.

Bajemos ahora hasta el río, sigamos su pintoresca orilla saludando al pasar el poético torreón en que ve el pueblo toledano *el baño de Florinda*, aquella pobre

mujer que, según la leyenda, perdió á España, y dejemos atrás el palacio de D. Rodrigo y la célebre Puerta del Cambrón. Henos ya en la Vega, frente á la Fábrica de Armas, fuera de la ciudad, que en vistoso panorama nos ofrece la Puerta de Visagras, el Nuncio y esa maravilla de las artes que se llama San Juan de los reyes, circuidos por los viejos muros que para defensa de Toledo levantó Wamba hace trece siglos. Aquí, á nuestro alcance, ruinas del anfiteatro romano y los monumentos árabes... Nunca con más razón que ahora podemos repetir las palabras de lord Byron: «El polvo que pisamos vivió un día.» Hémos también en un recinto amado de la tradición: entremos en el *Cristo de la Vega*.

Es una ermita histórica, á que dan nombre Santa Leocadia en las descripciones de Toledo y la imagen que en ella se venera en los archivos de la leyenda. En ella se celebraban los Concilios, aquellas famosísimas reuniones de todos los poderes que compusieron esa obra inmensa que se llama el Fuero Juzgo. En el altar mayor, frente á la puerta de la iglesia, se ve un Crucifijo que tiene desclavado y extendido en actitud solemne el brazo derecho. Por sus labios entreabiertos parece

vagar todavía la frase que en ellos puso la tradición y engarzó Zorrilla á sus versos más armoniosos. Una tarde entraron dos amantes en la ermita y se postraron ante el altar: él partía para la guerra, ella se quedaba sola en su ausencia, esperándole y pensando en él. Antes de separarse, y como pago de antigua deuda contraída, la pobre mujer exigía de su amante una promesa santificada por la presencia de Dios: la promesa de satisfacer su honor cuando acabase la campaña. El prometió, y ella se quedó conforme, abismada en su pena, y feliz con la idea del regreso.

Pasó el tiempo y con él pasaron la memoria y el amor. Cuando volvió de la guerra el caballero no se acordaba ya de su promesa. Pero ella no le había olvidado y reclamó su cumplimiento, y rechazada por él, acudió en queja á la justicia. El juez severo no se deja conmover por las lágrimas. Entre el caballero que niega y la dama que afirma no puede decidir. El llanto no es una razón, y puede ser una superchería. Hace falta una prueba y la dama no presenta ninguna... Una prueba... No la tiene. Un testigo... Tampoco... ¡Ah! Sí, un testigo, sí. ¿Cuál?

—El Cristo de la Vega,
á cuya faz perjuro!

Aquella misma tarde el pueblo en masa acude á Santa Leocadia. Establecido el tribunal, el escribano pregunta al Cristo de la Vega si es verdad lo que afirma la joven. La imagen del Crucificado desprende un brazo del madero, lo extiende delante de si, y una voz divina, no escuchada jamás por oído humano, da testimonio de la verdad, que oyen todos de rodillas.

Desde aquel dia, el Cristo de la Vega conserva esta actitud.

III

Hombres religiosos que os quejaís de estos tiempos sin fe en que de todo se duda, en que las almas no creen nada, si queréis salvar los restos del naufragio, recoged las leyendas desperdigadas, despertad los recuerdos populares, escribid las tradiciones del pasado, y cuando la fe haya desaparecido del todo—si esto es posible—presentad á las generaciones ese libro para hacerlas comprender la bondad de lo que han perdido. Y esas imágenes á quien tanto amáis, ante las cuales repetís el relato de vuestras cuitas

haciendo de ellas el puerto de vuestras esperanzas, sentirán renacer un nuevo culto. No reteniendo á las gentes por la fé, las retendrán por la poesía y el sentimiento. Oíd la voz del que no cree: haced el legendario de la cruz.

LA LEYENDA DE MERLÍN

I

Merlín era un sabio poderoso; era un poeta querido de las gentes que á su paso se agrupaban para oír los sonidos cadenciosos que arrancaba á su lira de oro. Cantaba y sus cantos eran profecías que los hombres se apresuraban á recoger como revelaciones del porvenir. Cuando aparecía en un campo, lugares y aldeas, quedaban desiertos, y la multitud se iba tras él como encantada. Los niños se abrazaban á sus rodillas, las doncellas le seguían con miradas curiosas en que el amor vibraba rayos; los mozos le miraban con envidia.

Pero cuando la gloria de Merlín brillaba en todo su esplendor, era cuando se presentaba en la corte. El mismo rey, el rey Artur, tan celebrado por sus hazañas y proezas, se levantaba de su trono para recibirle, le echaba al cuello los brazos y le llevaba á sentarle junto á él, tendién-

dole su copa para que bebiera en ella y hallase en su fondo inspiración para sus más bellas canciones; la reina la acogía con admiración y respeto, y poníale también á su lado para que el bardo quedase entre ella y su real esposo. Y todos los caballeros y damas de la corte le recibían como un amigo fiel y cariñoso, como al consuelo de sus penas.

Porque la lira de Merlín tenía notas para todos los sentimientos, consuelos para todos los dolores, himnos de triunfo para todas las alegrías. Nadie como él saludaba á la esposa en la mañana de sus bodas; nadie como él adormecía en la cuna al niño, que se quedaba extasiado oyendo aquellos cantos que no comprendía, pero que en sus oídos sonaban como arrullo de los ángeles. Y si la muerte se cernía sobre un hogar, el arpa de oro de Merlín dejaba escapar sus sonidos armoniosos, las lágrimas se estancaban en los ojos, dulcificábase en el corazón la amarga pena que amenazaba ahogarle en un principio: el arpa hablaba de otra vida, de otro mundo, de otras regiones, y por el hilo misterioso de su armonía iba subiendo el alma como embelesada, dejando así las miserias y mezquindades de este mundo.

—Canta, Merlin, canta la gloria—solía decirle el rey Artur.—Y Merlin entonaba un canto de guerra que ponía frenéticos á los guerreros de la corte. Pintaba la muerte que se adquiere en los combates, la gloria que con ellos se conquista, los lauros que da, los placeres que proporciona, y no había entre sus oyentes uno solo que aquella noche no soñase con realizar hazañas imposibles.

—Canta, Merlín, canta el amor—le decía otras veces la reina, la hermosa Ginebra, tan celebrada en los romances, tan querida por Lanzelot.—Y Merlin cantaba, y su voz era como concierto de pájaros maravillosos, concierto de armonía en que restallaban besos y expiraban suspiros diluidos en hermosas canciones. Y mientras Merlin cantaba, la naturaleza parecía escucharle atónita. El agua dejaba de correr entre las flores, los pájaros dejaban de arrullarse en el nido, las flores dejaban de entremezclar sus cálices perfumados, el viento mismo callaba, y callaban las hojas de los árboles que otras veces sonaban chocando unas contra otras...

II

Sin embargo, Merlin no era dichoso. Era grande, sí, más grande que todos aquellos señores que venían á pedirle consejo ó protección; poderoso también, lo mismo que aquellos reyes que le trataban como á igual... Pero en el fondo de su corazón había algo que pugnaba por desbordarse; un deseo insaciable, que semejante á un mónstruo mitológico no se daba jamás por satisfecho. Merlin ansiaba algo, sentía en sí un vacío que no bastaban á llenar ni el respeto de los pueblos, ni el cariño de los reyes. Iba como un loco, buscando siempre un fantasma; el fantasma de la felicidad.

—No es de este mundo—solía decir ya algunas veces, dejándose caer rendido junto al mar, ó presenciando, subido en una cumbre, cómo se anegaba el sol en las bellezas del crepúsculo.

—Y sin embargo—añadía,—una voz se alza dentro de mí, y me dice que la busque. El espíritu profético que á las veces me hace leer en el porvenir como leo en el libro, abierto siempre, de la naturaleza, me dice que hay en el mundo un ramo de

oro cuya posesión da la felicidad; un ramo de hojas cinceladas; el que logra apoderarse de él es feliz; los hombres le juzgan ya como á un ser superior; los dioses mismos le tienen envidia. Para él luce el cielo su azul más puro; para él es más brillante el sol, más hermoso el disco argentado de la luna. Para él hay más perfume en el cáliz de las flores, más armonía en el cantar de los pájaros, más estrellas en el manto impenetrable de la noche, más luz en el día, más colores, más notas en la creación...—

Y buscaba, buscaba sin cesar el misterioso ramo de oro. De la época en que Merlín vivía, conserva algunos cantos la musa popular. Uno de ellos nos le representa así:

III

—¡Merlín! ¡Merlín! ¡Merlín! ¿Dónde vais tan temprano?

—Vengo de la orilla del mar, sobre la roca, y allá en la grieta abierta por el agua, he visto el huevo rojo, el huevo rojo de la serpiente marina.

Vengo de lo profundo del bosque, y

allá en el fondo, á orillas de la fuente, he visto el verde césped y el muérdago sagrado de la encina...

Vengo de lo alto de la montaña, y allá en su cumbre he visto el nido del águila, del águila que vuela y se cierne sobre la tierra y se iguala con el sol.

Pero yo no quiero el huevo rojo de la serpiente marina, ni el muérdago sagrado, ni el águila misteriosa.

Yo busco algo que es todo eso y más que todo eso: el ramo de oro que da la felicidad.

IV

Era una tarde, una tarde serena. El sol descendía en el horizonte. La naturaleza estaba silenciosa, como recogida en una oración inmensa. Lejos, mecía el mar sus olas.

Merlín vagaba por el bosque, arrancando sonidos armoniosos á las cuerdas del arpa. Todo callaba para oír el canto del bardo en que aprendían armonías los mismos ruiseñores, para repetirlas luego en el misterio de la noche profunda.

Merlín buscaba, como siempre, el ramo de oro.

De pronto dió un grito. Aérea, vaporosa como una imagen del deseo, como una visión celeste; envuelta en un nimbo de luz, una mujer hermosa le miraba sonriendo y tendía hacia él sus manos blancas con la blancura inmaculada de la nieve que cae en las cumbres y que no holló jamás pie humano. Su boca parecía una granada á medio abrir; sus ojos brillaban con fulgor extraño; habia en sus miradas rayos del sol. Prendido de su seno, que á traves de la túnica se dibujaba esbelto y turgente, llevaba un ramo de oro.

Merlín corrió hacia ella.

—¿Quién eres?—le preguntó.

—Un hada —le dijo ella. Y el eco de su voz sonó en los oídos de Merlín más armonioso, más puro que las notas de su arpa.

—¿Qué haces aquí?

—Te espero.

—¿A mí?

—A tí, sí; á tí á quien amo, á tí á quien invisible he seguido por todas partes, atraída por el eco blando de tus canciones melodiosas. Hace mucho que te aguardo impaciente, mientras tú cantas la gloria ó alabas el amor. Te aguardó aquí para entregarme á tus caricias, para

darte mi fe en una mirada, mi alma en un beso. ¡Oh, poeta, ven, yo te amo, y amándote calmaré el afán que te consume, porque á quien buscas tú es á mí!—

Merlín la oía arrobado. Dejó caer al suelo el arpa de oro, y sentándose junto á la aparición, la dijo:

—Virgen querida de mis sueños, te reconozco, sí. Tú eres en efecto á quien yo buscaba en el mundo, sin hallarte á mi paso en el camino de la gloria, ni en el palacio de los reyes, ni en el contacto de las muchedumbres. A tí debo la inspiración de mis canciones. Tú tienes en tu mano el remedio de mi alma dolorida, de mi alma que te adivinaba, aunque mis ojos nublados por visiones terrenales no veían de tí más que ese ramo de oro que oye, dormido sobre tí, las misteriosas palpitaciones de tu seno. Me esperabas, y yo te buscaba loco por todas partes entre el bullicio de las gentes... ¡Aquí estoy! ¿Qué me quieres? Porque soy tuyo: tuyo para siempre; porque tú eres mi amor, mi gloria; porque tú cifras para mí todas las dichas y todo el poderío de la tierra.—

Caía la tarde; abríanse las flores, saltaban los pájaros; los árboles enlazaban sus ramas formando toldos de verdura. Lejos se oía el mar en calma, entonan-

do el himno no aprendido de las olas...

—¿Cómo te llamas? —preguntó Merlín.

—Bibiana—le respondió el hada dándole un beso en los ojos.

—Pues bien, soy tuyo.

—¿No te arrepentirás?

—Nunca.

—Pues mira, tengo celos de esas gentes que por donde quiera te siguen con su aplauso. Quiero entregarme á tí; pero quiero también que seas sólo mio.

—Lo seré.

—Pues mira, si me amas, escucha. Por medio de encantos que aprendí en el reino de las hadas, voy á tejer en torno nuestro con mágicos hilos una red misteriosa que hará invisible este lugar. Vamos á abstraernos del mundo, de todo lo que no es nosotros; vamos á vivir eternamente aquí; tú para mí, como yo para tí. ¿Quieres, poeta?

—¡Oh! Lo que me brindas es la felicidad eterna.

—¿No echarás de menos la gloria?

—La tendré en tus brazos.

—¿No echarás de menos el sol?

—Me mirarás y le veré más radiante en la mirada de tus ojos.

—Pues entonces, poeta, ¡adiós al mundo! Bibiana se levantó y empezó á andar de

un lado para otro. Poco á poco Merlín se veía envuelto en un círculo mágico que le apartaba de la tierra; pero ella estaba con él, y él no tenía ojos más que para ella...

V

Merlín no ha muerto. La leyenda popular dice que fué arrebatado misteriosamente de la tierra, que vive aún encantado por Bibiana; y de noche los aldeanos que atraviesan algunos bosques de Bretaña, oyen salir de su fondo intrincado ecos dulcísimos que son los sonidos del arpa de oro con que Merlín canta la hermosura de Bibiana.

Y una vieja canción popular dice, hablando de esto, en una de sus estrofas:

«No busquéis á Merlín el bardo en este mundo. Merlín vive, pero no lo veréis; está encantado. Halló por fin el ramo de oro de la felicidad.

»No deseéis verle tampoco. El día en que cese su encanto será que ha perdido su amor.

»Y ese día será muy desgraciado.»

LA NIEBLA

¡Qué bonita es la niebla que en las mañanas de Octubre se levanta como ténue vapor de las orillas del río, y conforme vá elevándose envuelve las llanuras que se pierden en el horizonte y las faldas de los cerros que destacan sobre él su gran masa sombría, dejando al descubierto su cima semejante á la enorme cabeza de un Titán recostado sobre las nubes! Ciñendo la ciudad en cariñoso abrazo, flota como leve gasa movida por el viento, y toma extrañas formas que atraen ó repelen, que rechazan ó seducen. Ora finge palacios recostados en su seno, por cuyas rotas almenas desfilan espectros y fantasmas, ora frondosos bosques en que los árboles se agrupan y mueven sus hojas, y enlazan sus ramas, y retuercen sus gruesos troncos; ya toma forma de séres sobrenaturales de gigantesca talla cuyos piés tocan el abismo, cuya frente roza el cielo, ya semeja sobre las colinas centi-

nelas avanzados de un ejército perdido en la inmensidad.

¡Qué bonita es la niebla cuando el sol logra romper sus leves capas de algodon plomizo, y huye deshaciéndose en imperceptible lluvia que humedece los campos!

Inspira ideas extrañas á la mente, y dá sueños extraordinarios á la fantasía. Y, sin embargo, todo un mundo de malos espíritus palpita en su seno y se arroja en su manto, y vuela con ella sobre los montes, y con ella descende á las llanuras, inventando planes diabólicos para perder á los hombres que no desconfían de sus amaños infernales. Siempre que la veo pasar y perderse á lo lejos, recuerdo una historia, como ella vaga, como ella impalpable, que un día me contaron en la montaña que á la sazón envolvía en su aéreo manto. Hace ya mucho tiempo que pasó, y sin embargo, aún su relato dá miedo á los niños é inspira compasión á los jóvenes, y lástima, profunda lástima á los viejos.

I

María ha muerto. La hermosa niña de ojos azules como el cielo, brillantes como

el día, melancólicos como una tarde de otoño vestida de brumas, calzada de hojas secas y coronada de nubes. Delicada como una flor, pura como un ángel, fresca otro tiempo como la mañana, yace ahora rígida sobre su lecho de doncella, con sus manos entrelazadas, sus labios levemente contraídos por una sonrisa celestial, su frente mate, sus mejillas pálidas y sin color, sus cabellos lácios y sin perfume, su débil cuerpo, antes gala de la montaña, hundido ahora en el lecho á que le sujetó la enfermedad. Enfrente de ella, y sobre una mesa, una imagen de Jesús, débilmente alumbrada por el reflejo escaso de una lámpara, con sus brazos sujetos á la cruz y la cabeza alta, á que dió el artista divina expresión, parece que clava sus ojos en el cadáver prometiéndole el Paraíso. En un extremo de la sala unas mujeres que lloran amargamente; las jóvenes como si hubieran perdido una hermana, las viejas como si se tratase de su hija. A otro lado un grupo de hombres hablando en voz baja, preguntándose cómo han podido morir en tan breve tiempo tanta hermosura, tanta inocencia y tanta juventud. En otras habitaciones se oyen los gritos de la madre, los sollozos del padre, los suspiros de los niños que

están tristes sin comprender la causa de su tristeza y lloran porque ven llorar á su alrededor. Y el eco de todos estos rumores, de todos estos ayes, de todas estas quejas, de todos estos suspiros, se funde en un rumor único que suena débil y apagado en torno del cadáver como si no quisiera turbar la muda calma de su sueño.

Sentado á la cabecera del lecho en una silla de paja apoyada contra la pared, con los codos clavados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos, Pedro, el prometido de María, dejaba vagar por el suelo miradas sombrías, miradas de extravío, de esas que sólo lanzan la estupidez y la locura. Mudo como el dolor, no decía una palabra ni exhalaba un suspiro; de cuando en cuando estremecimientos nerviosos recorrian todo su cuerpo, algo como una ola de sangre subía por su garganta, y algo como una nube de lágrimas asomaba á sus ojos que se empañaban un momento; pero entonces sacudía la cabeza, se llevaba la mano á la garganta porque se sentía ahogar, y tornaba á descender la ola de sangre, á retirarse sin descargar la ola de llanto, y después de clavar en la niña muerta una mirada que era todo un poema de muda desesperación, volvía el joven á esconder la ca-

beza entre las manos, apretándose las sienes que latían como si quisieran romperse.

Y es que aquella niña parecía estar unida á él por el destino; á él, que le amó cuando niño con el afecto dulce y desinteresado de la infancia, y cuando mozo con el primer amor grande y profundo de la adolescencia. Ya se iban á casar en la primavera próxima, y todo parecía sonreírles, cuando hé aquí que una noche entró María en su casa quejándose de que tenía mucho frío, y á pesar de los cuidados de todos, murió á los pocos días sin otro sintoma, sin otra enfermedad, consolando á sus padres, despidiéndose de sus amigas y dirigiendo cariñosas frases á su prometido que, ocultando la cara entre los pliegues de la colcha, ahogaba sus sollozos y contenía sus suspiros.

Cuando murió María quisieron retirarle á ctra habitación; pero con tal empeño se opuso, que hubieron de desistir de su generoso propósito los que así querían evitarle nuevas penas. El no podía abandonarla; juró no separarse de ella y cumpliría su juramento. Queria estar á su lado mientras aquel cuerpecito tan adorado, tan hermoso, permaneciese sobre la tierra. Luego, cuando ésta recobrase

lo que era suyo; cuando la sepultura se cerrase sobre María, entonces él se iría, llevándose el alma de la joven en la suya; porque para Pedro no había muerto su novia. María era un nombre, un recuerdo, una idea, y él juraba tener siempre ese nombre en sus labios, ese recuerdo en su memoria, esa idea en su corazón. Porque Pedro era crédulo como un niño; para él todo tenía vida, voz, pensamiento, y al verse sólo, esa vida, esa voz, ese pensamiento eran toda su amada muerta por la enfermedad y resucitada, vuelta al mundo por el poder divino del amor.

Aquella tarde se enterró á María. El pueblo en masa acudió en pos del ataúd, blanco como la nieve, emblema de su candor, á derramar flores y plegarias sobre la tumba de la joven. Delante de todos, semejante á una estatua de la desesperación ó la agonía, caminaba Pedro, cuyo dolor era sombrío: un dolor sin quejas, sin llanto; dolor terrible y espantoso, parecido al volcan en cuyo centro hierven las materias en fusión buscando en vano una salida que no encuentran.

La campana que sonaba tristemente en el estrecho hueco del campanario de la ermita vibró con ecos de muerte en los oídos de Pedro. Cuando el ataúd que en-

cerraba para siempre los restos de su inocente prometida descendió á la tumba y cayó sobre su débil tapa de madera esa primer paletada de tierra que el eco repite en el corazón, sintió pasar un velo por sus ojos, aumentar el martilleo de sus sienes y la presión de su garganta; le pareció que todo se movía y giraba en torno suyo, la gente y los árboles, el ataud y el cementerio, y llevándose las manos al pecho y á la cabeza cayó desplomado en la fosa á que acababa de bajarse el cadáver de María. Cuando, extraído de la sepultura, fué trasladado al aire libre y los cuidados del médico le volvieron á la vida, abrió los ojos y tendió á su alrededor una mirada de extravío: sus sentidos habían despertado, pero su razón dormía.

II

La locura de Pedro era tranquila. Veíasele vagar de un lado para otro sin conciencia de lo que hacía; oír conversaciones que no escuchaba; hablar sin orden ni concierto palabras incoherentes que no llegaban á componer un concepto, y se-

parándose de pronto de los que le acompañaban, dar vertiginosas carreras hasta que, rendido y sin fuerzas, se sentaba pensativo al pie de un árbol ó sobre una peña, cual si estuviera absorto en reflexiones que su cerebro enfermo no podía hacer.

Solo una idea fija y permanente se reflejaba en el turbio espejo de su inteligencia: una tarde, al principio de sus amores, entró con su María en una iglesia, y previendo la pobre niña su muerte, le hizo jurar y juró que el primero de los dos que muriera saldría de su tumba para venir á consolar al que sobreviviera. En aquel desorden espantoso, en aquella tempestad de ideas que recorrían su cerebro abriendo en él anchos surcos, mezclándose y entretejiéndose en curvas imposibles, solo una sobrenadaba como el arca santa sobre las aguas del diluvio: la idea de que María debía venir á verle, á contarle sus terrores de aquellas noches sombrías pasadas en la soledad del cementerio, bajo las húmedas capas de tierra que tanto deben pesar sobre el cuerpo, noches mudas y silenciosas, en que brillan los fuegos fátuos, y grazna el buho, y silba la lechuza.

Y durante sus largos paseos andaba de un lado á otro inquieto, mirando á todas

partes con dolor, buscando siempre lo que no encontraba nunca. María debió venir á verle; ¿por qué no venía? El recibió su juramento aquella tarde, Dios lo oyó y lo santificó con su presencia: ¿por qué, pues, no venía? ¿Por qué se hacia esperar tanto?

A todo el mundo dirigía esta pregunta, alejándose receloso porque nadie le respondía con arreglo á sus sentimientos. Y así vivía el infeliz, sin otros pesares, sin otras emociones. Era la vida de un autómeta. Al despertar la aurora salía de su casa y echaba á andar por los campos, sentándose cuando se cansaba, para levantarse á poco y proseguir de nuevo su camino. Luego, cuando el sol descendiendo hacia su ocaso le anunciaba la hora del regreso, volvía á su hogar, donde su madre, siempre secándose los ojos arrasados de lágrimas, le esperaba á la puerta para darle su acostumbrado beso en la frente.

Un día salió antes de amanecer, sólo, como siempre. La noche era fría, la atmósfera húmeda. Las estrellas no brillaban; densas y grandes sombras en el cielo, y ni una luz para ahuyentarlas en la tierra. La escarcha había caído en abundancia y esmaltaba los campos, colgando pequeñas barras de cristal de los

escuetos troncos despojados de hojas. Pedro, sin advertir la oscuridad, y como si una luz interior le iluminase, echó á andar. En toda la noche no había podido dormir, y se lanzó á la calle por un movimiento que no pudo contener; como si alguien le llamase fuera de su casa. ¿Dónde iba? El que al verle correr desatentado, le hubiese dirigido esta pregunta, en vano hubiera aguardado la respuesta, porque Pedro no lo sabía. Sentíase impulsado; pero ignoraba por qué causa, ignorando también el punto en que podría detenerse.

Brilló la luz indecisa y pálida iluminando levemente el horizonte como brilla un momento una sonrisa en un rostro contraído por el pesar. Iluminado ya por la claridad del día, Pedro entró por la primera senda que se le presentó. Algo de que él no alcanzaba á darse cuenta, le movía á andar, á andar sin detenerse. Borráronse de su mente las débiles memorias que en ella vivían también como aletargadas, y sin recuerdos del pasado, sin conciencia del presente, prosiguió su carrera por los caminos que se abrían delante de él como las puertas de un palacio encantado ante los genios que le guardan.

Y así transcurrió el día; un día triste

de otoño en que los campos yermos, el cielo cubierto de nubes, el sol que embotaba en ellas sus rayos faltos de fuerza y de calor, los pájaros piando tristemente sobre los árboles desnudos, las hojas secas sembradas como amarilla alfombra por los campos, parecían deplorar en un inmenso canto de amargura, la muerte de la naturaleza á la llegada del invierno.

Cayó la tarde. El pobre loco, rendido por aquel día de marcha se dejó caer exánime y sin fuerzas. Todo callaba en torno suyo. La creación parecía abismarse en un gran dolor. A un extremo, la luz hundiéndose lentamente en el ocaso; al otro, la oscuridad engrandeciendo, ahuecando su manto de tinieblas. Herido por aquel espectáculo, Pedro bajó la cabeza y cerró los ojos. ¿Pensaba en algo? ¿Quién lo sabe!

Hallábase aquel día el infeliz en un estado de agitación extraordinaria. En las sombras de su mente brillaban de cuando en cuando relámpagos vivísimos que, sin embargo, sólo servían para hacer más palpables las tinieblas; recuerdos que apenas dibujados se borran cuando él iba á leer su misterioso geroglífico.

—¿Qué es esto?—murmuraba el desgraciado. —No sé qué me pasa... Quiero

ver, y no veo. María... ¿por qué no viene María?... Oigo una voz aquí cerca, muy cerca, pero no entiendo lo que dice... Y sin embargo, ¡es tan dulce!... Es una voz que yo he oído en otra parte. ¿Dónde? ¿Cuándo?... No sé... Pero vibraba como ahora, reuniendo risas del viento y cantos del ruiseñor. Sonaba como el agua corriendo entre peñas, deslizándose sobre guijarros... Y me decía lo que ahora me dice con sus notas de cristal... ¿Qué dice? ¿Qué dice?...—

De pronto dió un salto y se puso en pié, con el rostro descompuesto, las facciones alteradas y los ojos agrandados por el terror... Allí, en medio de la llanura sepultada en la niebla espesa que á la tarde se había levantado, acababa de ver un espectro, una forma de mujer mirándole con el rostro vuelto hacia él, los brazos tendidos y las manos entrelazadas. Era un capricho de la niebla, una de tantas formas extrañas que toman las nubes cuando flotan en el viento. Y sin embargo, al pobre loco le pareció ver á María, la hermosa niña muerta en la flor de su edad y sus ilusiones. Creyó ver el brillo de sus ojos, el pliegue de su sonrisa, el leve fruncimiento de sus cejas; creyó oír su voz armoniosa que le llamaba, que le

atraía hacia sí, y murmuró con voz ahogada:

—¡Ella! ¡Ella! ¡que viene á cumplirme su promesa!...—Y levantándose bruscamente del suelo á que había caído de hinojos al distinguir la aparición, se lanzó sin vacilar hacia adelante, exhalando gritos salvajes, que el eco repetía á lo lejos. La niebla lo envolvía completamente, y su voz, que sonaba entre las nubes, parecía el rugido de una fiera presagiano de la tempestad.

Así anduvo, pálido, jadeante, llevando siempre delante de sí la visión, que huía conforme se acercaba el joven á ella, como si quisiera burlarse de él. Cuando creía asirla entre sus brazos para darla su beso de amor, movíase el viento y arrastraba consigo á la niebla y en la niebla la visión, flotando como imagen milagrosa sobre las olas encrespadas de aquél Océano de brumas.

Y llegó al pié de una montaña, en cuya falda se detuvo aquella imagen pura y sonriente que no existía más que en su imaginación y se adelantó para asirla; y la tocaba ya cuando de nuevo el viento agitó sus alas y arrastró la visión hasta la cumbre.

Un grito gutural y que nada tenía de

humano, rugido de fiera á quien arrebatan su cachorro, se escapó del pecho de Pedro, y el desgraciado, ciego de furor, empezó la ascensión de la montaña; y subió, subió destrozándose las manos y los piés, cayendo y levantándose para caer de nuevo y de nuevo levantarse y proseguir su carrera tras aquél pliegue de viento que tanta dicha le guardaba, estallando su boca en imprecaciones, plegarias y blasfemias, sollozos ahogados, gritos estridentes...

Largas horas duró la ascensión. Sus cabellos flotaban en desorden, flameaban con fuego extraño sus ojos, sus labios, secos, se movían con un temblor nervioso que no podía contener. La fiebre abrasaba su aliento, sus sienas latían, su frente reflejaba la lucha interior que en su cerebro sostenían las ideas... Y Pedro corría, corría, sin comprender que se alejaba de su hogar para ir Dios sabe dónde, á lo desconocido, á lo lejano; caminando siempre con la mirada fija en un punto del espacio, en el punto misterioso en que él creía distinguir la delgada silueta de la aparición.

Hacía mucho tiempo que había cerrado la noche oscura y densa como el designo; sin una estrella, sin una luz, sin

un gorgojo, sin un perfume, sin una voz, sin un suspiro. El espacio callaba para que se oyese mejor los gritos de Pedro á quien espantaba el eco de sus propias maldiciones.

Hubo un momento en que se creyó llegado al fin. Se acercaba, y la visión, sin moverse, parecía aguardarle para premiar su constancia; pero de pronto se volvió, y no volando como otras veces, sino andando lenta y perezosamente empezó á descender por la falta opuesta de la montaña á cuyo pie se abría horrible precipicio por el cual bajó también hasta llegar al fondo donde se detuvo, clavando sus ojos—que eran dos fuegos fátuos—en el rostro asombrado de Pedro, que sin comprender lo que por él pasaba la seguía con atención. Cuando la vió detenerse pareció volver de su ensimismamiento y sin mirar por donde iba, sin comprender que corría á una muerte segura, reanudó su carrera, pero le faltó pie de pronto y cayó pesadamente rodando de peña en peña.

Poco después apareció la aurora, y herida por sus rayos de plata se desvaneció la niebla; brilló un sol radiante sobre un cielo puro y sin nubes, y á su luz los arrieros que pasaron por aquel lugar

vieron en el fondo del precipicio el cuerpo hecho pedazos de Pedro. Un mal espíritu, de esos que habitan la montaña y se esconden entre la niebla, le había llevado allí.

III

Tal es la historia que aun cuentan los aldeanos cuando á la caída de la tarde se alzan las nieblas desde el rio, moviendo sobre los campos su oscura masa sombría. En su concepto, la niebla no es más que el velo en que se esconden los malos espíritus para celebrar sus misteriosos conciliábulos y perder á los mortales que se dejan engañar por su fantástica apariencia.

LA HIJA DEL DUX

(LEYENDA DÁLMATA.)

—Acercáos, hijos míos, y prestad atención á mi relato. Voy á buscarle lejos, muy lejos del país en que vivimos; mas no por eso cerreis los oídos á su enseñanza. Los cuentos populares son como flores del campo, humildes en su apariencia, pero de arrobador perfume. Tomad la flor que para vosotros he cortado de su tallo, y no la arrojéis desdeñosos porque os la presente sin más atavío que su belleza natural. Aspirad su aroma fragante, recread la vista en sus colores peregrinos, y guardadla después en memoria mía.

Y allá, cuando yo me muera y vosotros crezcáis y tengáis hijos, y vuestros hijos os den nietos como á mi me los han dado vuestros padres, reunidlos en torno vuestro como yo os reuno ahora, y repetidles el cuento que voy á contaros. Y al hacerlo, hijos míos, dedicad un recuerdo

á vuestra pobre abuela, tan puro, tan santo como el que yo dedico ahora á la mía...

Pero veo que mi charla os entristece... ¡Ea, nada de eso! Ensanchad el corro, alzad vuestras cabezas, fijad en mí vuestras miradas; y oid la historia peregrina que pasó hace mucho tiempo, mucho, tanto que ya el lugar y la fecha se han perdido en la memoria de los hombres.—

Así dijo la abuela, dirigiéndose á sus nietezuelos, que en el mismo instante dejaron de jugar y se sentaron á su alrededor. La anciana los abarcó á todos en una mirada de cariño, y luego, tomando la entonación propia de los narradores de sucesos maravillosos, empezó así:

I

—Pues señor: en ese tiempo que os he dicho reinaba en Venecia un dux muy poderoso, respetado de sus enemigos, querido de sus súbditos, amigo de los reyes y príncipes más poderosos de la tierra. Todo le sonreía. Estaba en paz con sus vecinos, veía dichoso á su pueblo, y su vida se deslizaba tranquila y sin afanes. Las hadas, que por aquel en-

tonces tenían gran influencia en el mundo y dirigían los destinos de los hombres eran sus amigas más fieles, y una entre ellas, la reina de las hadas, le amaba especialmente.

Sólo una cosa faltaba á su felicidad, un hijo, y el cielo propicio le concedió una niña. Las hadas acudieron á su nacimiento y la dotaron de cuantos encantos puede desear una mujer. La reina de las hadas le otorgó hermosura maravillosa, é hizo más: se comprometió á buscarla esposo. Con tales madrinas, no hay que decir el porvenir que se presentaba á la joven princesa que, indiferente á todo, sonreía en su cuna, ni más ni ménos que el hijo del humilde jardinero, que tiene en el amor de su madre la satisfacción de todos sus deseos y el disfrute de todos sus caprichos.

Creció la niña, y era una maravilla. Desesperábanse los poetas de la corte para alabar su hermosura, y siempre sus cantares quedaban muy por bajo del modelo. No había medio de que ningún pintor la hiciese un retrato parecido: para copiar su color hubiera sido preciso pintar hojas de rosa sobre fondo más blanco que la nieve; rayos del sol para representar el fuego de sus ojos; una

cascada de oro para la trenza de sus cabellos. El óvalo de su cara era perfecto, sus labios como cerezas bañadas en rocío, su cútis más suave que el terciopelo de mayor finura.

Todos se hacían lenguas de la hermosura de la joven. Llevada por los viajeros y emigrantes la fama de su belleza pasó las fronteras, atravesó los mares y llegó á todos los países donde había príncipes mozos que deseaban tomar estado.

El momento en que la madrina de la joven la eligiera marido parecía acercarse. El pueblo le veía llegar con impaciencia; la hija del dux con desdén...

II

Llegó por fin. Un día las puertas de la ciudad se abrieron con estrépito, y penetró por ellas lucido escuadrón á cuyo frente iba el mancebo más gallardo que puede recrear los sueños de ilusión de una princesa adolescente. Era, además, el príncipe más poderoso de la tierra. Juventud, hermosura, y poderío uníanse en él como por arte de misterioso encantamiento. El viejo dux era feliz.

Pero la princesa no era del mismo modo de pensar. Recibió, sin conmoverse, la pretensión del enamorado caballero, y encogiéndose de hombros con soberano desden, negó su consentimiento á tal enlace. No era aquél el hombre que ella había soñado. En vano la habló su padre de lo conveniente que tal unión seria para su reino, á más de recaer la elección en príncipe de tan envidiables prendas. La princesa fué inexorable. En su cámara tenía dos pájaros—entonces hablaban los animales—que diariamente y á todas horas cantaban, por turno, su elogio. Uno la comparaba con el sol, el otro con la luna, y el humo de tantas alabanzas aturdió á la princesa, que nada veía en el mundo que se pudiera equiparar á su hermosura.

Despidió, pues al príncipe, y enseguida llamó á su madrina. La reina de las hadas se presentó en el palacio llevando un magnífico velo de desposada y una corona de rosas blancas, símbolo de pureza inmaculada.

—¿Estás contenta hija mía? Te he traído el novio más guapo y más poderoso de la tierra.

—¿Quieres callarte?—la dijo con acritud.—¿Cómo había de casarme yo con

ese barbilindo que me repugna? Es poco para mí. Yo valgo más.

—Mucho vales, hija mía—la dijo el hada—pero es preciso que no seas tan difícil de casar. Yo te buscaré otro novio mejor que ese. Lo que siento es este ramo de flores que se va á marchitar.

—¡Bah! Más vale no pensar en ello. Cuando me case, tú me elegirás otro más bonito aún.—

Dió un beso al hada y ésta desapareció. Al mismo tiempo el desairado príncipe salía por la puerta del palacio, llevándose los presentes que había traído para la que ya contaba como su futura.

III

Pasó algún tiempo, y los heraldos y vigías de la ciudad anunciaron la venida de un nuevo príncipe extranjero. No era éste un guerrero terrible como el otro, sino un sábio distinguido y un poeta notable. El renombre de sus conocimientos atraía hácia él todos los hombres más famosos de los demás países, que venían á consultarle y á que él les enseñara sus secretos; sus canciones vola-

ban de boca en boca, y los poemas en que cantaba la historia de su patria y celebraba las hazañas de los héroes legendarios, corrían de boca en boca, mereciendo universal aplauso y franco elogio.

Pero también entonces la princesa se creyó humillada con acceder á tal enlace. Dió sus razones, que no lo eran, y el nuevo pretendiente fué rechazado como el anterior. Nuevamente acudió la ahijada á la madrina, que esta vez se le presentó con el velo de desposada y una corona de rosas encarnadas en la mano.

—¿Estás contenta?—la preguntó.—Te he traído el príncipe más sabio y entendido de la tierra.

—¡Cállate!—la contestó Zora, que así se llamaba la princesa, con el tono despreciativo que ponía al hablar de ciertas cosas.—¿Cómo quieres que me case yo con un sabio que me dejará por sus estudios, con un poeta que cantará con desdoro mío al sol en su brillo ó á la luna en su majestad? Es poco para mí. Yo valgo más.

—Mucho vales, hija mía—replicó el hada,—pero ya sabes lo que te dije la otra vez. Es preciso que no seas tan difícil en tu gusto. Yo te buscaré otro novio

mejor que ese. Lo que siento es este ramo de flores que se va á marchitar...

—¡Bah! Cuando me case, me traerás otro más bonito que ese.

El hada desapareció. Al mismo tiempo salía por la puerta del castillo el joven príncipe que ocultaba su despecho consagrando al estudio y jurando, de allí en adelante, no ser infiel á la ciencia.

IV

Pasó más tiempo aún. La fama de la hermosura de Zora seguía volando por el mundo, pero también la fama de la frialdad con que acogía los más rendidos homenajes. Esto retraía algo á los pretendientes. Pero eran tantos los atractivos de Zora, que siempre había quien se sintiese prendado de ella.

Un día los vigías de la ciudad anunciaron una visita espléndida; un príncipe que al frente de lucido escuadrón venía á solicitar el favor de hablar con Zora. Era un hombre que había viajado toda su vida, y que dotado de prodigiosa memoria, narraba lo que había visto y mantenía pendiente de sus labios el interés del auditorio.

Era un partido que no debía despreciarse. Todas las princesas del mundo hubieran sentido orgullosas de contar tal pretendiente. Pero Zora no era como las demás mujeres. Sus pájaros favoritos seguían comparándola al sol y á la luna. Por tercera vez dijo que no, y despidió mal humorada al rendido caballero, llamando en seguida á la reina de las hadas, que en el instante, cabalgando en un rayo de luz se presentó en su camarín, trayendo el velo y un ramo de flores azules.

—Por fin he encontrado lo que querías, hija mía. Trabajo me ha costado, pero he conseguido el fin que me propuse. Tendrás por marido el príncipe más encantador de la tierra.

« —¡Calla! ¡calla! ¡calla! —le dijo la princesa arañándose el rostro con las manos crispadas de furor. —¿Había de casarme yo con un tonto que, delante de mi, elogia los países que ha recorrido, las regiones que ha visitado, sin ver que yo soy más hermosa que todo eso que ha visto?

—Zora —le dijo su madrina con tristeza, —yo no sé lo que quieres. Prometi buscarte esposo y creo haber cumplido mi promesa. Primero te traje al príncipe más poderoso de la tierra, luego el más

sabio, después el más encantador. ¿Qué me quieres ahora?

—¡Qué me dejes en paz! —gritó la princesa: —De poco me sirve tener una madrina como tú. Vete, no te ocupes de mí. Yo soy guapa; yo me casaré.

—Adios, pues. —Replicó el hada levantándose. —Adios, puesto que no me necesitas. Sé feliz.

Y se alejó, á tiempo que el desdenado príncipe abandonaba el castillo para siempre, dejando en él á Zora, que en aquel momento se dormía, arrullada en su sueño por el canto de sus pájaros, que la comparaban, el uno al sol, y el otro á la luna.

V

Desde que el hada dejó de visitar á Zora, cambiaron mucho los asuntos del Estado. En breves días murieron los padres de la jóven, con el disgusto de dejar soltera á su hija. Esta subió al trono, pero el pueblo no la amaba, porque decíase públicamente que no tenía corazón, y los pueblos son como criaturas, que siempre están necesitados de cariño.

Zora, que años antes era una mucha-

cha, convirtióse en una mujer completamente formada. Su hermosura, siempre admirable, llegó al apogeo, y desde entonces comenzó á descender. Cerco amaratado rodeaba ya sus ojos algunos días; sus mejillas estaban más pálidas; en sus ojos había menos luz, menos encantos en su rostro y timbres menos argentinos en su risa. La fama de su carácter había pasado también las fronteras, cruzado los mares; ya no recibía mensajes de ningún príncipe que le hablara de amor ni le ofreciera su mano. Los pájaros también charlaban menos que antes. Sólo algunos días la comparaban ya, al sol y á la luna.

Y Zora se sentía desgraciada. Su corazón, como un árido desierto, no había dado flor ninguna; pero había en él un vacío que no llenaban ni la adulación de los cortesanos, ni el respeto de su pueblo. Sentía en torno de ella como una atmósfera de hielo. A veces tenía ratos de furor. Las lágrimas inundaban sus ojos, mas no llegaban á correr, porque la cólera las detenía y las cuajaba en la pupila...

Un día volvieron á sonar las trompas desde lo alto de las almenas anunciando la llegada de un extranjero. Era un príncipe un tanto corcovado, cojo, que entró

tambaleándose, por haber bebido más de lo que su cabeza podía resistir. Zora se hizo vestir con todas sus galas para recibirle. Llegó hasta el trono el jorobado y pidió la mano de Zora.

—Sí—pronunciaba ya la joven cuando el pretendiente se hizo atrás.

—¡Oh!—murmuró en la vaguedad de su borrachera.—Yo me casaba con una joven, pero con una vieja no.—Y señalaba la cabeza de Zora. Bajo la diadema de brillantes que ceñía sus sienes, y sobre la mata negra de sus cabellos de azabache, aparecía un cabello blanco, el primero que manchaba con su blancura la sedosa cabellera de la joven, que dió un grito y cayó desmayada sobre el trono.

VI

Tristes fueron desde aquel momento los días de Zora. Conforme pasaba el tiempo sentía más y más despertarse dentro de su sér sentimientos dormidos hasta entonces. Hubiera querido tener alguien á quien amar y con quien compartir sus penas: un esposo en cuyo brazo apoyarse, unos hijos en quienes verse

reproducida. Entráronle vivos deseos de casarse, pero nadie llegaba á su palacio. La vejez no atrae, sino repele, y más cuando va unida á la falta de corazón.

Pero una tarde de otoño, en que las hojas de los árboles caían alfombrando de amarillenta capa el bosque poco antes frondoso, y el viento silbaba tristemente como anunciando las tristezas del invierno, Zora, que se hallaba en su cuarto, vió entrar en él un viejo pálido, de rostro cadavérico, mirada fría, frente calva, que extendió hacia ella un brazo huesoso y trató de asirla por la mano.

—¿Quién eres?—preguntó Zora asustada.

—Tu amante, el que esperas, el único que te ha de poseer.

—¡Tú!...

—Sí, yo soy la muerte. Ven. Yo te llevaré á mi reino, bajo la tierra. El sudario en que te envuelvan será tu velo de desposada. Las siemprevivas que arrojen sobre tu ataúd serán las flores que constituyan tu tocado.

Zora dió un grito.

No, no me llesves todavía, yo quiero vivir, yo quiero amar. Hay en mí alientos y energías que yo no quiero que mueran, que tienen que desarrollarse y

dar sus frutos, bendecidos por el Señor. ¡Déjame, déjame!...

Pero el viejo se sonrió, y su sonrisa fué como la hoja de un puñal.

—Las que yo elijo para mí—contestó—no tienen el derecho de rechazarme.—

Y haciendo fuertemente á Zora, tiró de ella.

VII

Al otro día se celebró el entierro de Zora, al que asistió todo el pueblo.

Después que la gente se hubo retirado, cuando el cementerio quedó solo, en aquella tarde melancólica y triste de otoño, bajo un cielo plomizo y pesado, y entre el ruido que al chocar unas contra otras, movidas por el viento, hacían las hojas de los árboles, una sombra blanca se deslizó entre las tumbas y llegó á la que acababa de cerrarse sobre la princesa.

Era la reina de las hadas, que se arrodilló un momento y desapareció después, dejando sobre la piedra funeraria un velo de desposada y tres ramos de flores rojas, azules y blancas.

FIN

ERRATAS

Dice	Línea	Debe decir	Págs.
revolando.....	22	revoloteando.....	11
esceno.....	12	escena.....	20
os.....	13	les.....	22
reflejando.....	24	reflejándose.....	27
Ongliecha.....	6	Ongliecha.....	32
ensegida.....	29	enseguida.....	32
Traducción.....	1	Tradicción.....	34
esfuerzo.....	21	esfuerzo.....	58
meditacion.....	13	meditación.....	63
curiozidad.....	18	curiosidad.....	92
asechanzas.....	8	acechanzas.....	124
agoviaba.....	1	agobiaba.....	133
suplicarse.....	27	suplicarte.....	140
<i>deum</i>	24	<i>Deum</i>	145
harmonia.....	26	armonia.....	148
explendor ..	19	esplendor.....	160
aguardó.....	29	aguardo.....	166
esto.....	22	estado.....	180
falta.....	12	faida.....	184

INDICE

	Páginas.
El cinturón de bodas.....	1
Los tres frailes rojos.....	15
La fundación de Scutari.....	24
La noche de ánimas.....	36
Jorge el gaitero.....	49
El alma en pena.....	61
La leyenda de la monja.....	78
La conquista de Aurelia.....	121
La leyenda de la Cruz en Toledo.....	147
La leyenda de Merlin.....	160
La niebla.....	170
La hija del Dux.....	186